

**Estudio Expositivo del
Evangelio según Juan**

Vivos en Cristo

Juan 1-12

Warren W. Wiersbe

Vivos en Cristo

**Estudio expositivo del
Evangelio Según Juan
Capítulos 1—12**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Vivos en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Alive**.

© 1986
SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea por mimeógrafo o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

© 2008

WW-515
ISBN 1-932607-20-X

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

Printed in USA

Indice

Prefacio	v
Bosquejo	vi

Capítulo	Página
1. ¡Dios está aquí! (Juan 1)	1
2. Aprendiendo acerca de Jesús (Juan 2)	18
3. Asunto de vida o muerte (Juan 3).....	31
4. La mala samaritana (Juan 4)	44
5. El hombre que era igual a Dios (Juan 5).....	58
6. Jesús pierde su multitud (Juan 6)	73
7. Conflictos durante la fiesta (Juan 7)	88
8. Contrastes y conflictos (Juan 8)	101
9. El ciego los hace callar (Juan 9)	115
10. El Buen Pastor y sus ovejas (Juan 10)	128
11. El último milagro... último enemigo (Juan 11)....	143
12. Cristo y la crisis (Juan 12)	156

Dedicado a algunos amigos
más jóvenes en el ministerio,
que han sido una alegría
y un estímulo para mi
esposa Betty y para mí:

Mark y Cindy Brunott
Dana y Christa Olsen
Mike y Anne Wagner

Prefacio

Durante los meses en que he estado estudiando el Evangelio de Juan y escribiendo este libro, me he sentido como un hombre pisando tierra santa. Mientras más estudiaba y escribía, más inadecuado me sentía. No es sorpresa que el gran erudito en griego Dr. A.T. Robertson llamó al evangelio de Juan: “el libro más profundo del mundo”.

No hay espacio en estos estudios para sumergirnos a las profundidades, pero he tratado de presentar las enseñanzas básicas de este maravilloso libro. El Evangelio de Juan es sencillo lo suficiente para que un niño vadee en él, pero profundo lo suficiente para que el erudito y el santo más maduro puedan nadar en él.

Este es el primero de dos volúmenes dedicados al Evangelio de Juan. El primero enfoca los capítulos 1–12 y el segundo los capítulos 13–21.

Por favor, acércate a este libro con el corazón y la mente del que adora. Juan simplemente no escribió un libro; pintó cuadros emocionantes. Estas páginas están llenas de imágenes tales como el Cordero, la puerta, el Pastor, el nuevo nacimiento, la luz y las tinieblas, el agua de vida, pan, ceguera, semillas y docenas más. Usa tu “imaginación santificada” al estudiar, y el Evangelio de Juan llegará a ser un libro nuevo para ti.

Y recuerda, no estás estudiando un libro; estás viendo una persona. “Y vimos su gloria... lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

Warren W. Wiersbe

Bosquejo sugerido del Evangelio de Juan

Tema Central: Jesús es el Cristo; ¡cree y vive!

Versículo clave: Juan 20:31

Prólogo 1:1-14

I. Oportunidad - 1:15–6:71

“Aún no ha venido mi hora” (2:4)

Se presentó a:

A. Sus discípulos 1:19–2:12

B. Los judíos 2:13–3:36

C. Los samaritanos 4:1-54

D. Los dirigentes judíos 5:1-47

E. Las multitudes 6:1-71

Crisis #1 – “Ya no andaban con él” (6:66-71)

II. Oposición - Capítulos 7–12

“Aún no había llegado su hora” (7:30)

Hay conflicto con los dirigentes judíos por causa de:

A. Moisés 7:1–8:11

B. Abraham 8:12-59

C. La Identidad del Mesías 9:1–10:42

D. Su poder milagroso 11:1–12:36

E. Ellos no querían creer en él 12:37-50

Crisis #2 – “No creían en él” (12:37-50)

III. Resultado - Capítulos 13–21

“Su hora había llegado” (13:1; 17:1)

A. La fe de los discípulos 13–17

B. La incredulidad de los judíos 18–19

Crisis #3 – “Le crucificaron” (19:13-22)

C. La victoria de Cristo. 20–21

¡Dios está aquí!

Juan 1

“Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra?” preguntaba Salomón al dedicar el templo (1 Reyes 8:27). ¡Buena pregunta, en verdad! La gloria de Dios había morado en el tabernáculo (Exodo 40:34), y en el templo (1 Reyes 8:10,11); pero esa gloria se había alejado de Israel por causa de su desobediencia (Ezequiel 9:3; 10:4,18; 11:22,23).

Entonces sucedió algo maravilloso: la gloria de Dios llegó de nuevo a su pueblo, en la persona de su Hijo, Jesucristo. Los escritores de los cuatro Evangelios nos han dado *vistazos* de la vida de nuestro Señor en la tierra, porque ninguna biografía completa jamás se podría escribir (Juan 21:25). Mateo escribió teniendo en mente a sus paisanos judíos, y recalcó que Jesús de Nazaret había cumplido las profecías del Antiguo Testamento. Marcos escribió para los atareados romanos. En tanto que Mateo recalcó al Rey, Marcos lo presentó como el Siervo que ministraba a los necesitados. Lucas escribió su Evangelio

2 Vivos en Cristo

para los griegos, y les presentó al Hijo del hombre que simpatizaba con ellos.

Pero le fue concedido a Juan, el discípulo amado, escribir un libro tanto para judíos como para gentiles, presentando a Jesús como el Hijo de Dios. Sabemos que Juan tenía en mente a los gentiles tanto como a los judíos, porque a menudo interpretó palabras y costumbres judías para sus lectores (Juan 1:38,41,42; 5:2; 9:7; 19:13,17; 20:16). Su énfasis ante los judíos fue que Jesús no sólo cumplió las profecías del Antiguo Testamento, sino que también cumplió los *tipos*. Jesús es el Cordero de Dios (Juan 1:29), y la Escalera del cielo a la tierra (Juan 1:51; y ve Génesis 28). Es el Nuevo Templo (Juan 2:19-21), y da un nuevo nacimiento (Juan 3:4 en adelante). Es la serpiente levantada (Juan 3:14) y el Pan de Dios que vino del cielo (Juan 6:35 en adelante).

Entre tanto que los tres primeros evangelios se dedican a relatar eventos en la vida de Cristo, Juan enfatiza el significado de dichos eventos. Por ejemplo, los cuatro evangelios registran el milagro de la alimentación de los 5.000 hombres, pero sólo Juan registra el sermón de Jesús sobre “El Pan de Vida” que fue predicado enseguida de dicho milagro cuando lo interpretó para la gente.

Pero hay un tema principal que se halla en todo el Evangelio de Juan: Jesucristo es el Hijo de Dios, y si te entregas a él, te dará la vida eterna (Juan 20:31). En este primer capítulo Juan anotó siete nombres y títulos de Jesús que lo identifican como el Dios eterno.

1. El Verbo (Juan 1:1-3,14)

Así como nuestras palabras revelan a otros lo que hay en nuestro corazón y nuestra mente, de la misma manera Jesucristo es el “Verbo” de Dios para revelarnos el corazón

y la mente de Dios. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Una palabra se compone de letras, y Jesucristo es “el Alfa y la Omega” (Apocalipsis 1:11), la primera y la última letras del alfabeto griego. Según Hebreos 1:1-3 Jesucristo es la *última* palabra de Dios para la humanidad, porque él es la culminación de la revelación divina.

Jesucristo es el Verbo eterno (Juan 1:1,2). Existía en el principio, no debido a que tuvo algún principio como criatura, sino porque es eterno. El *es* Dios y estaba *con* Dios. “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58).

Jesucristo es el Verbo Creador (Juan 1:3). Hay por cierto un paralelo entre Juan 1:1 y Génesis 1:1, la nueva creación y la vieja creación. Dios creó los mundos mediante su palabra: “Y dijo Dios: Sea...”. “Porque él dijo, y fue hecho; El mandó, y existió” (Salmo 33:9). Dios creó todo por medio de Jesucristo (Colosenses 1:16), lo que quiere decir que Jesús no es un ser creado. El es el Dios eterno.

En el griego, “fue hecho” es una forma del verbo llamada tiempo perfecto, lo que significa un *acto completado*. La creación está terminada. No es un proceso todavía en marcha, aunque Dios por cierto sigue obrando en su creación (Juan 5:17). La creación no es un proceso; es un producto terminado.

Jesucristo es el Verbo Encarnado (Juan 1:14). No era un fantasma o espíritu cuando ministraba en la tierra, ni tampoco su cuerpo era una mera ilusión. Juan y los otros discípulos tuvieron una experiencia personal que los convenció de la realidad del cuerpo de Jesús (1 Juan 1:1,2). Aunque Juan recalca la deidad de Cristo, deja bien claro que el Hijo de Dios vino *en la carne* y estuvo sujeto a las limitaciones resultantes de la naturaleza humana, pero sin pecado.

4 Vivos en Cristo

En su Evangelio Juan destaca que Jesús se cansó (Juan 4:6) y tuvo sed (Juan 4:7), gimió por dentro (Juan 11:33), y lloró abiertamente (Juan 11:35). En la cruz tuvo sed (Juan 19:28), murió (Juan 19:30), y sangró (Juan 19:34). Después de su resurrección les demostró a Tomás y a los demás discípulos que todavía tenía un cuerpo verdadero (Juan 20:24-29), aun cuando era un cuerpo ya glorificado.

¿Cómo fue que el Verbo se hizo carne? Mediante el milagro del nacimiento virginal (Isaías 7:14; Mateo 1:18-25; Lucas 1:26-38). Tomó sobre sí la naturaleza humana sin pecado y se identificó con nosotros en todo aspecto de la vida desde el nacimiento hasta la muerte. “El Verbo” no era un concepto abstracto de la filosofía, sino una verdadera persona a quien se podía ver, tocar y oír. El cristianismo es Cristo, y Cristo es Dios.

La revelación de la gloria de Dios es un tema importante en el Evangelio. Jesús reveló la gloria de Dios por medio de su persona, sus obras y sus palabras. Juan anotó siete maravillosas señales (milagros) que abiertamente declaraban la gloria de Dios (Juan 2:11). La gloria del Antiguo Pacto de la Ley era una que menguaba, pero la gloria del nuevo pacto en Cristo es una gloria que va en aumento (ve 2 Corintios 3). La Ley podía revelar el pecado, pero no podía jamás quitarlo. Jesucristo vino con *plenitud* de gracia y verdad, y esta plenitud está disponible para todo el que confía en él (Juan 1:16).

2. La Luz (Juan 1:4-13)

La vida [Gr. *zoe*] es un tema central en el Evangelio de Juan; se usa treinta y seis veces. ¿Cuáles son las cosas esenciales para la vida humana? Hay por lo menos cuatro: luz (si el sol desapareciera todo moriría), aire, agua y comida. ¡Jesús es todo esto! El es la Luz de la vida y la Luz

del mundo (Juan 8:12). Es el “Sol de justicia” (Malaquías 4:2). Por su Espíritu Santo nos da el aliento de vida (Juan 3:8; 20:22), así como el Agua de vida (Juan 4:10,13,14; 7:37-39). Finalmente, Jesús es el Pan vivo de Vida que descendió del cielo (Juan 6:35 en adelante.). No sólo tiene vida y da vida, sino que *es* vida (Juan 14:6).

La luz y las tinieblas son temas recurrentes en el Evangelio de Juan. Dios es luz (1 Juan 1:5) en tanto que Satanás es “la potestad de las tinieblas” (Lucas 22:53). La gente ama o la luz o las tinieblas, y ese amor controla sus acciones (Juan 3:16-19). Los que creen en Cristo son “hijos de luz” (Juan 12:35,36). Así como la primera creación empezó con “Sea la luz” así la nueva creación empieza con la entrada de la luz en el corazón del creyente (2 Corintios 4:3-6). La venida de Jesucristo al mundo fue la aurora de un nuevo día para el hombre pecador (Lucas 1:78,79).

Uno pensaría que los pecadores ciegos recibirían con beneplácito la luz, pero no siempre es ese el caso. La venida de la verdadera luz trajo conflicto porque los poderes de las tinieblas se opusieron a ella. Una traducción literal de Juan 1:5 dice: “La luz sigue brillando en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido ni la han comprendido”. En el griego el verbo puede significar *vencer*, *captar* o *comprender*. En todo el Evangelio de Juan se ven reveladas ambas actitudes: la gente no quiere comprender lo que el Señor está diciendo y haciendo y, como resultado, se opondrá a él. Juan 7—12 relata el crecimiento de esa oposición, que a la larga llevaría a la crucifixión de Cristo.

Cada vez que Jesús enseñó una verdad espiritual, sus oyentes la interpretaron de una manera material o física. La luz no podía penetrar las tinieblas de sus mentes. Esto fue

6 Vivos en Cristo

cierto cuando Jesús habló del templo de su cuerpo (Juan 2:19-21), del nuevo nacimiento (Juan 3:4), del agua viva (Juan 4:11), de comer su carne (Juan 6:51 en adelante), de la libertad espiritual (Juan 8:30-36), de la muerte como si hablara de dormir (Juan 11:11-13), y de muchas otras verdades espirituales. Satanás se esfuerza por mantener a la gente en las tinieblas, porque las tinieblas significan la muerte y el infierno, mientras que la luz significa la vida y el cielo.

Este hecho ayuda a explicar el ministerio de Juan el Bautista (Juan 1:6-8). Juan fue enviado como testigo de Jesucristo, para que le dijera a la gente que la Luz había venido al mundo. La nación de Israel, a pesar de todas sus ventajas espirituales, ¡estuvo ciega a su propio Mesías! La idea de ser *testigo* es un concepto clave en este libro; Juan la usa como sustantivo y como verbo unos cuarenta y cinco veces. Juan el Bautista fue uno de los muchos que dieron testimonio de Jesús. “Este es el Hijo de Dios”. Pero, Juan el Bautista fue ejecutado y los dirigentes judíos no hicieron nada por impedirlo.

¿Por qué rechazó la nación a Jesucristo? Porque “no le conocieron”. Adolecían de ignorancia espiritual. Jesús es la “luz verdadera”, la original de la cual toda otra luz es copia, pero los judíos se contentaron con las copias. Tenían a Moisés y a la Ley, el templo y los sacrificios; pero no comprendieron que estas *luces* apuntaban a la Luz verdadera quien es el cumplimiento y consumación de la religión del Antiguo Testamento.

Al estudiar el Evangelio de Juan se nota que Jesús enseñaba a la gente que él era el cumplimiento de todo lo que estaba tipificado en la Ley. No bastaba haber nacido como judío; había que nacer de nuevo, nacer de arriba (Juan 3). Deliberadamente Jesús hizo dos milagros en el

sábado para enseñarles que él tenía un nuevo reposo para ellos (Juan 5; 9). Era el maná que satisfacía (Juan 6) y el agua que da vida (Juan 7:37-39). Es el Pastor de un nuevo rebaño (Juan 10:16), y es una nueva Vid (Juan 15). Pero la gente estaba tan encadenada a la tradición religiosa que no podía entender la verdad espiritual. Jesús vino a su propio mundo que él había creado, pero su propio pueblo, Israel, no pudo comprenderle y no le recibió.

Vieron sus obras y oyeron sus palabras. Observaron su vida perfecta. El les dio toda oportunidad para que captaran la verdad, creyeran y fueran salvos. Jesús es el camino, pero ellos no querían andar con él (Juan 6:66-71). El es la verdad, pero ellos no querían creer en él (Juan 12:37 en adelante). El es la vida, ¡y ellos le crucificaron!

Pero los pecadores de hoy no tienen que cometer semejantes errores. Juan 1:12,13 nos da la maravillosa promesa de Dios de que todo el que recibe a Cristo nace de nuevo y entra en la familia de Dios. Juan habla más de este nuevo nacimiento en el capítulo 3, pero aquí recalca que es un nacimiento espiritual divino, y no un nacimiento físico que depende de la naturaleza humana.

¡La Luz todavía brilla! ¿Has recibido *personalmente* la Luz y llegado a ser un hijo de Dios?

3. El Hijo de Dios (Juan 1:15-28,49)

Juan el Bautista es uno de los personajes más importantes del Nuevo Testamento. Se le menciona por lo menos ochenta y nueve veces. Juan tuvo el privilegio especial de presentar a Jesús a la nación de Israel. También tuvo la difícil tarea de preparar a la nación para recibir a su Mesías. Les llamó a que se arrepintieran de sus pecados y que demostraran ese arrepentimiento mediante el bautismo y luego viviendo vidas cambiadas.

8 Vivos en Cristo

Juan, el apóstol, resumió lo que Juan el Bautista dijo acerca de Jesucristo (Juan 1:15-18). Primero, *él es eterno* (Juan 1:15). Juan el Bautista en realidad nació seis meses antes de Jesús (Lucas 1:36); así que en esta declaración se refiere a la preexistencia de nuestro Señor, no a su fecha de nacimiento. Jesús existía incluso antes de que Juan el Bautista fuera concebido.

Jesús es *lleno de gracia y de verdad* (Juan 1:16,17). Gracia es el favor y bondad de Dios otorgados a los que no los merecen ni pueden ganárselos. Si Dios nos tratara sólo de acuerdo con la verdad, ninguno sobreviviría, pero nos trata a base de la gracia y la verdad. Jesucristo, en su vida, muerte y resurrección, cumplió todas las demandas de la ley; ahora Dios puede dar libremente la plenitud de su gracia a los que confían en Cristo. La gracia sin la verdad sería engañosa, y la verdad sin la gracia sería condenadora.

En Juan 1:17 Juan no sugiere que no había gracia bajo la ley mosaica, porque sí la había. Cada sacrificio era una expresión de la gracia de Dios. La ley también reveló la verdad divina. Pero en Jesucristo la gracia y la verdad alcanzan su plenitud; y esta plenitud está disponible para nosotros. Somos salvos por gracia (Efesios 2:8,9), pero también vivimos por gracia (1 Corintios 5:10) y dependemos de la gracia de Dios en todo lo que hacemos. Podemos recibir gracia sobre gracia, porque “él da mayor gracia” (Santiago 4:6). En Juan 1:17 Juan sugiere que un nuevo orden ha llegado, reemplazando el sistema mosaico.

Finalmente *Jesucristo nos revela a Dios* (Juan 1:18). En su esencia Dios es invisible (1 Timoteo 1:17; Hebreos 11:27). El hombre puede ver a Dios revelado en la naturaleza (Salmo 19:1-6; Romanos 1:20) y en sus obras poderosas en la historia; pero no puede ver a Dios mismo. Jesucristo nos revela a Dios, porque él “es la imagen del

Dios invisible” (Colosenses 1:15) y “la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). La frase que en Juan 1:18 se traduce “dado a conocer” procede del vocablo griego de donde obtenemos el término *exégesis*, que quiere decir *explicar, desdoblar, encaminar*. Jesucristo nos explica a Dios y lo interpreta para nosotros. Nosotros simplemente no podemos comprender a Dios sin conocer a su Hijo, Jesucristo.

La palabra *Hijo* se usa por primera vez en el evangelio de Juan como título para Jesús (Juan 1:18). La frase “el unigénito” quiere decir único, *el único en su clase*. No quiere decir que hubo un tiempo en que el Hijo no existía, y que luego el Padre le hizo existir. Jesucristo es Dios eterno; siempre ha existido.

Por lo menos nueve veces en el evangelio de Juan a Jesús se le llama “el Hijo de Dios” (Juan 1:34,49; 3:18; 5:25; 10:36; 11:4,27; 19:7; 20:31). Recordarás que Juan tuvo como propósito al escribir este evangelio el convencernos de que Jesús es el Hijo de Dios (Juan 20:31). Por lo menos diecinueve veces se le llama “el Hijo”. No sólo que es el Hijo de Dios, sino que también es Dios el Hijo. Incluso los demonios reconocieron esto (Marcos 3:11; Lucas 4:41).

Juan el Bautista es una de las seis personas mencionadas en el Evangelio de Juan que dieron testimonio de que Jesús es Dios. Los otros son Natanael (Juan 1:49), Pedro (Juan 6:69), el ciego que fue sanado (Juan 9:35-38), Marta (Juan 11:27) y Tomás (Juan 20:28). Si se añade a nuestro Señor mismo (Juan 5:25; 10:36), se suman siete testigos.

Juan da el registro de cuatro días en la vida de Juan el Bautista, Jesús y los primeros discípulos. Luego continúa esta secuencia en capítulo 2 y presenta, por así decirlo, una *semana en la nueva creación* que es paralela a la semana de la creación en Génesis 1.

10 Vivos en Cristo

El primer día (Juan 1:19-24) un comité de los dirigentes religiosos judíos interrogó a Juan el Bautista. Estos hombres tenían todo derecho para investigar a Juan y su ministerio, puesto que eran los custodios y guardianes de la fe. Le hicieron varias preguntas y él les respondió con claridad.

“¿Tú, quién eres?” era una pregunta lógica. ¿Era el Mesías prometido? ¿Era el profeta Elías quien había de venir antes de que apareciera el Mesías? (Malaquías 4:5). Grandes multitudes se habían reunido para oír a Juan, y muchos habían sido bautizados. Aunque Juan no hizo ningún milagro (Juan 10:41), era posible que la gente pensara que él era el Mesías prometido.

Juan negó ser Elías o el Mesías. (En cierto sentido él era el Elías prometido. Ve Mateo 17:10-13.) Juan no tenía nada para decir en cuanto a sí mismo ¡porque había sido enviado para hablar de Jesús! Jesús es el Verbo; Juan no era sino *una voz*, ¡y no se puede ver una voz! Juan mencionó la profecía de Isaías (Isaías 40:1-3) y afirmó que él era su cumplimiento.

Habiéndose cerciorado de quién era Juan, el comité entonces le preguntó qué hacía. “¿Por qué bautizas?” Juan recibió su autoridad para bautizar, no de los hombres, sino del cielo, porque fue comisionado por Dios (Mateo 21:23-32). Los dirigentes religiosos de los judíos de ese día bautizaban a los gentiles que querían adoptar la fe judía; *¡pero Juan bautizaba judíos!*

Juan explicó que su bautismo era con agua, pero que el Mesías vendría y bautizaría con un bautismo espiritual. De nuevo, Juan dejó bien claro que él no estaba estableciendo una nueva religión o buscando exaltarse a sí mismo. Estaba conduciendo a las personas al Salvador, el Hijo de Dios (Juan 1:34). Aprenderemos más tarde que fue mediante el bautismo que Jesucristo sería presentado al pueblo de Israel.

4. El Cordero de Dios (Juan 1:29-34)

Este es el segundo día de la semana que registró el apóstol Juan, y sin duda algunos de los miembros del mismo comité estuvieron presentes para oír el mensaje de Juan el Bautista. Esta vez él llamó a Jesús “el Cordero de Dios”, título que repetiría al día siguiente (Juan 1:35,36). En cierto sentido el mensaje de la Biblia se puede resumir en este título. La pregunta en el Antiguo Testamento fue: “¿Dónde está el cordero?” (Génesis 22:7). En los cuatro Evangelios el énfasis es “He aquí el Cordero de Dios”. ¡Aquí está! Después de haber confiado en él cantarás con el coro celestial: “¡Digno es el Cordero!” (Apocalipsis 5:12).

El pueblo de Israel estaba familiarizado con los corderos para los sacrificios. En la Pascua cada familia debía tener un cordero, y durante el año se sacrificaban dos corderos cada día en el altar del templo, además de todos los otros corderos traídos para sacrificios personales. Esos corderos fueron traídos por hombres a los hombres, pero aquí estaba el Cordero de Dios, ¡dado por Dios a los hombres! Los primeros no podían quitar el pecado, pero el Cordero de Dios sí puede quitar el pecado. Los primeros eran sólo para Israel, pero este Cordero derramaría su sangre ¡por todo el mundo!

¿Qué tiene que ver el bautismo de Juan con Jesús como el Cordero de Dios? Los eruditos concuerdan por lo general que en el Nuevo Testamento el bautismo era por inmersión. Era un cuadro de la muerte, sepultura y resurrección. Cuando Juan el Bautista bautizó a Jesús, Jesús y Juan estaban dando un cuadro gráfico del bautismo que Jesús sufriría *en la cruz* al morir como el Cordero de Dios que se sacrificó (Isaías 53:7; Lucas 12:50). Sería mediante la muerte, sepultura y resurrección que el Cordero de Dios *cumpliría toda justicia* (Mateo 3:15).

12 Vivos en Cristo

Tal vez Juan estaba equivocado. Tal vez no estaba seguro de que Jesús de Nazaret fuera el Cordero de Dios o el Hijo de Dios. Pero el Padre demostró con claridad para Juan quién era Jesús al enviar al Espíritu como paloma para iluminarle. ¡Qué hermoso cuadro de la Trinidad!

5. El Mesías (Juan 1:35-42)

Este es el tercer día en la secuencia. El séptimo día incluyó la boda en Caná (Juan 2:1); y puesto que las bodas judías tradicionalmente se celebraban los miércoles, en este caso el tercer día sería el sábado. Pero no fue un día de reposo ni para Juan el Bautista ni para Jesús, porque Juan estaba predicando y Jesús estaba seleccionando discípulos.

Los dos discípulos de Juan que siguieron a Jesús fueron Juan, el escritor del Evangelio, y su amigo Andrés. Juan el Bautista se alegró cuando la gente dejó de seguirlo a él para seguir a Jesús, porque su ministerio se enfocaba en Jesús. “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).

Cuando Jesús les preguntó: “¿Qué buscáis?” los estaba obligando a definir sus propósitos y metas. ¿Estaban buscando un dirigente revolucionario para derrocar a Roma? ¡Entonces sería mejor que se unieran a los zelotes! Ni en sueños Andrés y Juan se dieron cuenta de cómo sus vidas serían transformadas por el Hijo de Dios.

“¿Dónde moras?” puede significar: *Si estás ocupado en este momento, podemos volver más tarde*. Pero Jesús les invitó a pasar el día con él (era como las 10 a.m.) y sin duda les dijo algo de su misión, revelándoles lo que ellos tenían en su corazón y contestando sus preguntas. Ambos quedaron tan impresionados que buscaron a sus hermanos y los trajeron a Jesús. Andrés halló a Simón y Juan trajo a Jacobo. En verdad *¡eran guardas de sus hermanos!* (Génesis 4:9). Siempre que se halla a Andrés

en el Evangelio de Juan, está trayendo a alguien a Jesús: su hermano, el muchacho con los panes y los pescados (Juan 6:8), y los griegos que querían ver a Jesús (Juan 12:20,21). No tenemos registrado ningún sermón de Andrés, pero por cierto que predicó grandes sermones mediante sus acciones como ganador personal de almas.

“Hemos hallado al Mesías” fue el testimonio que Andrés le dijo a Simón. Mesías es una palabra hebrea que significa *ungido*, y el equivalente griego es *Cristo*. Para los judíos era lo mismo que decir “Hijo de Dios” (ve Mateo 23:63,64; Marcos 14:61,62; Lucas 22:67-70). En el Antiguo Testamento los profetas, sacerdotes y reyes eran ungidos, y con eso apartados para servicio especial. A los reyes especialmente se les llamaba *ungido de Dios* (1 Samuel 26:11; Salmo 89:20); así que cuando los judíos hablaban de su Mesías, estaban pensando en el rey que vendría para librarlos y establecer el reino.

Había cierta confusión entre los maestros judíos respecto a lo que haría el Mesías. Algunos lo veían como el sacrificio sufriente (como en Isaías 53), en tanto que otros lo veían como un rey espléndido (como en Isaías 9 y 11). Jesús tuvo que explicarles incluso a sus propios seguidores que la cruz tenía que venir antes de la corona, que él debía sufrir antes de entrar en su gloria (Lucas 24:13-35). Si Jesús era o no en verdad el Mesías fue un problema crucial que era todo un reto para los judíos de esos días (Juan 7:26,40-44; 9:22; 10:24).

La entrevista de Simón con Jesús cambió la vida del pescador. También le dio un nuevo nombre: *Pedro* en griego, y *Cefas* en el arameo, el idioma que Jesús hablaba; y ambos significan *una piedra*. Exigió gran esfuerzo de parte de Jesús el transformar al débil Simón en una roca, ¡pero lo hizo! “Tú eres... tú serás”, es un gran estímulo

14 Vivos en Cristo

para todos los que confían en Cristo. Verdaderamente él nos da el poder (Juan 1:12).

Es digno de notarse que Andrés y Juan confiaron en Cristo por la fiel predicación de Juan el Bautista. Pedro y Jacobo vinieron a Cristo debido a la obra compasiva y personal de sus hermanos. Más adelante Jesús ganaría personalmente a Felipe; y luego Felipe le testificaría a Natanael y le llevaría a Jesús. La experiencia de cada hombre es diferente, porque Dios usa varios medios para llevar al Salvador a los pecadores. Lo importante es que confiemos en Cristo y luego procuremos llevar a otros a él.

6. El Rey de Israel (Juan 1:43-49)

Jesús llamó personalmente a Felipe y éste confió en Cristo y le siguió. No sabemos qué clase de preparativos del corazón experimentó Felipe, porque por lo general Dios prepara a la persona antes de llamarla. Lo que sí sabemos es que Felipe demostró su fe al hablarle de ella a su amigo Natanael.

Juan 21:2 sugiere que por lo menos siete de los discípulos de nuestro Señor eran pescadores, incluyendo Natanael. Los pescadores son valientes y apegados a su trabajo, por difícil que sea. Pero Natanael empezó dudando, puesto que no creía que algo bueno pudiera salir de Nazaret. Nuestro Señor nació en Belén, pero creció en Nazaret y llevaba ese estigma (Mateo 2:19-23). Ser llamado “nazareno” (Hechos 24:5) quería decir ser desdeñado y rechazado.

Cuando Natanael vaciló y discutió, Felipe adoptó las propias palabras de nuestro Señor: “Venid y ved” (Juan 1:39). Más tarde Jesús invitaría “Venga... y beba” (Juan 7:37) y “venid y comed” (Juan 21:12). *Vengan* es la gran invitación de la gracia de Dios.

Cuando Natanael llegó a Jesús descubrió que el Señor ya sabía mucho acerca de él. ¡Qué sorpresa! Al llamarle “un verdadero israelita, en quien no hay engaño” Jesús estaba refiriéndose por cierto a Jacob, el antepasado de los judíos, que usó tretas para engañar a su hermano, a su padre, y a su suegro. El nombre de Jacob fue cambiado a “Israel, príncipe con Dios”. La referencia a la *escalera de Jacob* en Juan 1:51 confirma esto.

Cuando Jesús reveló que sabía esto de Natanael, dónde había estado y lo que había estado haciendo, fue suficiente para convencer al hombre de que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Su experiencia fue como la de la samaritana junto al pozo. “Cuando él [el Mesías] venga nos declarará todas las cosas... Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho” (Juan 4:25,29). La revelación del corazón humano debería tener lugar también en el ministerio de las iglesias locales (1 Corintios 14:23-35).

Cuando Felipe le testificó a Natanael, la evidencia que le dio fue la de Moisés y los profetas (Juan 1:45). Tal vez Jesús le dio a Felipe una explicación de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, como lo hizo con los discípulos que iban a Emaús (Lucas 24:13 en adelante). Siempre es bueno ligar nuestro testimonio personal con la Palabra de Dios.

“Rey de Israel” sería un título similar al Mesías, Ungido, porque los reyes siempre eran los ungidos de Dios (ve Salmo 2, especialmente los vv. 2,6,7). En cierto punto del ministerio de Jesús las multitudes querían hacerle rey, y él rehusó (Juan 6:15 en adelante), pero ante Pilato afirmó que había nacido Rey (Juan 18:33-37).

Algunos estudiosos creen que Natanael y Bartolomé son el mismo individuo. Juan nunca menciona a Bartolomé

16 Vivos en Cristo

en su evangelio, pero los otros tres escritores mencionan a Bartolomé pero no a Natanael. El nombre de Felipe va ligado a Bartolomé en las listas de nombres (Mateo 10:3; Marcos 3:18; Lucas 6:14), así que es posible que los dos hombres formaban un equipo y servían juntos. No era raro en esos días que un hombre tuviera dos nombres diferentes.

7. El Hijo del Hombre (Juan 1:50,51)

El título “Hijo del Hombre” era uno de los favoritos de nuestro Señor para referirse a sí mismo. Se usa ochenta y tres veces en los Evangelios, y por lo menos trece veces en Juan. El título habla a la vez de la deidad y de la humanidad de Jesús. La visión de Daniel 7:13 presenta al “hijo de hombre” en un escenario definitivamente mesiánico; y Jesús usó el título de la misma manera (Mateo 26:64).

Como Hijo del hombre Jesús es el *eslabón vivo* entre el cielo y la tierra. Esto explica su referencia a la escalera de Jacob en Génesis 28. El fugitivo Jacob pensaba que estaba solo, pero Dios había enviado a los ángeles para que lo guardaran y guiaran. Cristo es la *escalera* de Dios entre el cielo y la tierra. “Nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). A menudo en este Evangelio hallarás a Jesús recalcándole a la gente que él había descendido del cielo. Los judíos sabían que “Hijo del hombre” era un nombre para el Mesías (Juan 12:34).

Al terminarse el cuarto día Jesús tenía seis hombres que creían y que eran sus discípulos. Ellos no “lo dejaron todo y le siguieron” de inmediato; eso vendría más tarde. Pero habían confiado en él y experimentado su poder. En los tres años que estaban por delante ellos crecerían en la fe, aprenderían más de Jesús, y un día tomarían el lugar del Señor en la tierra para que la Palabra de Dios pudiera ser llevada a toda la humanidad.

Jesús de Nazaret es Dios venido en carne. Cuando Felipe le llamó “el hijo de José” no estaba negando el nacimiento virginal de Jesús o su naturaleza divina. Esa era meramente su identificación legal, porque al judío se le identificaba por quién era su padre (Juan 6:42). El testimonio de este capítulo entero es claro: ¡Jesús de Nazaret es Dios venido en carne!

¡Dios está aquí!

Aprendiendo acerca de Jesús

Juan 2

Los seis discípulos que hasta este punto habían confiado en Jesús empezaron su caminata con él, la cual duró toda la vida, y desde el principio empezaron a aprender más sobre él. Los que leemos el registro de los Evangelios en su totalidad nos inclinamos a dar por sentado estos eventos; pero para los discípulos, cada día y cada nuevo evento trajo maravillas que eran difíciles de entender. Nada más en este capítulo Juan anotó tres revelaciones maravillosas de Jesucristo.

1. Su gloria (Juan 2:1-12)

“Al tercer día” quiere decir tres *días después del llamamiento de Natanael* (Juan 1:45-51). Siendo que era el cuarto día de la semana que anota Juan (Juan 1:19,29,35,43), la boda tuvo lugar el séptimo día de esta *semana de la nueva creación*. En todo su evangelio Juan deja en claro que Jesús seguía un horario divino, obedeciendo la voluntad del Padre.

La tradición judía requería que las vírgenes se casaran el miércoles, en tanto que las viudas se casaban el jueves.

Siendo el séptimo día de la semana especial mencionada en el Evangelio de Juan, se esperaría que Jesús reposara, tal como Dios había descansado el séptimo día (Génesis 2:1-3). Pero el pecado había interrumpido el descanso sabático de Dios, y fue necesario que tanto el Padre como el Hijo trabajaran (Juan 5:17; 9:4). Es más, Juan registró dos milagros específicos que Jesús deliberadamente realizó en días de reposo (Juan capítulos 5 y 9).

En esta boda vemos a Jesús en tres papeles diferentes: un invitado, el Hijo y el anfitrión.

Jesús el invitado (Juan 2:1,2). Nuestro Señor no fue un recluso, como lo fue Juan el Bautista (Mateo 11:16-19). Jesús aceptó invitaciones a eventos sociales, aunque sus enemigos usaron esta práctica para acusarle (Lucas 15:1,2). Nuestro Señor tomó parte en las experiencias normales de la vida y las santificó con su presencia. ¡Sabia es la pareja que invita a Jesús a su boda!

Jesús estaba acompañado por su madre y sus seis discípulos. Tal vez fue la adición de esas otras siete personas lo que contribuyó a que se presentara la crisis; pero debe haber sido una fiesta pequeña de bodas si ese fuera el caso. Tenemos razones para creer que la familia terrenal de nuestro Señor no era adinerada, y es muy probable que sus amigos tampoco eran personas acomodadas. Tal vez la escasez de vino tuvo que ver con una boda de presupuesto limitado.

¿Fueron Jesús y sus discípulos invitados debido a María o debido a Natanael? (Juan 21:2). Nuestro Señor todavía no era bien conocido; todavía no había realizado ningún milagro. No es probable que haya sido invitado debido a que la gente sabía quién era. Es probable que la invitación fuera el resultado de su relación con María.

Jesús el Hijo (Juan 2:3-5). Las fiestas judías por lo general duraban una semana, y por eso era necesario

20 Vivos en Cristo

que el novio hiciera provisiones adecuadas. Por un lado, sería penoso que se acabara la comida o el vino; y una familia que cometiera semejante torpeza podía incluso ser multada. Así que, quedarse sin vino hubiera sido costoso tanto en el área de las finanzas como socialmente.

¿Por qué fue María a hablar con Jesús acerca del problema? ¿En realidad esperaba ella que él hiciera algo especial para suplir la necesidad? Por cierto que ella sabía quién era él, aunque ella no les contó esta maravillosa verdad a otros. Debe haber sido pariente muy cercano de la novia o del novio para interesarse tan personalmente por el éxito de las festividades, o incluso saber que la provisión de vino se había acabado. Tal vez María estaba ayudando a preparar y a servir la comida.

María no le dijo a Jesús qué hacer; simplemente le informó del problema. (Compara el mensaje de María y Marta a Jesús, cuando Lázaro se enfermó; Juan 11:3.) La respuesta de Jesús parece algo abrupta, e incluso severa; pero no es ese el caso. “Mujer” era una manera cortés de dirigirse a ella (Juan 19:26; 20:13), y su declaración simplemente significa: *¿Por qué quieres que yo intervenga en este asunto?* Estaba dejando en claro para su madre que él ya no estaba bajo su supervisión (es probable que José ya había muerto), pero que desde ese punto en adelante haría lo que el Padre quería que hiciera. Ya había dado algún indicio de eso varios años antes (Lucas 2:40-52).

En este punto Juan presenta uno de los elementos clave de su relato, la idea de *la hora*. Jesús vivía según un *calendario celestial*, preparado para él por el Padre. (Ve Juan 7:30; 8:20; 12:23; 13:1; 17:1; y nota también las palabras de Jesús registradas en Juan 11:9,10.) Al estudiar el Evangelio de Juan se puede observar cómo se desarrolla este concepto de la hora.

Las palabras de María a los criados revelan que ella estaba dispuesta a dejar que el Hijo hiciera lo que bien le pareciera, y que confiaba en que él haría lo que se debía hacer. Sería sabio que todos nosotros obedeciéramos lo que ella dijo. Es digno de notar que fue Jesús, y no María, quien se hizo cargo de la situación y resolvió el problema; y que María señaló, no a sí misma, sino a Jesús.

Jesús el anfitrión (Juan 2:6-12). El primer milagro de nuestro Señor no fue un evento espectacular que todos presenciaron. María, los discípulos y los criados sabían lo que había sucedido; pero nadie más en la fiesta tenía idea alguna de que había tenido lugar un milagro. Su primer milagro fue un evento discreto en una boda, en contraste con su último milagro anotado por Juan (Juan 11), que fue un evento público después de un funeral.

Cada una de las seis tinajas tenía capacidad para aproximadamente setenta y seis litros. Sin embargo, no se nos dice que toda el agua de las tinajas se convirtió en vino. Todo lo que se nos dice es que la que los criados sacaron y sirvieron se transformó en vino. La calidad de este vino nuevo era tan superior que el director del banquete lo elogió profusamente y, por supuesto, la familia del novio disfrutó ampliamente de la gloria de los elogios.

El hecho de que este fue “principio de señales” automáticamente declara como falsas las historias de milagros hechos por Jesús cuando era infante o niño. Esos relatos no son sino fábulas supersticiosas y toda persona que acepta la autoridad de la Biblia debe rechazarlas.

El milagro hizo algo por los discípulos. Reveló la gloria de Jesús (Juan 1:14) y les dio un cimiento más firme para su fe. Aunque los milagros *por sí solos* son evidencia insuficiente para declarar que Jesús es el Hijo de Dios (2 Tesalonicenses 2:9,10), el efecto acumulativo

22 Vivos en Cristo

de milagro tras milagro debería ciertamente convencerlos de la deidad de Cristo. Los discípulos tenían que empezar en alguna parte, y con el correr de los meses su fe se profundizó conforme conocían cada vez mejor a Jesús.

Pero hay ciertamente más en este milagro que simplemente suplir una necesidad humana y evitar a una familia una pena social. El Evangelio de Juan, a diferencia de los otros tres evangelios, procura dar el *significado interno*, el sentido espiritual, de las obras de nuestro Señor. Así que cada milagro es un *sermón en acción*. Debemos tener cuidado para no espiritualizar estos eventos al punto de hacerles perder su base histórica; pero, al mismo tiempo, no debemos limitarnos tanto a la historia como para perder de vista su significado espiritual.

Para empezar, la palabra que Juan usó en su libro no es *dúnamis*, que hace énfasis en el poder, sino *semeion*, que quiere decir *señal*. ¿Qué es una señal? Algo que apunta más allá de sí misma a algo más grande. No bastaba que la gente creyera en las obras de Jesús; tenían que creer en él y en el Padre que le envió (Juan 5:14-24). Esto explica por qué Jesús a menudo añadía un sermón al milagro, y en ese sermón interpretaba la señal. En Juan 5 la sanidad del paralítico en el día de reposo abrió el camino para un mensaje sobre la deidad de Cristo, *Señor del día de reposo*. La alimentación de los cinco mil (Juan 6) dio lugar naturalmente a un sermón sobre el Pan de vida.

Si nuestro Señor hubiera predicado un sermón después de convertir el agua en vino, ¿qué habría dicho? Por un lado, probablemente le habría dicho a la gente que la alegría del mundo siempre se acaba y no se la puede recuperar, pero que el gozo que él da siempre es nuevo y siempre satisface. (En las Escrituras el vino es un símbolo de gozo. Ve Jueces 9:13 y Salmo 104:15). El mundo

ofrece lo mejor al principio, y luego, una vez que has mordido el anzuelo las cosas empiezan a empeorar. Pero Jesús continúa ofreciendo lo que es mejor hasta que un día disfrutaremos de las mejores bendiciones en el reino eterno (Lucas 22:18).

Pero nuestro Señor por cierto tendría aquí un mensaje especial para su pueblo, Israel. En el Antiguo Testamento la nación se describe como casada con Dios e infiel en su pacto matrimonial (Isaías 54:5; Jeremías 31:32; Oseas 2:2 en adelante). El vino se acabó, ¡y todo lo que se quedaba para Israel era seis tinajas vacías! Ellas contenían agua para los lavamientos *externos*, pero no podían proveer nada para la limpieza interna y el gozo. En este milagro nuestro Señor trajo llenura donde había vacuidad, alegría donde había desilusión, y algo *interno* para lo que era solamente externo (agua para los lavamientos ceremoniales).

Cuando Juan mencionó el “tercer día” (Juan 2:1) puede haber estado aludiendo a la resurrección de nuestro Señor. Todas estas bendiciones son posibles debido al sacrificio de Cristo en la cruz y su resurrección de entre los muertos (Juan 2:19).

Es interesante notar que el primer milagro de Moisés fue una plaga: convertir el agua en sangre (Exodo 7:19 en adelante), lo que habla de juicio. El primer milagro de nuestro Señor habla de gracia.

Este milagro también presenta una lección práctica en el servicio para Dios. El agua se convirtió en vino porque los criados cooperaron con Jesús y obedecieron sus órdenes. Varias de las señales anotadas en el Evangelio de Juan incluyen la cooperación del hombre con Dios: la alimentación de los cinco mil (Juan 6), la sanidad del ciego de nacimiento (Juan 9), y la resurrección de Lázaro

24 Vivos en Cristo

(Juan 11). Sea que repartamos pan, limpiemos lodo, o quitemos la piedra, estamos ayudándole a Jesús a realizar un milagro.

Es significativo que los criados sabían de dónde venía este vino especial (Juan 2:9). Cuando Jesús sanó al hijo del noble (Juan 4:46-54), fueron los sirvientes los que sabían el secreto. Nosotros no somos solamente sus sirvientes; somos también sus amigos, y sabemos lo que él está haciendo (Juan 15:15).

El vino era la bebida normal de la gente en esos días, y no debemos usar este milagro como argumento en pro de las bebidas alcohólicas de hoy. Una vez un hombre dado a beber vino me dijo: “Después de todo, Jesús convirtió el agua en vino”.

Mi respuesta fue: “Si usas a Jesús como tu ejemplo para beber, ¿por qué no sigues su ejemplo en todo lo demás?” Entonces le leí Lucas 22:18. Este versículo indica claramente que en el cielo hoy ¡Jesús es abstemio!

Los creyentes sinceros de hoy toman en cuenta versículos como 1 Corintios 8:9; 10:23,31 antes de concluir que el uso de bebidas alcohólicas sea sabio. Me viene a la memoria el cuento del minero borracho que se convirtió y llegó a ser un testigo vocal por Cristo. Uno de sus amigos trató de ponerle una trampa y le preguntó: “¿Crees que Jesús convirtió el agua en vino?”

“¡Por supuesto!” replicó el creyente. “¡En mi casa Cristo ha convertido el vino en muebles, ropa decente y comida para mis hijos!”

Finalmente, vale la pena notar que los judíos siempre diluían el vino con agua, por lo general en una proporción de tres partes de agua y una parte de vino. En tanto que la Biblia no ordena la abstinencia total, por cierto que *la apoya* y definitivamente advierte en contra de la borrachera.

2. Su celo (Juan 2:12-22)

Jesús, su familia y sus discípulos se quedaron algunos días en Capernaum, y luego fueron a Jerusalén para la Fiesta de la Pascua. Todo judío tenía la obligación de asistir a tres fiestas anuales en la Ciudad Santa: la Pascua, el Pentecostés y la Fiesta de los Tabernáculos (Deuteronomio 16:16). Las fiestas mencionadas en el Evangelio de Juan son la Pascua (Juan 2:13; 6:4; 12:1), los Tabernáculos (Juan 7:2) y la Fiesta de la Dedicación (Juan 10:22). La fiesta mencionada en Juan 5:1, y cuyo nombre no se da, puede haber sido Purim (Esdras 9:26,31).

Aunque deliberadamente violaba las tradiciones religiosas establecidas por los fariseos, nuestro Señor obedecía los estatutos de la ley y fue fiel para observar la ley mosaica. En su vida y muerte cumplió la Ley para que, hoy, los creyentes no tengan que llevar la carga del *yugo de servidumbre* (Hecho 15:10).

Jesús reveló su celo por Dios primeramente *limpiando el templo* (Juan 2:13-17). Los sacerdotes habían establecido un lucrativo negocio de cambio de moneda extranjera por moneda judía, y también de venta de los animales necesitados para los sacrificios. Sin duda este *mercado religioso* empezó como conveniencia para los judíos que viajaban grandes distancias para venir a adorar en el templo, pero con el tiempo la *conveniencia* se convirtió en negocio, dejando de ser ministerio. La tragedia es que este negocio se realizaba en los atrios de los gentiles, en el templo, lugar donde los judíos debían haber estado conociendo a los gentiles y hablándoles del único Dios verdadero. Lo más probable era que si algún gentil buscara la verdad no la podría encontrar entre los mercaderes religiosos en el templo.

Nuestro Señor apareció de repente en el templo, ¡y limpió la casa! Se cuidó de no destruir la propiedad de nadie (por

26 Vivos en Cristo

ejemplo, no dejó en libertad a las palomas); pero sí dejó bien claro que él estaba a cargo de la situación. El templo era la casa de su Padre, y no iba a permitir que los dirigentes religiosos la contaminaran con sus empresas lucrativas.

La condición del templo era una indicación vívida de la condición espiritual de la nación. Su religión era una rutina tediosa, presidida por hombres de mentalidad mundana cuyo principal deseo era ejercer autoridad y enriquecerse. No sólo era que el vino se había acabado en la fiesta de bodas, sino que la gloria se había alejado del templo.

Cuando ellos vieron su celo valiente, los discípulos recordaron el Salmo 69:9: “Me consumió el celo de [por] tu casa”. El salmo 69 es definitivamente un salmo mesiánico que es citado varias veces en el Nuevo Testamento: Salmo 69:4 (Juan 15:25); Salmo 69:8 (Juan 7:3-5); Salmo 69:9 (Juan 2:17; Romanos 15:3); Salmo 69:21 (Mateo 27:34,48); y Salmo 69:22 (Romanos 11:9,10).

Había todavía en Israel un remanente piadoso que amaba a Dios y reverenciaba su templo (Lucas 1:5-22; 2:25-38), pero la mayoría de los dirigentes religiosos eran falsos pastores quienes explotaban a la gente. Cuando Jesús limpió el templo *declaró la guerra* contra dichos dirigentes hipócritas (Mateo 23), y esto a la larga resultó en su muerte. En verdad el celo por la casa de Dios *¡en efecto lo consumió!*

También reveló su celo al *dar su vida* (Juan 2:18-22). Era lógico que los dirigentes religiosos le pidieran que les mostrara la fuente de su autoridad. Después de todo, ellos eran los guardianes de la fe judía, y tenían todo derecho para probar a cualquier profeta que apareciera. “Los judíos piden señales” (1 Corintios 1:22). A menudo, durante su ministerio, los dirigentes le pidieron a Jesús que les diera una señal; y él rehusó hacerlo, *excepto* por la señal de

Jonás (Mateo 12:39 en adelante). La señal de Jonás es la muerte, sepultura y resurrección.

Jesús usó la imagen del templo para presentar esta verdad. “Destruid este templo [mi cuerpo], y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Estando ciegos espiritualmente, los que lo oyeron mal entendieron lo que Jesús estaba diciendo. En todo el Evangelio de Juan se nota que algunos mal entendieron la verdad *espiritual* y la interpretaron en términos materiales o físicos (Juan 3:4; 4:11; 6:52). El templo de Herodes fue empezado en el año 20 a. de C. y no quedó terminado sino en el año 64 d. de C. ¿Cómo podría un hombre levantarlo en tres días?

Esta declaración fue, por supuesto, una predicción de su propia muerte y resurrección; y sus discípulos lo recordaron después de que él resucitó de entre los muertos. Pero sus enemigos también lo recordaron y usaron esto en su juicio (Mateo 26:59-61); y algunos lo usaron para burlarse de él cuando estaba muriendo en la cruz (Mateo 27:40).

Al escribir este evangelio, Juan incluyó varias descripciones vívidas de la muerte del Salvador. La primera es el sacrificio del Cordero en Juan 1:29, el cual indicaba que su muerte sería en sustitución por los pecadores. La destrucción del templo es la segunda descripción (Juan 2:19), y sugiere una muerte violenta que acabaría en la resurrección victoriosa.

La tercera ilustración es la de la serpiente levantada (Juan 3:14), que es una referencia a Números 21:5-9. El Salvador sería hecho pecado por nosotros (1 Pedro 2:24). Su muerte sería voluntaria (Juan 10:11-18): El Pastor pondría su vida por las ovejas. Finalmente, la siembra de la semilla (Juan 12:20-25) enseña que su muerte produciría fruto para la gloria de Dios. Su muerte y sepultura parecerían un fracaso, pero al final, Dios daría la victoria.

El templo era un elemento importante en la fe judía, porque se suponía que allí moraba Dios. Todas las ceremonias y los sacrificios de la religión judía se centraban en el templo. Cuando Jesús sugirió que ese precioso edificio sería destruido, era de esperarse una reacción colérica. Después de todo, si *su* cuerpo es el templo, entonces el templo judío ya no sería necesario. En esta enigmática declaración nuestro Señor en realidad predijo el fin del sistema religioso de los judíos.

Pero ese era uno de los propósitos que Juan tenía en mente al escribir su evangelio: el sistema legal había acabado, y la gracia y la verdad habían venido por medio de Jesucristo. El es el nuevo sacrificio (Juan 1:29) y el nuevo templo (Juan 2:19). Juan nos dirá más adelante que la nueva adoración dependerá de la integridad interior, y no de la geografía externa (Juan 4:19-24).

3. Su conocimiento (Juan 2:23-25)

Mientras estaba en Jerusalén para la Pascua, Jesús realizó milagros que no se mencionan en detalle en ninguno de los Evangelios. Deben de haber sido estas señales las que atrajeron de manera especial a Nicodemo (Juan 3:2). Debido a los milagros muchos profesaron creer en él, pero Jesús no aceptó su profesión. A pesar de lo que ellos dijeran de sí mismos, u otros dijeran de ellos, Jesús no aceptaba testimonio humano. ¿Por qué? Porque, siendo Dios, sabía lo que había en el corazón y la mente de cada persona.

Las palabras *creyeron* en Juan 2:23 y *se fiaba* en Juan 2:24 son traducciones de la misma palabra griega. Muchos creían en Jesús, ¡pero él no creía en ellos! Eran ¡*creyentes no salvos!* Una cosa es responder a un milagro y otra muy diferente entregarse a Jesucristo y permanecer en su palabra (Juan 8:30,31).

Juan no está desacreditando la importancia de los milagros de nuestro Señor, porque escribió su libro para

registrar estas señales y animar a sus lectores a confiar en Jesucristo y recibir vida eterna (Juan 20:30,31). Sin embargo, en todo el libro Juan deja en claro que para que la persona sea salva se requiere más que creer en milagros. Ver las señales y creer en ellas sería un gran principio; de hecho, incluso los discípulos empezaron de esa manera y tenían que crecer en su fe (compara Juan 2:11 y v.22).

A través de todo el Evangelio de Juan los judíos se ven divididos en cuanto al significado de estos milagros (Juan 9:16; 11:45,46). Los mismos milagros que atrajeron a Nicodemo a Jesús causaron a otros dirigentes religiosos querer matarlo. Incluso dijeron que hacía sus milagros por el poder de Satanás. Los milagros de nuestro Señor fueron testimonios (Juan 5:36), los cuales dieron evidencia de que era el Hijo divino; pero también fueron *pruebas*, que revelaron los corazones de las personas (Juan 12:37 en adelante). Los mismos eventos que abrieron algunos ojos sólo lograron cegar más los ojos de otros (Juan 9:39-41).

Es importante ver que Jesús ligó sus milagros a la verdad de su mensaje. Sabía que el corazón humano es atraído por lo sensacional. Los cinco mil a quienes dio de comer querían hacerle Rey, ¡hasta que predicó un sermón sobre el Pan de vida, y la gente se alejó en multitudes! “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17). En la gracia Jesús dio de comer a los hambrientos; en la verdad enseñó la Palabra. La gente quería la comida física pero no la verdad espiritual, y por eso lo abandonaron.

“El sabía lo que había en el hombre” es una declaración que es demostrada varias veces en el Evangelio de Juan. Jesús conocía el carácter de Simón (Juan 1:42). Sabía cómo era Natanael (Juan 1:46 en adelante), y le dijo a la samaritana “todo” lo que ella había hecho (Juan 4:29). Sabía que los dirigentes judíos no tenían en sus corazones el amor

30 Vivos en Cristo

de Dios (Juan 5:42), y que uno de los discípulos no era un verdadero creyente (Juan 6:64). Vio el arrepentimiento en el corazón de la adúltera (Juan 8:10,11) y homicidio en los corazones de sus enemigos (Juan 8:40 en adelante). Varias veces en el mensaje que dio en el aposento alto Jesús les reveló a sus discípulos los sentimientos y preguntas más íntimos de ellos.

Al seguir el ministerio del Señor en el Evangelio de Juan nos damos cuenta cómo el Señor pasa gradualmente de la brillante luz de la popularidad a las negras sombras del rechazo. Al principio fue fácil para la gente seguir a la multitud y presenciar los milagros del Señor; pero luego las palabras del Señor empezaron a penetrar los corazones, produciendo convicción; y la convicción lleva bien a la conversión o a la oposición. Es imposible ser neutral. Las personas tenían que decidir, y casi todos decidieron en contra de Jesús.

Sí, Jesús conoce el corazón humano. “Si no viereis señales y prodigios, no creeréis” (Juan 4:48). La gente que quiere sus obras pero no su palabra nunca puede compartir su vida. “Hay que ver para creer” no es un método aceptable para los cristianos (Juan 11:40; 20:29). Primero debemos creer; luego veremos. Los milagros sólo pueden conducirnos a la Palabra (Juan 5:36-38), y la Palabra de Dios genera la fe que salva (Romanos 10:17).

El acertado conocimiento de nuestro Señor del corazón humano es otra evidencia de su deidad, porque sólo Dios puede ver el corazón del hombre. Este breve párrafo nos prepara para la importante entrevista con Nicodemo relatada en el próximo capítulo. Nota la repetición de la palabra *hombre* (Juan 2:25–3:1). Nicodemo quería saber más de Jesús, pero acabó aprendiendo más de sí mismo.

Asunto de vida o muerte

Juan 3

Benjamín Franklin no fue sólo un gran estadista e inventor, sino que también fue un gran corresponsal y recibía cartas de personas famosas de todo el mundo. Un día recibió lo que bien podría haber sido la carta más importante que jamás había llegado a su escritorio. Era del bien conocido predicador británico Jorge Whitefield.

“Hallo que usted es cada vez más famoso en el mundo de los educados”, le escribió Whitefield. “Así como usted ha hecho tal progreso al investigar los misterios de la electricidad, humildemente ahora le insto a que preste atención diligente al misterio del nuevo nacimiento. Es el estudio de lo más importante e interesante y, cuando lo domine, le pagaré ricamente sus esfuerzos”.

El nuevo nacimiento es uno de los temas clave en Juan 3. Además, en este capítulo veremos a Jesucristo en tres papeles diferentes: el Maestro (Juan 3:1-21), el Esposo (Juan 3:22-30) y el Testigo (Juan 3:31-36).

1. Jesucristo el Maestro (Juan 3:1-21)

Ya hemos notado la relación entre Juan 2:23-25 y 3:1. Nicodemo fue originalmente atraído a Jesús por los milagros que hizo. Quería saber más de Jesús y de las doctrinas que enseñaba. Nicodemo era *el maestro de los judíos* (Juan 3:10, traducción literal) por eso tenía gran respeto por el Maestro de Galilea.

Nicodemo era un fariseo, lo que quiere decir que vivía según las reglas religiosas más estrictas posibles. No todos los fariseos eran hipócritas (como se podría inferir de los comentarios de Jesús anotados en Mateo 23), y la evidencia indica que Nicodemo era profundamente sincero en su búsqueda de la verdad. Vino a Jesús de noche, no porque tuviera miedo de que lo vieran, sino más probablemente porque quería tener tiempo para conversar sin interrupciones con el nuevo Maestro “venido de Dios”. El hecho de que Nicodemo usa el pronombre plural nosotros, y Jesús responde con el plural vosotros o ustedes (Juan 3:7) puede indicar que Nicodemo representaba a los dirigentes religiosos. Era un hombre de elevado carácter moral, profundo hambre religioso y sin embargo con profunda ceguera religiosa.

Para instruir a Nicodemo en lo básico de la salvación nuestro Señor usó cuatro ilustraciones diferentes.

Nacimiento (Juan 3:1-7). Nuestro Señor empezó con lo familiar, puesto que el nacimiento es una experiencia universal. La palabra que se traduce “de nuevo” también quiere decir *de arriba*. Aunque todos los seres humanos han experimentado el nacimiento natural en la tierra, si esperan ir al cielo tienen que experimentar un nacimiento espiritual de arriba que es sobrenatural.

De nuevo vemos la ceguera de los pecadores: este bien educado líder religioso, Nicodemo, ¡no entendió lo

que quería decir el Salvador! Jesús estaba hablando de un nacimiento espiritual, pero Nicodemo pensaba sólo en el nacimiento físico. La situación no es diferente hoy. Cuando uno le habla a la gente de la necesidad de nacer de nuevo, a menudo ella empieza a hablar de su herencia religiosa familiar, su membresía en la iglesia, ceremonias religiosas y cosas por el estilo.

Siendo un maestro paciente, nuestro Señor tomó las palabras de Nicodemo y explicó más el nuevo nacimiento. Nacer del agua quiere decir *nacer físicamente* (“entrar por segunda vez en el vientre de su madre”) pero nacer de nuevo quiere decir *nacer del Espíritu*. Así como hay dos padres para el nacimiento físico, así hay dos padres para el nacimiento espiritual: el Espíritu de Dios (Juan 3:5) y la palabra de Dios (Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23-25). El Espíritu de Dios toma la palabra de Dios y, cuando el pecador cree, imparte la vida de Dios.

Jesús no estaba enseñando que el nuevo nacimiento viene mediante el bautismo en agua. En el Nuevo Testamento el bautismo está relacionado con la *muerte*, no con el nacimiento; y ninguna cantidad de agua física puede efectuar un cambio espiritual en una persona. El énfasis de Juan 3:14-21 es sobre el *creer*, porque la salvación viene por la fe (Efesios 2:8,9). La evidencia de la salvación es el testimonio del Espíritu por dentro (Romanos 8:9) y el Espíritu entra en la vida en el momento en que uno cree (Hechos 10:43-48; Efesios 1:13,14).

El bautismo en agua es por cierto una parte de nuestra obediencia a Cristo y nuestro testimonio por Cristo (Mateo 28:18-20; Hechos 2:41). Pero no es esencial para la salvación; porque si así fuera, ninguno de los santos del Antiguo Testamento habría sido salvo jamás, ni tampoco el ladrón en la cruz (Lucas 23:39-43). En todas

34 Vivos en Cristo

las épocas sólo ha habido un modo de salvación: la fe en la promesa de Dios, aunque la *evidencia externa* de esa fe ha cambiado de época en época.

El nacimiento humano incluye padecimiento (Juan 16:21), y lo mismo el nacimiento de arriba. Nuestro Salvador tuvo que padecer en la cruz para que nosotros pudiéramos llegar a ser miembros de la familia de Dios (Isaías 53:11). Los creyentes compasivos tienen que “padecer” en oración y testimonio al procurar llevar a los pecadores a Cristo (1 Corintios 4:15; Gálatas 4:19).

El hijo hereda la naturaleza de los padres, y lo mismo el hijo de Dios. Llegamos “a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). La naturaleza determina el apetito, lo que explica por qué el creyente tiene apetito por las cosas de Dios (1 Pedro 2:2,3). No tiene deseo de volver a las cosas corruptas del mundo que en un tiempo lo atraían (2 Pedro 2:20-22). Se alimenta de la Palabra de Dios y crece a la madurez espiritual (Hebreos 5:11-14).

Por supuesto, el nacimiento incluye vida; y el nacimiento espiritual de arriba incluye la vida *de Dios*. Juan usa la palabra *vida* treinta y seis veces en su evangelio. Lo opuesto a la vida es la muerte, y la persona que no ha creído en Jesucristo no tiene la vida de Dios, la vida eterna, vida en abundancia. *¡No se puede fabricar creyentes, de igual modo que no se pueden fabricar bebés!* La única manera de entrar en la familia de Dios es mediante el nuevo nacimiento (Juan 1:11-13).

El nacimiento incluye un futuro, y Dios “nos hizo renacer para una esperanza viva” (1 Pedro 1:3). No se puede arrestar por un delito a un bebé recién nacido, porque no tiene pasado. Cuando naces de nuevo a la familia de Dios, tus pecados son perdonados y olvidados, y tu futuro brilla con una esperanza viva.

Nicodemo debe haber tenido una expresión de sorpresa y de asombro en su cara, porque el Señor le dijo: “No te maravillas de que te dije: os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7). Pero ¡Nicodemo había nacido como judío! ¡Era parte del pueblo del pacto de Dios! (Romanos 9:4,5). Por cierto pensaba que su nacimiento era mejor que el del gentil o el del samaritano. Su vida era ejemplar, porque era un fariseo fiel. Podía entender bien que Jesús dijera que los *romanos* tenían que nacer de nuevo, ¡pero ciertamente no los *judíos*!

El viento (Juan 3:8-13). Es probable que la brisa nocturna soplaba mientras Nicodemo y Jesús conversaban sentados en la terraza de la casa. La palabra “viento” tanto en hebreo como en griego se puede traducir también como *espíritu*. En la Biblia uno de los símbolos del Espíritu de Dios es el viento, o aliento (Job 33:4; Juan 20:22; Hechos 2:2). Como el viento, el Espíritu es invisible pero poderoso; y no se puede explicar o predecir los movimientos del viento.

Cuando Jesús usó este símbolo Nicodemo debe haber recordado al instante Ezequiel 37:1-14. El profeta vio un valle lleno de huesos muertos; pero cuando profetizó al espíritu, el Espíritu vino y les dio vida a los huesos. De nuevo, fue una combinación del Espíritu de Dios y la Palabra de Dios lo que les dio vida. La nación de Israel (incluyendo a Nicodemo y sus compañeros en el concilio) estaba muerta y sin esperanza; y a pesar de la moralidad y la religión del pueblo, necesitaba la vida del Espíritu.

El nuevo nacimiento de arriba es una necesidad (“Os es necesario nacer de nuevo”), pero también es un misterio. Toda persona que nace del Espíritu es como el viento; no se puede explicar o predecir por completo ni al viento ni al hijo de Dios. A propósito, el nacimiento humano todavía es un misterio, a pesar de todo lo que sabemos de

36 Vivos en Cristo

la anatomía y fisiología. Cada nueva vida es emocionante y diferente.

Nicodemo vino “de noche” y ¡seguía en la oscuridad! No podía entender el nuevo nacimiento, incluso después de que Jesús se lo explicó. ¡Nuestro Señor dijo claramente que lo que Nicodemo sabía del Antiguo Testamento debería haberle dado la luz que necesitaba (Juan 3:10). El “maestro de los judíos” sabía los *hechos* registrados en las Escrituras, pero no podía comprender las *verdades*.

¿Cuál era el problema? Por un lado, los dirigentes religiosos no querían someterse a la autoridad del testimonio de Cristo (Juan 3:11). Veremos que este conflicto de autoridad aumenta conforme avanzamos en nuestros estudios. Los dirigentes religiosos profesaban creerle a Moisés, y sin embargo no querían creer a Jesús (Juan 5:37-47). Los fariseos buscaban más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios (Juan 12:37-50).

“He usado ilustraciones terrenales”, dijo Jesús “y no pueden comprender. Si empiezo a decirles las verdades espirituales, ustedes tampoco querrán creerlas” (Juan 3:12).

La serpiente levantada (Juan 3:14-18). Es seguro que Nicodemo conocía el relato de Números 21:4-9. Es una historia de pecado, porque la nación se rebeló contra Dios y tuvo que ser castigada. Dios envió serpientes que los mordían y muchos murieron. También es una historia de gracia, porque Moisés intercedió por el pueblo y Dios proveyó el remedio. Le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la colgara en un poste para que todos la vieran. Cualquier persona que era mordida y que miraba a la serpiente era sanada de inmediato. También es una historia de fe: cuando las personas miraban por fe, fueron salvas.

El verbo *levantado* tiene un significado doble: ser crucificado (Juan 8:28; 12:32-34) y ser glorificado y

exaltado. En su Evangelio Juan recalca que la crucifixión de nuestro Señor fue en realidad el medio de su glorificación (Juan 12:23 en adelante). La cruz no fue el fin de su gloria; fue el medio de su gloria (Hechos 2:33).

Así como la serpiente fue levantada en un poste, también el Hijo de Dios sería levantado en una cruz. ¿Por qué? Para salvarnos del pecado y de la muerte. En el campamento de Israel la solución para el “problema de las serpientes” no fue matarlas, preparar remedios, fingir que no existían, dictar leyes contra serpientes, o trepar al poste. La respuesta era mirar por fe a la serpiente levantada.

El mundo entero ha sido mordido por el pecado, y “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Dios envió a su Hijo para que muriera, no sólo por Israel, sino por el mundo entero. ¿Cómo nace de arriba una persona? ¿Cómo es salvada de perecer eternamente? Creyendo en Cristo Jesús; mirando a Cristo por fe.

El 6 de enero de 1850 una tormenta de nieve paralizó casi por completo la ciudad de Colchester, Inglaterra; y un muchacho no pudo asistir a la iglesia como solía hacer. Así que se fue a la Capilla Metodista Primitiva más cercana, en donde un laico mal preparado sustituyó al predicador ausente. Su pasaje bíblico fue Isaías 45:22: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Por muchos meses el adolescente se había sentido miserablemente convencido de sus pecados, pero aunque se había criado en la iglesia, siendo que tanto su padre y su abuelo eran predicadores, no tenía la seguridad de su salvación.

El ministro sustituto mal preparado no tenía mucho para decir, así que repetía y repetía el texto: “Un hombre no tiene que asistir a la universidad para aprender a mirar”, gritaba. “Cualquiera puede mirar; ¡un niño puede mirar!” En ese momento miró al visitante sentado a un lado, y

38 Vivos en Cristo

señalándole le dijo: “Joven: Tienes una expresión que da lástima. Muchacho ¡mira a Jesucristo!”

El joven miró por fe, y así fue cómo se convirtió el gran predicador Charles Haddon Spurgeon.

La diferencia entre perecer y vivir, y entre la condenación y salvación, es la fe en Jesucristo. Jesús bien podía haber venido a este mundo como Juez y destruir a todo pecador rebelde; pero en amor vino a este mundo como nuestro Salvador, *y murió por nosotros en la cruz!* Se hizo *la serpiente levantada*. La serpiente en los días de Moisés dio vida física a los judíos que morían, pero Jesucristo da vida eterna a todo el que confía en él. ¡Cristo tiene salvación para el mundo entero!

Luz y tinieblas (Juan 3:19-21). Esta es una de las principales figuras que se usan en este Evangelio (Juan 1:4-13). ¿Por qué no vienen los pecadores a “a luz de la vida?” ¡Porque aman las tinieblas! Quieren persistir en sus obras malas, y esto les impide que vengan a la luz; porque mientras más cerca está el pecador de la luz, más expuestos quedan sus pecados. No son problemas intelectuales los que impiden que la gente confíe en Cristo; es la ceguera moral y espiritual lo que les mantiene amando más las tinieblas, y aborreciendo la luz.

Por favor, nota que Nicodemo finalmente llegó a la luz. Estaba en la medianoche de confusión (Juan 3:1-21), pero con el tiempo salió a la luz del sol de la confesión cuando se identificó con Cristo en el Calvario (Juan 19:38-42). Se dio cuenta de que el Salvador levantado era en realidad el Hijo de Dios.

2. Jesús el Esposo (Juan 3:22-30)

Hasta el momento en que Herodes detuvo a Juan el Bautista y lo echó en la cárcel, el ministerio de Juan tuvo

lugar al mismo tiempo que el del Señor Jesús. Juan no quería que nadie lo siguiera; su ministerio era señalar al Cordero de Dios e instar a la gente que confiara en Jesucristo. Pero cuando dos predicadores populares están dedicado a un trabajo similar, es fácil que tanto amigos como enemigos se vean envueltos en rivalidades y comparaciones.

Parece que algunos de los discípulos de Juan empezaron una controversia. La discusión comenzó sobre la cuestión de la purificación, pero pronto escaló a cuestiones personales. En Juan 3:25 algunos manuscritos dicen “un judío”, en lugar de “los judíos”. ¿Podría ser Nicodemo este judío anónimo? No podemos asegurarlo, pero bien puede ser una posibilidad.

La cuestión de la purificación era importante para los judíos (Marcos 7:1-23). Según la Ley del Antiguo Testamento era necesario que se conservaran ceremonialmente puros para poder servir a Dios y agradarle. Desdichadamente, los fariseos añadieron a la Ley tantas tradiciones que la observancia de ella se convirtió en una carga.

Sin darse cuenta los discípulos de Juan le estaban poniendo en una situación de competir contra el Señor Jesús. “Todos vienen a él” (Juan 3:26) suena a lamento. Es interesante notar que cuatro de los más grandes hombres de la Biblia enfrentaron este problema de comparación y competencia: Moisés (Números 11:26-30), Juan el Bautista (Juan 3:26-30), Jesús (Lucas 9:46-50) y Pablo (Filipenses 1:15-18). Un dirigente a menudo sufre más por el celo de sus discípulos que por sus enemigos.

¿Cómo manejó Juan el Bautista esta controversia? Para empezar, declaró con firmeza que todo ministerio y toda bendición vienen de Dios, así que no puede haber rivalidades (Juan 3:27). Pablo habría convenido con esto (1 Corintios 3:1-9; 4:1-7). Nuestros dones y oportunidades vienen de Dios, y sólo él debe recibir la gloria.

40 Vivos en Cristo

Luego Juan usó una hermosa ilustración. Comparó a Jesús con el esposo y a sí mismo con el mejor amigo (Juan 3:29). Una vez que el novio y la novia se han unido, el trabajo del mejor amigo ha terminado. Que necio sería que el mejor amigo tratara de superar al novio y tomar su lugar. El gozo de Juan era oír la voz del Esposo y saber que él había tomado a su esposa.

Incluso antes de nacer Juan el Bautista se regocijó en el Señor (Lucas 1:44). Juan se contentaba con ser la voz que anunciaba que Jesús era el Verbo (Juan 1:23). Jesús era la luz, Juan el Bautista era el testigo que señalaba hacia la Luz (Juan 1:6-8).

A menudo llegan a mi escritorio boletines de prensa y reseñas de libros, junto con boletines de conferencias; y a veces me perturba lo que leo. Muy pocos oradores y escritores son personas comunes. Son personas que han viajado por todo el mundo, o conferencistas muy notorios que han hablado ante multitudes gigantescas. Siempre están en gran demanda, y sus ministerios se describen en términos que hacen que el apóstol Pablo sea enano en comparación.

Un pastor presbiteriano de Melbourne, Australia, presentó a J. Hudson Taylor usando muchos superlativos, especialmente la palabra *grande*. Taylor pasó al púlpito, y calladamente dijo: "Amigos queridos: Soy un pequeño siervo de un Maestro ilustre". Si Juan el Bautista oyó esa afirmación desde el cielo, debe haber gritado "¡Aleluya!"

La imagen del Esposo debe haber sido significativa para el pueblo judío, porque Jehová había hecho un pacto de "matrimonio" con la nación (Isaías 54:5; 62:4 en adelante; Jeremías 2:2; 3:20; Ezequiel 16:8; Oseas 2:19 en adelante). Pero, Israel había sido infiel a sus votos, y Dios había tenido que dejarla a un lado temporalmente. Hoy Dios está llamando a un pueblo para su nombre, la iglesia, la esposa

de Cristo (2 Corintios 11:1-3; Efesios 5:22-33). Un día el Esposo vendrá para tomar a su esposa y llevarla a su hogar en el cielo (Apocalipsis 19:6-9; 21:9 en adelante).

La expresión *es necesario* se usa de tres maneras significativas en este capítulo. Algo “es necesario” para el pecador (Juan 3:7), algo “es necesario” para el Salvador (Juan 3:14), y algo “es necesario” para el siervo (Juan 3:30).

3. Jesús el Testigo (Juan 3:31-36)

Los estudiosos no están de acuerdo en cuanto a quién habla en Juan 3:31-36, si se trata de Juan el apóstol o Juan el Bautista. De hecho, algunos opinan que Juan 3:16-21 son palabras del apóstol Juan y no del Señor Jesús. No había comillas en los manuscritos originales, pero siendo que toda la Escritura es inspirada, en realidad no hace mayor diferencia quién dijo estas palabras.

El énfasis en este párrafo recae sobre el testimonio, que es uno de los temas clave del Evangelio de Juan. La palabra griega que se traduce “testimonio” se usa cuarenta y cinco veces. Juan dio testimonio de Jesús (Juan 1:7; 5:33), pero Jesús también da testimonio de la verdad. ¿Por qué debemos prestar atención a su testimonio? Por varias razones.

Vino del cielo (Juan 3:31). No fue simplemente llamado del cielo, o que el cielo le haya dado poder; *vino* del cielo. Fue esta afirmación la que los judíos cuestionaron, porque sabían que era una afirmación de que Cristo era Dios (Juan 6:38-42). Ciertamente Juan el Bautista no era de arriba ni tampoco reclamó serlo. Ningún mensajero terrenal de Dios vino de arriba. Sólo Jesucristo puede hacer tal afirmación y demostrar que es verdad.

Siendo que Jesús vino del cielo, representa al Padre; y el rechazar su testimonio es rechazar al Padre (Juan 5:23).

42 Vivos en Cristo

Sabemos que su testimonio es verdad porque es el verdadero Dios. Podemos confiar en esto.

Vino de él, como testigo presencial (Juan 3:32,33). El dice lo que ha visto y oído del Padre (Juan 8:38). Los que reciben su testimonio y *actúan en consecuencia* saben por experiencia personal que su testimonio es verdad (Juan 7:17). Las enseñanzas de nuestro Señor no son para estudiarse intelectualmente, separadas de la vida cotidiana. Es cuando obedecemos su palabra y la ponemos en práctica que vemos su verdad y experimentamos su poder.

El Padre ha autorizado a su Hijo (Juan 3:34,35). Dios le envió (otro tema clave en el Evangelio de Juan); Dios le dio la palabra; Dios le dio el Espíritu; y Dios le dio todas las cosas (Juan 13:3). ¡Qué comisión! Rechazar el testimonio del Hijo es rebelarse contra la autoridad más alta del universo.

Por lo general pensamos del amor de Dios por un mundo perdido (Juan 3:16), pero Juan nos recuerda el amor del Padre por su Hijo. Jesús es el “Hijo amado” (Mateo 3:17; Marcos 1:11; Lucas 3:22). Debido a que el Padre ama al Hijo, le ha dado todas las cosas, y le muestra todas las cosas (Juan 5:20). Es un amor que no escatima nada.

Por consiguiente, cuando recibimos su testimonio, participamos de su amor y de sus riquezas. Rechazar el testimonio de Cristo es pecar contra el amor y la luz. No es sorpresa que nuestro Señor lloró sobre la ciudad de Jerusalén (Mateo 23:27-29). Los judíos habían rechazado su testimonio, tantos sus mensajes como sus milagros, y su rechazo condujo a su castigo.

Podemos escapar de la ira de Dios (Juan 3:36). Este es el único lugar en las epístolas de Juan o en su evangelio donde el apóstol usa la palabra *ira*. (La usa seis veces en el libro de Apocalipsis). Este versículo es paralelo a Juan 3:18 y deja en claro que no puede haber neutralidad cuando

se trata del testimonio de Jesucristo: o bien confiamos en él, o le rechazamos.

“Vida eterna” no significa simplemente eternidad en el cielo. ¡El creyente posee esa vida ya! Lo opuesto de la vida eterna es la muerte eterna, la ira de Dios. Una persona no tiene que morir e ir al infierno para estar bajo la ira de Dios. “El que no cree, ya ha sido condenado” (Juan 3:18). El veredicto ya ha sido dictado, pero la sentencia todavía no se ha ejecutado. ¿Por qué? Porque Dios es paciente y continúa llamando a los pecadores al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

Al repasar el capítulo tres de Juan se puede ver que el apóstol Juan está recalcando una relación personal con Jesucristo.

Es una *relación viva* que empieza con el nuevo nacimiento, el nacimiento de arriba. Cuando recibimos a Jesucristo en nuestras vidas participamos de su misma vida y llegamos a ser hijos en la familia de Dios.

También es una *relación de amor*, porque él es el Esposo y nosotros somos parte de la esposa. Como Juan el Bautista, deseamos que Jesucristo crezca y que nosotros mengüemos. El debe recibir todo el honor y gloria.

Es una *relación de aprendizaje*, porque él es el Testigo fiel que nos proclama la verdad de Dios. Qué deleite recibir su palabra, meditar en ella, y hacerla parte de nuestra vida.

Pero no debemos olvidar el costo de estas bendiciones. Para que nosotros naciéramos en la familia de Dios, Jesucristo tuvo que morir. El tuvo que sufrir el odio y la condenación de los hombres. Tuvo que ser levantado en la cruz para que nosotros pudiéramos tener perdón y vida eterna.

Que nunca demos esto por sentado.

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).

La mala samaritana

Juan 4

En Juan 4 nuestro Señor ministra a una variedad de personas: la samaritana pecadora, sus propios discípulos, los muchos samaritanos que creyeron en él, y finalmente a un noble y su familia. ¿Qué tenían en común todas estas personas? La *fe* en Jesucristo. Juan estaba cumpliendo el propósito de su Evangelio al mostrarles a sus lectores las varias clases de personas que llegaron a creer en Jesús como el Hijo de Dios.

Conozcamos a estas personas y descubramos cómo empezó su fe, cómo creció y lo que la fe hizo por ellas y por otros.

1. La Samaritana (Juan 4:1-30)

Debido a que los fariseos estaban tratando de incitar la rivalidad entre Jesús y Juan el Bautista (Juan 3:25-30), Jesús salió de Judea y se dirigió al norte, a Galilea. Podía haber tomado cualquiera de tres posibles rutas: por la costa, cruzando el Jordán y atravesando Perea, o atravesando

Samaria. Los judíos ortodoxos evitaban Samaria porque había un odio largamente sostenido entre ellos y los samaritanos.

Los samaritanos eran una raza mixta, parte judío y parte gentil, que surgió por el cautiverio asirio impuesto sobre las diez tribus del norte en 727 a. de C. Rechazados por los judíos debido a que no podían demostrar su genealogía, los samaritanos establecieron su propio templo y servicios religiosos en el monte Gerizim. Esto sólo sirvió para atizar las llamas del prejuicio. Tan intenso era su aborrecimiento de los samaritanos que algunos de los fariseos oraban que ningún samaritano fuera resucitado en la resurrección. Cuando sus enemigos quisieron insultar a Jesús, le llamaron samaritano (Juan 8:48).

Debido a que Jesús seguía un horario divinamente establecido, fue necesario que él atravesara Samaria. ¿Por qué? Porque allí encontraría a una mujer y la conduciría a la fe que salva, la clase de fe verdadera que afectaría a toda una ciudad. Nuestro Señor no hacía acepción de personas. Anteriormente había aconsejado a un judío moral (Juan 3), y ahora testificaría a una samaritana inmoral.

Llegó al pozo de Jacob como a las seis de la tarde, la hora habitual en que las mujeres salían a sacar agua. Los discípulos fueron a la aldea cercana para comprar comida mientras Jesús deliberadamente esperó junto al pozo. Estaba cansado, con hambre y sed. Juan no sólo presenta a Jesús como el Hijo de Dios, sino también como verdadero hombre. Nuestro Señor participó de las experiencias normales de nuestras vidas y puede identificarse con nosotros en cada una de ellas.

Al leer la entrevista de nuestro Señor con esta mujer nota cómo lo que ella sabe de Jesús aumenta hasta que reconoce que él es el Cristo. Hay cuatro etapas en esta experiencia.

El es judío (Juan 4:7-10). En esos días se consideraba inapropiado que algún hombre, especialmente un rabino, le hablara en público a una mujer extraña (Juan 4:27). Pero nuestro Señor dejó a un lado las costumbres sociales porque la salvación eterna de un alma estaba en juego. Por cierto que fue sorpresa para la mujer cuando él le pidió agua para beber. Ella dedujo que él era un rabino judío, y tal vez trató de analizar sus palabras para buscar algún otro sentido en la petición de él. ¿Qué sería lo que él *realmente* quería?

La información al final del versículo 9 es para beneficio de sus lectores gentiles. Siendo que los discípulos habían ido a la ciudad para comprar alimentos, es obvio que los judíos sí tenían *ciertos tratos* con los samaritanos; así que Juan no estaba tratando de exagerar. La frase se puede traducir *no le piden favores a los samaritanos, o no usan utensilios en común con los samaritanos*. Siendo judío, ¿por qué querría Jesús usar la vasija contaminada de ella para beber un poco de agua?

Por supuesto, la petición de nuestro Señor fue simplemente una manera de empezar la conversación y hablarle de la verdad del “agua viva”. Cuando testificaba a las personas Jesús jamás usaba *charla de vendedor* adaptándola a cada situación. A Nicodemo le habló del nuevo nacimiento; pero a esta mujer le habló de agua viva.

Jesús le hizo ver que ella ignoraba tres hechos importantes: Quién era él, lo que él tenía para ofrecerle, y cómo podía ella recibirlo. Allí estaba el Dios eterno hablándole, ofreciéndole vida eterna. Los samaritanos estaban tan ciegos como los judíos (Juan 1:26). Pero las palabras de nuestro Señor despertaron su interés, así que ella siguió con la conversación.

Mayor que Jacob (Juan 4:11-15). Jesús estaba hablando del agua espiritual, pero ella interpretó sus

palabras como refiriéndose a agua literal. De nuevo vemos lo fácil que es para la gente confundir lo material con lo espiritual. Es más, esta mujer estaba preocupada por el *cómo* iba a conseguir él esa agua, en lugar de simplemente pedirle que se la diera a beber.

Por supuesto, Jesús *es* mayor que Jacob, ¡y mayor que el pozo mismo! Para parafrasear su respuesta: “Cualquiera *que continúa bebiendo* de esta agua física (o de cualquier cosa que el mundo puede ofrecer) volverá a tener sed. Pero el que *bebe una sola vez* del agua que yo le daré nunca más volverá a tener sed” (ve Juan 4:13,14). ¡Ciertamente las cosas de este mundo jamás satisfacen por completo! En el infierno la gente hoy está clamando: “¡Tengo sed!”

Hemos notado antes que la *vida* es uno de los conceptos clave en el Evangelio de Juan. El apóstol usa la palabra por lo menos treinta y seis veces. Campbell Morgan ha recalcado que la humanidad necesita aire, agua y comida para tener vida. (Tal vez podríamos añadir que también necesita luz.) Todo esto lo provee Jesucristo. Provee el aliento (Espíritu) de Dios (Juan 3:8; 20:22). Es el Pan de Vida (Juan 6:48) y la Luz de la Vida (Juan 1:4,5), y nos da el agua de vida.

La respuesta inmediata de la mujer fue pedir ese don, pero no sabía lo que estaba diciendo. La semilla de la palabra cayó en terreno de poca profundidad, y los retoños que brotaron no tenían raíz (Mateo 13:20,21). La samaritana había progresado en su entendimiento, pero todavía le quedaba largo camino que andar; así que Jesús siguió hablándole con paciencia.

Un profeta (Juan 4:16-24). La única manera de preparar el terreno del corazón para la semilla es ararlo con convicción. Por eso Jesús le dijo que llamara a su marido;

48 Vivos en Cristo

la obligó a que reconociera su pecado. No puede haber conversión sin convicción. Primero debe haber convicción y arrepentimiento, y entonces puede haber la fe que salva. Jesús había despertado su mente y atizado sus emociones, pero también tenía que tocar la conciencia, y eso exigía que confrontara el pecado de ella.

“No tengo marido”, fue la afirmación más corta que ella dijo en toda la conversación. ¿Por qué? Porque fue convencida de su pecado y se quedó con la boca cerrada (Romanos 3:19). Pero fue lo mejor que pudo haberle sucedido.

Sin embargo, en lugar de escuchar a Jesús, ella trató de desviar la conversación para que hablaran de las diferencias entre las religiones judía y samaritana. ¡Es mucho más cómodo discutir de religión que enfrentarse a los pecados de uno! Sin embargo, Jesús de nuevo reveló la ignorancia espiritual de ella: ¡ella no sabía a quién adorar, ni dónde adorar, ni cómo adorar! Jesús dijo claramente que todas las religiones no son igualmente aceptables delante de Dios, y que algunos adoran por ignorancia e incredulidad.

La única fe que Dios acepta es la que vino por medio de los judíos. La Biblia tiene orígenes judíos, y nuestro Salvador fue judío. Los primeros creyentes fueron judíos. Un empleado religioso en un aeropuerto me dijo una vez que el libertador del mundo vino de Corea, pero Jesús dijo: “La salvación viene de los judíos”. Sólo aquellos que tienen al Espíritu Santo morando en ellos, y que obedecen la verdad, pueden adorar a Dios de manera aceptable.

Fue una declaración devastadora decir que la adoración ya no estaba limitada al templo judío. Dicha declaración se relaciona con Juan 2:19-21 y también con la de Esteban en Hechos 7:48-50. El Evangelio de Juan claramente revela

que hay un nuevo sacrificio (Juan 1:29), un nuevo templo (Juan 2:19-21; 4:20-24), un nuevo nacimiento (Juan 3:1-7) y una nueva agua (Juan 4:11). Los judíos que leían este evangelio deben haberse dado cuenta que Dios estaba estableciendo en Jesucristo toda una nueva economía. La ley del Antiguo Testamento había sido cumplida y puesta a un lado.

El Cristo (Juan 4:25-30). A pesar de su ignorancia había una verdad que la mujer sí sabía: el Mesías iba a venir y revelaría los secretos de los corazones. ¿Dónde aprendió ella esta verdad? No lo sabemos, pero la semilla había estado escondida en su corazón hasta esa hora, y ahora iba a producir fruto. La respuesta de nuestro Señor a su afirmación fue literalmente: “Yo, el que hablo contigo, yo soy”. ¡Se atrevió a pronunciar el santo nombre de Dios!

En ese punto la mujer puso su fe en Jesucristo y se convirtió. De inmediato quiso hablar de su fe a otros, así que regresó a su aldea y les dijo a los hombres que ella había encontrado al Cristo. Cuando se considera la escasa verdad espiritual que la mujer sabía, su celo y testimonio nos hace avergonzar. Pero Dios usó su testimonio sencillo, y muchos salieron al pozo para ver a Jesús. Los rabinos decían: “Es mejor quemar las palabras de la Ley que dárselas a una mujer” pero Jesús no concuerda con ese prejuicio estrecho.

¿Por qué dejó ella su cántaro cuando se fue corriendo a la ciudad? Por un lado, ella tenía dentro de sí el agua viva y estaba saciada. También, ella tenía el propósito de volver; y tal vez en el intervalo los discípulos y Jesús podían usar el cántaro para saciar su sed. ¡Desaparecieron las barreras y batallas raciales que habían existido antes! ¡Todos eran uno en fe y amor!

Esta mujer no vino a la fe en Cristo de inmediato. Jesús fue paciente con ella, y en esto él pone un buen ejemplo

para seguir en nuestra obra personal. Por cierto que ella era la candidata menos probable para la salvación, ¡y sin embargo Dios la usó para ganar a casi una ciudad entera!

2. Los Discípulos (Juan 4:31-38)

Cuando los discípulos volvieron de comprar comida, se sorprendieron a ver que Jesús estaba conversando con una mujer, y en especial una samaritana; pero no interrumpieron. Estaban aprendiendo que su Maestro sabía lo que estaba haciendo y no necesitaba que ellos le dieran consejos. Pero, después de que la mujer se fue, instaron a Jesús a que comiera con ellos, porque sabían que él tenía hambre.

“Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis” fue la respuesta y, como de costumbre, ellos no entendieron. Pensaban que estaba hablando de comida física, y se preguntaron cómo la habría conseguido. Entonces él les explicó que el hacer la voluntad del Padre—en este caso, el conducir a la mujer a la salvación—fue el verdadero alimento para su alma. Los discípulos se saciaban de pan, pero él se saciaba al cumplir la obra de su Padre.

“Busca nutrir tu vida con el trabajo de tu vida”, decía Phillips Brooks. La voluntad de Dios debe ser una fuente de fortaleza y satisfacción para el hijo de Dios, tal como si se sentara a disfrutar de un banquete suntuoso. Si lo que estamos haciendo nos destroza en lugar de edificarnos, entonces bien haríamos en preguntarnos si eso es la voluntad de Dios para nosotros.

Nuestro Señor no veía la voluntad del Padre como una carga pesada o una tarea desagradable. Veía su obra como si fuera el alimento mismo para su alma. El hacer la voluntad del Padre le saciaba y satisfacía interiormente. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8). La samaritana

ahora estaba haciendo la voluntad del Padre y hallando emoción y enriquecimiento al hacerlo.

Jesús entonces cambió la figura, de la comida a la mies, que es la fuente del alimento. Citó el antiguo y conocido refrán judío que habla de esperar a la siega, y entonces señaló a los ciudadanos que venían al pozo para verlo, gracias al testimonio de la mujer. Los discípulos fueron a la aldea a comprar pan para sí mismos, pero no evangelizaron. La mujer tomó el lugar de ellos en la evangelización.

La figura de la siega es familiar en la Biblia, y a menudo se aplica al ministerio de ganar almas. Tanto la parábola del sembrador como la parábola de la cizaña (Mateo 13:1-30) tienen que ver con este tema, y Pablo la usó en sus cartas (Romanos 1:13; 1 Corintios 3:6-9; Gálatas 6:9). Sembramos la semilla de la palabra de Dios en los corazones de las personas que la oyen, y procuramos cultivarla con nuestro amor y oraciones. A su tiempo esa semilla quizá dará fruto para la gloria de Dios.

Sin duda los discípulos habían dicho, al acercarse a la ciudad de Sicar: “¡No puede haber cosecha aquí! Esta gente detesta a los judíos y no querrá tener nada que ver con nuestro mensaje”. Pero la verdad era precisamente lo opuesto: la mies estaba lista para la siega y todo lo que se necesitaba era obreros fieles que la recogieran. Por alguna razón, cuando se trata de testificar de Cristo, ¡siempre es el momento inapropiado y el lugar inapropiado! Se requiere fe para sembrar la semilla, y debemos hacerlo incluso cuando las circunstancias son descora-zonadoras. Lee Eclesiastés 11:4 y ¡anímate!

No hay rivalidad en la mies del Señor. Cada uno de nosotros tiene asignada una tarea y todos somos parte del trabajo de otros (1 Corintios 3:6-9). Uno siembra, otro siega; pero cada obrero recibe su recompensa justa por el trabajo que ha hecho.

52 Vivos en Cristo

Juan 4:38 indica que otros habían trabajado en Samaria y habían preparado el camino para esta cosecha. No sabemos quiénes fueron esos fieles obreros, ni tampoco tenemos que saberlo; porque Dios los recompensará. Tal vez algunos de ellos habían oído a Juan el Bautista predicar, o tal vez algunos de los discípulos de Juan habían llegado a ese difícil campo. Algunos arqueólogos han ubicado Enón junto a Salim, donde Juan bautizaba (Juan 3:23) cerca de la Siquem bíblica, que está cerca de Sicar y del pozo de Jacob. Si este es el caso, entonces Juan el Bautista preparó el terreno y sembró la semilla, y Jesús y los discípulos segaron. Por supuesto, la misma mujer sembró algo de la semilla mediante su testimonio a los hombres.

Los discípulos estaban aprendiendo una valiosa lección que les alentaría en años futuros. No estaban solos en la obra del Señor, y nunca debían ver una oportunidad para testificar como un desperdicio de tiempo y energía. Exige fe arar el terreno y sembrar la semilla, pero Dios ha prometido una cosecha (Salmo 126:5,6; Gálatas 6:9). Dentro de pocos años Pedro y Juan participarían en otra cosecha entre los samaritanos (Hechos 8:5-25). Aquellos que siembran tal vez no vean la siega, pero los que siegan la verán y darán gracias por el fiel trabajo de los que sembraron.

La palabra griega que se traduce “labores” en Juan 4:38 se traduce “cansado” en Juan 4:6. Sembrar, cultivar y cosechar son tareas difíciles, no sólo en el campo físico sino también en el espiritual. No hay lugar en la mies del Señor para ociosos. La obra es demasiado difícil y los obreros son pocos.

3. Los Samaritanos (Juan 4:39-42)

Muchos de los samaritanos creyeron debido al testimonio de la mujer, y luego muchos más creyeron

cuando oyeron personalmente a Jesús. Se entusiasmaron tanto que le suplicaron que se quedara con ellos, y él se quedó dos días. En ese breve tiempo su obra produjo fruto en sus vidas.

Es importante que los nuevos convertidos queden cimentados en la palabra: la Biblia. Los samaritanos empezaron su recorrido espiritual al confiar en lo que la mujer dijo, pero pronto aprendieron a confiar en la palabra que enseñó el Salvador. Supieron que habían sido salvados porque habían creído el mensaje. “¡Ahora sabemos!” fue su testimonio feliz.

Uno pensaría que estos samaritanos habrían sido limitados en cuanto a su fe, viendo a Jesús como el Salvador sólo de los judíos y de los samaritanos. Pero declararon que él era “el Salvador del mundo” (Juan 4:42). Apenas tenían pocos días de convertidos, pero ¡ya tenían una visión misionera! Es más, ¡su visión era más amplia que la de los apóstoles!

Es interesante trazar los movimientos de nuestro Señor que le llevaron a Samaria. Estaba en Jerusalén (Juan 2:23) y entonces fue a Judea (Juan 3:22). De Judea fue a Samaria (Juan 4:4), y los samaritanos declararon que él era el Salvador del mundo. Esto es un perfecto paralelo a Hechos 1:8: “Y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. Nuestro Señor ha puesto el ejemplo. Si lo seguimos, él nos dará la cosecha.

Esta samaritana anónima fue una creyente fructífera: dio fruto (muchos creyeron), más fruto (creyeron muchos más), y hoy sigue llevando mucho fruto para la gloria de Dios (ve Juan 15:1-5). Nadie sabe cuántos pecadores han venido al Salvador gracias al testimonio de esta mujer, registrado en Juan 4.

4. El Noble (Juan 4:43-54)

Nuestro Señor continuaba su viaje a Galilea (Juan 4:3) y llegó otra vez a Caná. Galilea era conocida como *Galil ha goyim*, o sea Galilea de los gentiles. Evidentemente Jesús había detectado en Judea (su propia tierra) la creciente hostilidad de los dirigentes religiosos, aunque la oposición real no afloraría sino varios meses después. A nuestro Señor en realidad nunca se le identificó con Judea aunque había nacido en Belén. Se le conocía como el Profeta de Galilea (Mateo 21:11; Juan 7:52). Jesús sabía que la respuesta del público a su ministerio en Jerusalén había sido insincero y superficial (Juan 2:23-25), y que no le estaban rindiendo ningún honor.

¿Por qué regresó Jesús a Caná? Tal vez quería cultivar la *semilla* que había sembrado cuando asistió a la fiesta de bodas. Natanael era de Caná, así que tal vez había una razón personal para esta visita. Jesús iba a encontrar en Caná a un noble de Capernaum, lugar que distaba unos treinta y dos kilómetros. El hombre había oído de sus milagros y recorrió toda esa distancia para interceder por su hijo que estaba muriéndose. El primer milagro en Caná resultó de la petición de la madre de Jesús (Juan 2:1-5), y este segundo milagro en Caná fue a petición de un padre (Juan 4:47).

¿Era este hombre judío o gentil? No lo sabemos. Tampoco sabemos su cargo exacto en el gobierno. Puede haber sido funcionario en la corte de Herodes, pero sea cual fuera su posición nacional o social, claramente se hallaba en el colmo de la desesperación y necesitaba la ayuda del Salvador. El hombre literalmente insistía en rogarle que fuera a Capernaum para sanar a su hijo.

Juan 4:48 no fue un reproche al noble. Más bien fue el lamento de nuestro Señor por la condición espiritual de la

gente en general, tanto en Judea como en Galilea. “Hay que ver para creer” siempre ha sido la filosofía pragmática del mundo perdido, incluso del mundo religioso. El noble creyó que Jesús podía sanar a su hijo, pero cometió dos errores en su manera de pensar: Que Jesús tenía que ir a Capernaum para sanar al muchacho, y que si el muchacho moría entre tanto, sería demasiado tarde.

Debemos admirar la fe de este hombre. Jesús sencillamente le dijo: “Ve, tu hijo vive” (Juan 4:50). ¡Y el hombre creyó y se dirigió de regreso a su casa! Tanto la samaritana como este noble anónimo deben haber alegrado el corazón de Jesús al creer la palabra y actuar en consecuencia.

El muchacho fue sanado en el instante en que Jesús pronunció las palabras; así que los criados del hombre salieron para buscarle y darle las buenas noticias. (De nuevo, son los siervos los que saben lo que está sucediendo. Vé Juan 2:9; 15:15.) El muchacho había sido sanado a las siete, que según los romanos, sería como las siete de la noche. El padre no habría viajado de noche, porque habría sido peligroso; tampoco los criados se hubieran arriesgado de esa manera. La fe del padre fue tan fuerte que estuvo dispuesto para demorar su regreso a su casa, aunque su corazón anhelaba ver a su hijo querido.

Cuando el padre y los criados se encontraron al día siguiente, el informe de ellos confirmó la fe de él. Nota que el padre pensó que la curación sería gradual (comenzado a estar mejor); pero los criados informaron de una recuperación completa e instantánea.

Este hombre empezó con una *fe de crisis*. Estaba a punto de perder a su hijo y no le quedaba otro recurso que el Señor Jesucristo. Muchos vinieron a Jesús con sus crisis, y él no los rechazaba. La fe de crisis del noble se convirtió en una *fe confiada*: creyó al Verbo y tuvo paz

en su corazón. Incluso pudo demorar su regreso a casa, sabiendo que el muchacho estaba fuera de peligro.

Su fe confiada se convirtió en una *fe confirmada*. En verdad el muchacho había sanado por completo. La sanidad tuvo lugar a la misma hora en que Jesús pronunció la palabra. Fue este hecho lo que hizo del noble un creyente, así como los de su casa. Creyó que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, y se lo dijo a su familia. Tuvo una *fe contagiosa* y les habló a otros de su experiencia.

Este fue uno de los milagros que Jesús realizó a distancia. Sanó a distancia al siervo del centurión (Mateo 8:5-13, y nota que él también vivía en Capernaum), y sanó a la hija de la cananea de la misma manera (Mateo 15:21-28). Los dos eran gentiles y, hablando espiritualmente, estaban a *distancia* (Efesios 2:12,13). Tal vez este noble también era gentil. No sabemos.

Juan 4:54 no indica que esta curación fue el segundo milagro que Jesús realizó, porque eso estaría en desacuerdo con Juan 2:23 y 3:2. Este fue el segundo milagro que hizo *en Caná de Galilea* (ve Juan 2:1, 11). Ciertamente Jesucristo les dio a esas personas privilegios especiales.

Pero debemos notar que ambos milagros fueron privados y no públicos. María, los discípulos y los siervos sabían de dónde había salido el mejor vino, pero los invitados no lo supieron. (Por supuesto, es posible que los siervos hayan contado la historia.) El hijo del noble fue sanado en Capernaum, no en Caná; pero las noticias se regaban rápidamente en esos días, y pronto todo el mundo las habría oído.

El primer milagro de Jesús en las bodas reveló su poder sobre *el tiempo*. El Padre siempre está convirtiendo el agua en vino, pero se toma una o dos estaciones para hacer la obra. Jesús hizo el vino instantáneamente. En ese sentido,

los milagros de nuestro Señor fueron simplemente copias *instantáneas* de lo que el Padre siempre está haciendo. “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). El Padre está constantemente multiplicando pan, año tras año, pero el Hijo lo multiplicó instantáneamente.

En el segundo milagro registrado, Jesús mostró su poder sobre el *espacio*. No estaba limitado simplemente porque estaba en Caná y el muchacho enfermo estaba en Capernaum. El hecho de que el padre creyó la palabra y no supo los resultados sino hasta el día siguiente es evidencia de que tuvo una fe confiada. Confió en la palabra que Jesús dijo, e igual debemos hacerlo nosotros.

El hombre que era igual a Dios

Juan 5

Los dos primeros milagros de nuestro Señor que registra Juan fueron, de cierta manera, privados en naturaleza. Los siervos y los discípulos sabían que él transformó el agua en vino, y los siervos y la familia del noble sabían que él había sanado al hijo enfermo. El milagro registrado en Juan 5 fue no sólo público, sino que fue hecho en el día del sábado, e incitó la oposición de los dirigentes religiosos. Vemos aquí el principio de la *persecución oficial* contra el Salvador.

Hay tres escenas emocionantes en este drama.

1. La Curación (Juan 5:1-15)

Al visitar la iglesia de Santa Ana en Jerusalén uno puede ver una profunda excavación que ha revelado el antiguo estanque de Betesda. El nombre hebreo “Betesda” se escribe de varias maneras y se le ha dado varios significados. Algunos dicen que significa *casa de misericordia*, o *casa de gracia*, pero otros dicen que quiere decir *lugar de las*

dos efusiones. Hay evidencia histórica y arqueológica de que dos estanques de agua adyacentes servían a ese sector en la antigüedad.

El estanque está situado en la esquina noreste de la Ciudad Antigua, cerca de la Puerta de las Ovejas (Nehemías 3:1; 12:39). Tal vez Juan vio algún significado espiritual en esta ubicación, porque ya les había dicho a sus lectores que Jesucristo es “el Cordero de Dios” (Juan 1:29).

No sabemos cuál fiesta estaba observando Jesús cuando fue a Jerusalén, y no es importante saberlo. Su principal propósito al ir no fue cumplir con tradiciones religiosas sino sanar a un hombre y usar el milagro como base para un mensaje para el pueblo. El milagro ilustró lo que Jesús dijo en Juan 5:24, el poder de su palabra y el don de la vida eterna.

Aunque es cierto que algunos manuscritos omiten la última parte de Juan 5:3 y todo el versículo 4, también es cierto que el evento (y las palabras del hombre en Juan 5:7) tendrían muy poco sentido si se eliminaran estas palabras. ¿Por qué alguien, especialmente un hombre enfermo por tantos años, se quedaría en un solo lugar si no sucediera nada especial? Uno pensaría que después de treinta y ocho años de que no le sucediera nada *a nadie*, el hombre se habría ido a algún otro sitio y habría dejado de esperar. Parece ser más sabio que aceptemos el hecho de que algo extraordinario hacía que estos minusválidos se quedaran en dicho estanque, esperando ser sanados.

Juan describe a estas personas como “enfermos, ciegos, cojos y paralíticos”. ¡Cuánto trastorno ha hecho el pecado en este mundo! Pero la sanidad de estas enfermedades fue uno de los ministerios profetizados del Mesías (Isaías 53:3-6). Si los dirigentes religiosos hubieran conocido sus propias Escrituras, habrían reconocido a su Redentor; pero ellos también estaban ciegos espiritualmente.

60 Vivos en Cristo

Sin que importe cómo vea uno este milagro, es una ilustración de la gracia de Dios. Fue la gracia lo que llevó a Jesús al estanque de Betesda, porque, ¡quién se iba a mezclar con una multitud de gente impotente! Jesús no los sanó a todos; seleccionó a un solo hombre y lo sanó. El hecho de que Jesús vino al hombre, y le habló, le sanó, y después le encontró en el templo es prueba de la maravillosa gracia y misericordia de Jesús.

Juan notó que el hombre había estado enfermo por treinta y ocho años. Tal vez vio en esto un cuadro de su propia nación judía que había vagado por el desierto por treinta y ocho años (Deuteronomio 2:14). Hablando espiritualmente, Israel era una nación de gente impotente, que aguardaba sin esperanza que algo sucediera.

Jesús sabía del hombre (ve Juan 2:23,24), y le preguntó si quería ser sano. Uno pensaría que el hombre habría respondido con un entusiasta “¡Sí, quiero ser sanado!” Pero, más bien, el hombre empezó a dar excusas. Había estado en esa triste condición por tanto tiempo que su voluntad estaba tan paralizada como su cuerpo. Pero si comparas Juan 5:6 con el versículo 40 verás que Jesús tenía en mente igualmente una lección espiritual. En verdad este hombre ilustra el trágico estado espiritual de la nación.

El Señor le sanó mediante el poder de su palabra hablada. Le ordenó al hombre que hiciera exactamente lo que no podía hacer, pero en su orden había el poder del cumplimiento (ve Marcos 3:5; Hebreos 4:12). La cura fue inmediata y seguramente algunos de los muchos que estaban en el estanque deben de haberla presenciado. Jesús no se detuvo a sanar a nadie más; más bien, “se había apartado” (Juan 5:13) para no crear un problema. (La palabra griega significa *escabullirse*.)

El milagro no hubiera causado problemas si no hubiera tenido lugar en el sábado. Nuestro Señor por cierto podría haber venido un día antes, o esperar un día más; pero quería atraer la atención de los dirigentes religiosos. Más adelante deliberadamente sanaría a un ciego en el sábado (Juan 9:1-14). Los escribas habían compilado una lista de treinta y nueve tareas que estaban prohibidas en el sábado, y llevar una carga era una de ellas. En lugar de regocijarse por la liberación maravillosa del hombre, los dirigentes religiosos lo condenaron por cargar su cama y con ello quebrantar la ley.

No es fácil comprender la relación entre este hombre y Jesús. No hay evidencia de que él haya creído en Cristo o que se hubiera convertido, sin embargo, no podemos decir que se opuso al Salvador. Es más, ni siquiera supo quién le había sanado sino cuando Jesús le vio en el templo. Sin duda el hombre fue al templo para dar gracias a Dios y ofrecer los sacrificios respectivos. Parece extraño que el hombre no haya buscado activamente una relación más estrecha con el Hombre que le había sanado, pero más de una persona ha recibido con gratitud la dádiva pero ignorado al Dador.

¿Fue el hombre a informar sobre Jesús debido al temor? No lo sabemos. Los dirigentes judíos por lo menos no se dirigían al enfermo sino dirigieron sus acusaciones contra Jesucristo; y, a diferencia del ciego sanado en Juan 9, este hombre no fue excomulgado. Las palabras del Señor (Juan 5:14) sugieren que la enfermedad física del hombre había sido resultado del pecado; pero Jesús no dijo que los pecados del hombre habían sido perdonados como lo dijo al sanar al enfermo que los amigos bajaron por una abertura en el techo (ve Marcos 2:1-12). Es posible experimentar un emocionante milagro y ¡ni así ser salvo ni ir al cielo!

2. La Controversia (Juan 5:16-18)

Los dirigentes judíos no acusaron al hombre sanado, aunque él había quebrantado la ley; pero sí empezaron a perseguir al Señor Jesús. Como guardianes de la fe, los miembros del sanedrín judío (el concilio religioso gobernante) tenían la responsabilidad de investigar a los nuevos predicadores y nuevos maestros que aparecían en el territorio para evitar que algún falso profeta llegara a descarriar al pueblo. Habían examinado el ministerio de Juan el Bautista (Juan 1:19 en adelante) y más recientemente habían estado escrutando el ministerio de Jesús.

Jesús había sanado a un endemoniado en el sábado (Lucas 4:31-37), de modo que el sanedrín ya tenía sus sospechas. En los días que siguieron al milagro registrado en Juan 5, Jesús defendería a sus discípulos por recoger grano en el sábado (Mateo 12:1-8) y sanaría en el sábado al hombre de la mano seca (Mateo 12:9-14). Deliberadamente desafiaba a las tradiciones legalistas de los escribas y fariseos. Ellos habían tomado el sábado, que era un don de Dios al hombre, y lo habían transformado en una cárcel de reglas y restricciones.

Cuando confrontaron a Jesús por su conducta ilegal, él simplemente respondió que estaba haciendo ¡lo que su Padre estaba haciendo! El sábado de Dios había sido roto por el pecado del hombre (ve Génesis 3); y desde la caída del hombre Dios ha estado buscando a los pecadores perdidos y salvándolos. Pero cuando Jesús dijo “mi Padre” en lugar del usual “nuestro Padre”, que usaban los judíos, afirmó que era igual a Dios.

Los dirigentes judíos al instante entendieron su afirmación, y entonces cambiaron su acusación, de haber quebrantado el sábado a la de haber blasfemado, porque Jesús afirmaba ser Dios. Los que siguen una teología

liberal y dicen que Jesús nunca afirmó ser Dios tienen dificultad con este pasaje.

Por supuesto, la pena por tal blasfemia era la muerte. Aquí es donde empezó la *persecución oficial* contra Jesús, culminando en su crucifixión. En los días que siguieron, nuestro Señor encaró a sus enemigos por su deseo perverso de matarlo (Juan 7:19,25; 8:37,59). Ellos le aborrecían sin causa (Juan 15:18-25). Ignoraron las buenas obras que hacía por los desvalidos y desesperados, y centraron su atención en su deseo de destruirle.

Jesús se hizo igual a Dios porque es Dios. Este es el tema del Evangelio de Juan. Los dirigentes judíos no pudieron demostrar que sus afirmaciones eran falsas, así que se propusieron destruirle. Tanto en su crucifixión como en su resurrección Jesús abiertamente afirmó su deidad y volvió las armas de sus enemigos contra ellos.

El escritor británico George McDonald destacó que Juan 5:17 nos da una profunda noción de los milagros de nuestro Señor. Jesús hizo *instantáneamente* lo que el Padre siempre está haciendo lentamente. Por ejemplo, en la naturaleza, como ya se mencionó antes, el Padre está lentamente convirtiendo el agua en vino; pero Jesús lo hizo instantáneamente. Mediante los poderes de la naturaleza el Padre está sanando a los cuerpos lesionados; pero Jesús los sanó inmediatamente. La naturaleza repetidamente está multiplicando el pan, mediante la siembra y la cosecha; pero Jesús lo multiplicó instantáneamente en sus propias manos.

3. Las Afirmaciones (Juan 5:19-47)

En respuesta a las acusaciones de ellos Jesús hizo tres afirmaciones significativas que probaron que era Hijo de Dios.

Afirmó ser igual a Dios (Juan 5:19-23). En lugar de negar la acusación de ellos, ¡Jesús la aprobó! Si hoy algún hombre hiciera esta clase de afirmaciones, concluiríamos que está bromeando o está perturbado mentalmente. Jesús por cierto que no estaba loco, y hay evidencia de que hablaba totalmente en serio cuando dijo estas palabras. O bien él es lo que afirma ser, o es un mentiroso; y si es un mentiroso, ¿cómo se explica todo el bien que ha hecho en las vidas de los necesitados? Nadie quiere jamás confiar en un mentiroso; los discípulos de Jesús estaban dispuestos a morir por él.

Jesús afirmó ser uno con el Padre en *sus obras*. Si sanar a un hombre en el sábado era pecado, entonces ¡había que acusar al Padre! Jesús no hacía nada de sí mismo sino sólo lo que el Padre estaba haciendo. El Padre y el Hijo trabajaban juntos, haciendo las mismas obras de la misma manera. “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30).

Cuando nuestro Señor vino a la tierra como hombre, se sometió al Padre en todo. “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9). Dejó a un lado su gloria y el ejercicio independiente de sus atributos divinos. En el desierto Satanás le tentó para que usara sus poderes divinos para su propio beneficio; pero él rehusó actuar independientemente. Dependía totalmente del Padre y del poder del Espíritu Santo de Dios.

El Padre, no sólo mostraba al Hijo sus obras y le capacitaba para hacerlas, sino que también le daba su amor (Juan 5:20). Los primeros tres Evangelios empiezan con el Padre llamando a Jesús *mi Hijo amado*, y en Juan 3:35, Juan hace eco de esta afirmación. Por lo general pensamos del amor del Padre por un mundo perdido, como en Juan 3:16, pero también debemos recordar el amor del Padre por su Hijo amado.

Debido a que el Padre ama al Hijo, el Padre le muestra sus obras. Los *ciegos* dirigentes religiosos no podían ver lo que Jesús estaba haciendo, porque no conocían ni al Padre ni al Hijo. Es más, en el plan del Padre había obras incluso mayores, obras que harían que ellos se asombraran. Tal vez él tenía en mente la curación de Lázaro, porque en Juan 5:21 mencionó la resurrección de los muertos.

El que Jesús haya afirmado tener poder para levantar a los muertos fue una blasfemia, a ojos de los dirigentes judíos; era un poder que se lo asignaban sólo a Dios. Decían que Jehová tenía las tres grandes llaves: la llave que abre los cielos y da la lluvia (Deuteronomio 28:12), la llave que abre el vientre y da la concepción (Génesis 30:22), y la llave que abre la tumba y levanta a los muertos (Ezequiel 37:13). En lo que atañe al registro de los Evangelios, Jesús todavía no había levantado a nadie de entre los muertos; así que afirmar esto era invitar incluso mayor oposición.

Juan 5:21 puede significar mucho más que el levantamiento físico de los muertos, porque Jesús se refería también a su dádiva de vida espiritual a los que están muertos espiritualmente. Amplió esta verdad luego, según se registra en Juan 5:24-29.

Así que Jesús afirmó ser igual al Padre en sus obras, pero también afirmó ser igual al Padre al *ejercer juicio* (Juan 5:22). Para el judío ortodoxo Jehová Dios era “el Juez de toda la tierra” (Génesis 18:25); y nadie se atrevió jamás a aplicarse a sí mismo ese augustísimo título. Al afirmar ser Juez, afirmó ser Dios. “Por cuanto [Dios] ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:31).

Nuestro Señor afirmó igualdad también en otro aspecto, *igual honor con el Padre* (Juan 5:23). El hecho de que

Jesucristo es el Juez designado por el Padre, debería hacer que los hombres le honren. Qué tremenda afirmación: Si no honramos al Hijo, ¡no estamos honrando al Padre! Los religiosos que dicen que adoran a Dios, pero niegan la deidad de Cristo, ¡no tienen ni al Padre ni al Hijo! Aparte de Jesucristo no podemos conocer al Padre, ni adorar al Padre, ni servir al Padre.

Afirmó tener autoridad para levantar a los muertos (Juan 5:24-29). Por segunda vez Jesús empezó sus palabras con el solemne “de cierto, de cierto” (ve Juan 5:19,24,25). Más de veinte veces en el Evangelio de Juan el Señor usa esta frase solemne para llamar la atención. Es como si Jesús estuviera diciendo: “¡Pongan atención a esto! ¡Lo que estoy diciendo es importante!”

En este fascinante párrafo Jesús habló de cuatro resurrecciones diferentes. Describió la resurrección de los pecadores a la vida eterna (ve Juan 5:24,25; Efesios 2:1-10). El pecador está tan inerte e impotente como un cadáver. Sin que importe cómo el funerario prepare un cadáver, sigue estando muerto; y ningún cadáver está *más muerto* que otro. Si estás muerto, ¡estás muerto! El pecador es impotente para salvarse a sí mismo y por cierto que no puede darse vida a sí mismo.

¿Cómo son levantados los pecadores de entre los muertos? Por el oír de la palabra de Dios y por creer en el Hijo de Dios. Jesús sanó al paralítico en el estanque por su palabra (Juan 5:8). Cada vez que Jesús levantó a alguien de entre los muertos, fue con su palabra (Lucas 7:11-17; 8:49-56; Juan 11:41-44). Su Palabra es “viva y eficaz” (Hebreos 4:12) y puede levantar a los pecadores de su muerte espiritual. “Vida eterna” quiere decir que nunca podrán morir de nuevo espiritualmente, ni tampoco pueden venir a juicio (Romanos 8:1). Oír su palabra y creer resulta

en salvación; rechazar su palabra traerá condenación (Juan 12:48).

La segunda resurrección que menciona es la resurrección de nuestro Señor mismo (Juan 5:26). Nuestra vida es derivada, pero la suya es original, “en sí mismo”. “En él estaba la vida” (Juan 1:4). La tumba no pudo retenerle porque él es el Príncipe de vida (Hechos 2:24; 3:15). Jesús puso su vida y luego la volvió a tomar (Juan 10:17,18). Debido a que tiene vida en sí mismo, puede dar de esa vida a todos los que confían en él.

La tercera resurrección que se menciona es la resurrección de vida en el futuro cuando los creyentes serán levantados de los muertos (Juan 5:28,29a). Esta maravillosa verdad queda explicada en 1 Tesalonicenses 4:13-18 y 1 Corintios 15. Ten presente que resurrección no es reconstrucción. No implica que Dios arme de nuevo los pedazos. El cuerpo de resurrección es un cuerpo nuevo, un cuerpo glorificado, apropiado para el nuevo ambiente celestial. La muerte no es el fin para el creyente, ni tampoco él será un espíritu incorpóreo en el cielo. Dios salva a la persona entera, y esto incluye el cuerpo (Romanos 8:23; Filipenses 3:20,21). Esta resurrección de vida tendrá lugar cuando Jesucristo regrese en el aire y llame a sí a su pueblo.

La cuarta resurrección que Cristo menciona es la resurrección de condenación (Juan 5:29b). Esta resurrección incluye sólo a los perdidos, y tendrá lugar inmediatamente antes de que Jesucristo introduzca el cielo nuevo y la tierra nueva (Apocalipsis 20:11-15). ¡Qué asombroso evento será, cuando los muertos “grandes y pequeños” comparezcan ante Jesucristo! El Padre le ha entregado todo juicio al Hijo (Juan 5:22) y le ha dado autoridad para ejercer juicio (Juan 5:27). Hoy Jesucristo es el Salvador, pero un día se sentará como Juez.

El título “Hijo del hombre” que se usa en Juan 5:27 se refiere a Daniel 7:13,14, y es un título mesiánico. Se usa doce veces en el Evangelio de Juan y más de ochenta veces en los cuatro evangelios. Los judíos sabrían este título por su lectura del libro de Daniel; y sabrían que, al usarlo, Jesús estaba afirmando ser el Mesías y el Juez.

Los creyentes recibirán cuerpos de resurrección para que así puedan reinar con Cristo en gloria. A los incrédulos les será dado un cuerpo de resurrección, pero no cuerpos glorificados, para que puedan ser juzgados y sufrir el castigo en esos cuerpos. Los cuerpos que fueron usados para el pecado sufrirán las consecuencias de ese pecado.

El hecho de que Jesús tiene autoridad para levantar a los muertos es prueba de que es igual al Padre, y por lo tanto es Dios.

Afirmó que hay testigos válidos que respaldan su afirmación de deidad (Juan 5:30-47). *Testificar* es un concepto clave en el Evangelio de Juan; y aparece cuarenta y cinco veces. Jesús dio testimonio de sí mismo, pero sabía que ellos no lo aceptarían; así que llamó a otros tres testigos.

El primero fue Juan el Bautista (Juan 5:30-35), a quien los dirigentes religiosos habían investigado cuidadosamente (Juan 1:15 en adelante). De hecho, al fin de su ministerio, nuestro Señor dirigió la atención de los gobernantes de nuevo al testimonio de Juan el Bautista (Mateo 21:23-27). Juan sabía quién era Jesús, y fielmente declaró al pueblo de Israel lo que sabía. Juan le dijo al pueblo que Jesús era el Señor (Juan 1:23), el Cordero de Dios (Juan 1:29,36) y el Hijo de Dios (Juan 1:34).

Juan era una antorcha que ardía y alumbraba (Jesús es la Luz, Juan 8:12), y los judíos se entusiasmaron con su ministerio. Sin embargo, su entusiasmo se enfrió y nadie quiso hacer nada para librar a Juan cuando Herodes lo

apresó. Los dirigentes veían a Juan como una celebridad local (Mateo 11:7,8), pero no quisieron recibir su mensaje de arrepentimiento. Los publicanos y pecadores recibieron el mensaje de Juan y se convirtieron, pero los dirigentes religiosos rehusaron someterse (Mateo 21:28-32).

Siempre que Dios levanta un dirigente espiritual que atrae atención, hay el peligro de atraer a quienes quieren disfrutar de la popularidad pero no someterse a su autoridad. Una “multitud mixta” siguió a Moisés y a Israel cuando salieron de Egipto, gente que quedó impresionada con los milagros pero no se sometieron al Señor. Los profetas y los apóstoles, así como los grandes dirigentes en la historia del cristianismo, todos han tenido que aguantar gente superficial que seguía a la multitud pero rehusaba obedecer la verdad. Todavía tenemos gente así en nuestras iglesias.

El segundo testigo de nuestro Señor fue el testimonio de sus milagros (Juan 5:36). Recordarás que Juan seleccionó siete de estas señales para incluirlas en su evangelio como prueba de que Jesús es el Hijo de Dios (Juan 20:30,31). Jesús dejó en claro que sus obras eran las obras del Padre (Juan 5:17-20; 14:10). Incluso Nicodemo tuvo que reconocer que los milagros de nuestro Señor le identificaban como venido de Dios (Juan 3:2).

Pero la Biblia también registra milagros hechos por hombres ordinarios, tales como Moisés, Elías y Pablo. ¿Prueban esos milagros que ellos también fueron enviados de Dios? Sí, lo prueba (ve Hebreos 3:2-4), pero ninguno de esos hombres jamás afirmó ser el mismo Hijo de Dios. Ningún siervo de Dios que pudo realizar obras poderosas jamás afirmó ser Dios. El hecho de que Jesús afirmó esto, respaldado con sus obras poderosas y vida perfecta, es evidencia de que su afirmación es verdad.

70 Vivos en Cristo

Jesús indicó que el Padre le dio un ministerio específico que cumplir mientras estaba aquí en la tierra. “He acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). No sólo que seguía un calendario divino, sino que seguía una agenda divina. Tenía obras específicas que cumplir en la voluntad del Padre.

Puesto que la ley del Antiguo Testamento exigía el testimonio de dos o tres testigos (Números 35:30; Deuteronomio 17:6), el Señor llenó ese requisito presentando tres testigos fidedignos.

El tercer y último testigo que nuestro Señor llamó fue *la palabra del Padre* (Juan 5:37-47). Los judíos reverenciaban en alto grado la Palabra de Dios escrita, particularmente la Ley que fue dada por medio de Moisés. Moisés oyó la voz de Dios y vio la gloria de Dios; pero tenemos la misma voz y gloria en la Palabra inspirada de Dios (ve 2 Pedro 1:1-21). Las Escrituras del Antiguo Testamento dan testimonio de Jesucristo, y sin embargo el pueblo que recibió y preservó esa palabra estaba ciego a su propio Mesías. ¿Por qué?

Por un lado, no permitieron que esa palabra germinara fe en sus corazones (Juan 5:38). Juan 5:39 probablemente es una afirmación de un hecho y no una orden, y se podría traducir como “Ustedes escudriñan las Escrituras porque piensan que en ellas tienen vida eterna”. Los escribas judíos trataban de entender la palabra de Dios, pero no conocían al Dios de la palabra. Contaban hasta las letras del texto, pero no vieron las verdades espirituales que contenía.

Debido a mi ministerio radial a menudo recibo cartas de personas que discrepan con mis interpretaciones o aplicaciones de las Escrituras; y a veces las cartas son muy iracundas. (¡No voy a citar el lenguaje que he visto en cartas de algunos que profesan ser cristianos!) Es una desdicha

cuando nuestro estudio de la Biblia nos hace arrogantes y militantes en lugar de humildes y deseosos de servir a otros, incluso a los que no están de acuerdo con nosotros. Una característica del estudio bíblico que edifica es el amor y no el conocimiento que envanece (1 Corintios 8:1).

Así que algo andaba mal en *la mente* de estos dirigentes judíos; no veían a Cristo en sus propias Escrituras (ve 2 Corintios 3:14-18; 4:3-6). Pero también algo andaba mal en su *voluntad*: no querían confiar en el Salvador. Debido a que no tenían la palabra en sus corazones, no querían que Cristo estuviera en sus corazones. Eran religiosos y santurrones, pero nunca fueron salvos.

Estos dirigentes tenían un tercer problema, y era la falta de amor en sus *corazones*. “No tenéis amor de Dios en vosotros” (Juan 5:42). Esto quiere decir la experiencia del amor de Dios por ellos así como su expresión de amor a Dios. Afirmaban amar a Dios, pero su actitud hacia Jesucristo demostraba que su amor era falso.

Su actitud hacia la Palabra de Dios estorbaba su fe, pero igual lo hacía su actitud hacia sí mismos y unos a otros. Los fariseos disfrutaban al ser honrados por los hombres (ve Mateo 23:1-12) y no buscaban el honor que viene sólo de Dios. No honraron al Hijo (Juan 5:23) ; porque él no les rendía honor! Debido a que rechazaron al verdadero Hijo de Dios que vino en el nombre del Padre, un día aceptarán un mesías falso, el Anticristo, que vendrá en su propio nombre (Juan 5:43; y ve 2 Tesalonicenses 2; Apocalipsis 13). Si rechazamos lo verdadero, a la larga aceptaremos lo falso.

Nuestro Señor concluyó este penetrante sermón advirtiendo a los dirigentes judíos que Moisés, a quien ellos honraban, sería su juez, y no su salvador. Las mismas Escrituras que ellos usaban para defender su religión un día darían testimonio contra ellos. Los judíos *sabían* lo

que Moisés escribió, pero en realidad no *creían* lo que escribió. Una cosa es tener la Palabra en nuestras manos y nuestras cabezas, pero otra muy distinta tenerla en nuestro corazón. Jesús es el Verbo hecho carne (Juan 1:14), y la Palabra escrita da testimonio del Verbo encarnado. “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27).

El testimonio de Juan el Bautista, el testimonio de los milagros divinos y el testimonio de la palabra de Dios se unen para declarar que Jesucristo es en verdad Uno con el Padre y el mismo Hijo de Dios.

Nuestro Señor no se intimidó por las acusaciones de los dirigentes religiosos. Si consultas una armonía de los evangelios, verás que después de estos episodios anotados en Juan 5 Jesús deliberadamente violó de nuevo el sábado. Permitió que los discípulos recogieran grano el día de reposo, y sanó a un hombre que tenía una mano seca (Mateo 12:1-14). Estos eventos probablemente tuvieron lugar en Galilea, pero las noticias con seguridad llegaron a los dirigentes en Jerusalén y Judea.

El tema de sanar a un hombre en el sábado surgiría de nuevo (Juan 7:21-23). Los dirigentes persistirían en proteger la tradición en lugar de comprender la verdad (ve Marcos 7:1-13). Pero antes de juzgarlos nosotros, tal vez debemos examinar nuestras propias vidas e iglesias. ¿Estamos permitiendo que la tradición religiosa nos ciegue a la verdad de la Palabra de Dios? ¿Estamos tan metidos en el “estudio de la Biblia” que no vemos al Jesucristo de la Palabra? ¿Nos da acaso nuestro conocimiento bíblico un ego inflado, o un corazón ardiente?

Jesús pierde su multitud

Juan 6

Debido a que el Evangelio de Juan es selectivo (Juan 20:30,31) no registra eventos en la vida de Jesús que no contribuyeron a cumplir su propósito. Entre la curación del parálítico (Juan 5) y la alimentación de los 5.000 muchos eventos tuvieron lugar, algunos de los cuales se mencionan en Lucas 6:1 — 9:10 y Marcos 3:1 — 6:30. Durante ese período nuestro Señor predicó el Sermón del Monte (Mateo 5 — 7) y dio las parábolas del reino (Mateo 13).

La alimentación de los cinco mil fue un milagro de tal magnitud que se menciona en los cuatro evangelios. Una gran multitud había estado siguiendo a Jesús por varios días, escuchando sus enseñanzas y contemplando sus milagros. Jesús había tratado de alejarse para descansar, pero las necesidades de la multitud le oprimían (Marcos 6:31-34). Debido a su compasión ministró a la multitud de tres maneras diferentes.

1. Jesús Alimenta a la Multitud (Juan 6:1-14)

El problema, desde luego, era cómo suplir las necesidades de una multitud tan grande. Cuatro soluciones fueron propuestas.

Primero, los discípulos sugirieron que Jesús debiera despedir a la multitud (Marcos 6:35,36) y librarse del problema (ve Mateo 15:23). Pero Jesús sabía que la gente con hambre se desmayaría en el camino si alguien no les daba de comer. Era tarde (Mateo 14:15) y no era un buen tiempo para viajar.

La segunda solución vino de Felipe en respuesta a la pregunta de prueba de nuestro Señor (Juan 6:5): levantar suficientes fondos para comprar comida para la gente. Felipe calculó el costo y decidió que necesitarían ¡el equivalente de doscientos días de salario! Y ni siquiera eso proveería pan suficiente para saciar el hambre de todos los hombres, mujeres y niños (Mateo 14:21). Muy a menudo pensamos que el dinero es la respuesta para todas las necesidades. Por supuesto, Jesús estaba sencillamente probando la fuerza de la fe de Felipe.

La tercera solución vino de Andrés, pero él no estaba realmente seguro de cómo se podría resolver el problema. Halló a un muchacho que tenía un pequeño almuerzo: dos pescaditos y cinco panes de cebada. De nuevo, vemos que Andrés está ocupado trayendo a alguien a Jesús (ve Juan 1:40-42; 12:20-22). No sabemos cómo encontró Andrés al muchachito, ¡pero nos alegramos de que lo haya encontrado! Aunque Andrés no ocupa un lugar prominente en los evangelios, evidentemente amaba a la gente y ayudaba a resolver sus problemas.

La cuarta solución vino de nuestro Señor, y fue la solución correcta. Tomó el pequeño almuerzo del muchacho, lo bendijo y lo repartió a sus discípulos, y ¡ellos dieron de

comer a la multitud entera! El milagro tuvo lugar en las manos del Salvador, no en las manos de los discípulos. Jesús multiplicó la comida; ellos sólo tuvieron el privilegio gozoso de repartirlo. No sólo comió la gente hasta saciarse, sino que los discípulos recogieron doce canastas de pedazos para uso futuro. El Señor no desperdiciaba nada.

La lección práctica es clara: dondequiera que haya una necesidad, entrégale a Jesús todo lo que tengas y déjale que él haga el resto. Empieza con lo que tienes, pero asegúrate de dárselo todo. Ese muchachito merece un elogio por darle a Cristo su almuerzo, y hay que elogiar a su madre por haberle dado a su hijo algo que pudo entregar a Jesús. La ofrenda de ese pequeño almuerzo significó para Jesús tanto como el derramamiento del costoso perfume (Juan 12:1 en adelante).

Pero, ¿realizó en verdad Jesús un milagro? Tal vez todo lo que hizo la generosidad del muchacho fue apenas a otros de modo que sacaron sus propios almuerzos escondidos y los compartieron con otros. ¡Ni pensarlo! Jesús conocía los corazones de los hombres (Juan 2:24; 6:61,64,70) y declaró que la gente tenía hambre, y seguramente hubiera sabido si existiera comida escondida. Es más, la misma gente declaró que fue un milagro ¡e incluso quisieron coronarle Rey! (Juan 6:14-16). Si hubiera sido nada más que el resultado de psicología masiva, la multitud no habría respondido de esa manera. Juan no habría seleccionado esto como una de las señales si no fuera un auténtico milagro.

Es significativo que Juan mencionó dos veces el hecho de que Jesús dio gracias (Juan 6:11,23). Mateo, Marcos y Lucas indican que Jesús alzó sus ojos al cielo al dar gracias. Con esa acción le recordaba a la gente con hambre que Dios es la fuente de toda dádiva buena y necesaria. Esta es una buena lección para nosotros: en lugar de

quejarnos por lo que no tenemos debemos dar gracias a Dios por lo que sí tenemos, y él lo hará abundar más.

2. Jesús Deja a la Multitud (Juan 6:15-21)

Jesús instó a los discípulos a que subieran al barco (Mateo 14:22; Marcos 6:45) porque sabía que corrían peligro. La multitud ahora estaba entusiasmada y había un movimiento para hacerle Rey. Por supuesto, algunos de los discípulos se habrían alegrado por la oportunidad de llegar a ser famosos y poderosos. Judas habría visto como estupenda la oportunidad de convertirse en el tesorero del reino, y tal vez Pedro ¡podría ser nombrado primer ministro! Pero ese no era el plan de Dios, y Jesús se retiró inmediatamente. Era seguro que el gobierno romano hubiera intervenido si el movimiento hubiera progresado.

¿Sabía Jesús que la tempestad se avecinaba? Por supuesto. Entonces, ¿por qué deliberadamente hizo que sus amigos se metieran en peligro? Lo opuesto es la verdad: Los estaba rescatando de un peligro mayor, el peligro de dejarse arrastrar por una chusma fanática. Pero había otra razón para la tempestad: El Señor tiene que equilibrar nuestras vidas; de otra manera nos pondremos arrogantes y entonces caeremos. Los discípulos habían experimentado gran alegría al participar en un emocionante milagro. Ahora tenían que enfrentar la tempestad y aprender a confiar más en el Señor. La alimentación de los cinco mil fue la lección, pero la tempestad fue el examen después de la lección.

A veces las tempestades nos azotan porque desobedecemos al Señor. Jonás es un buen ejemplo. Pero a veces la tormenta viene porque hemos *obedecido* al Señor. Cuando así sucede podemos estar seguros de que nuestro Salvador orará por nosotros, vendrá a nosotros y nos librará. Al escribir el relato de este evento años más tarde, tal vez Juan

vio en él un cuadro de Cristo y su Iglesia. Cristo está en el cielo intercediendo por nosotros, pero nosotros nos hallamos en medio de las tormentas de la vida, tratando de llegar a la orilla. Un día Cristo vendrá por nosotros y llegaremos seguros al puerto, y todas las tormentas pasarán.

En realidad hay varios milagros en este episodio. Jesús anduvo sobre el agua, y también Pedro (Mateo 14:28-32). Jesús calmó la tempestad, e instantáneamente el barco llegó a la playa. Por supuesto, todo esto sucedió de noche de modo que sólo Jesús y sus discípulos sabían lo que había sucedido. Jesús había conducido a los suyos a pastos verdes (Juan 6:10) y luego los llevó a aguas de reposo (Salmo 23:2). ¡Qué maravilloso Pastor es él!

Al leer los evangelios nota que nuestro Señor nunca se impresionó por las grandes multitudes. Sabía que sus motivos no eran puros y que muchos de ellos le seguía sólo para ver sus milagros de sanidad. *Pan y circos* era la fórmula de Roma para tener contenta a la gente, y la gente de hoy se satisface con esa misma dieta. Siempre que haya comida y diversión la gente estará contenta. Roma dedicaba noventa y tres días al año para juegos públicos costeados por el gobierno. Era más barato entretener a las multitudes que luchar contra ellas o encarcelarlas.

Nunca debemos dejarnos engañar por la popularidad de Jesucristo entre cierta clase de gente hoy. Muy pocos le quieren como Salvador y Señor. Muchos lo quieren simplemente como Sanador o Proveedor, o Quien les rescate de los problemas que ellos mismos se han creado. “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

3. Jesús Enseña a la Multitud (Juan 6:22-71)

El propósito de la señal era poder predicar un sermón. De nuevo, era un ministerio de gracia y de verdad (Juan 1:17).

En la gracia, nuestro Señor dio de comer a los hambrientos; pero en la verdad, les dio la palabra de Dios. Ellos querían comida pero no querían la verdad; y al final la mayoría de ellos abandonaron a Jesús y rehusaron andar con él. ¡Cristo perdió su multitud con un solo sermón!

El día siguiente empezó con un misterio: ¿cómo llegó Jesús a Capernaum? La multitud vio a los discípulos embarcarse para cruzar el Mar de Galilea a Capernaum, y luego los hombres se perdieron en la tormenta. La multitud también vio a Jesús salir del lugar e irse a solas a un monte. Pero a la mañana siguiente, allí estaba Jesús y sus discípulos *juntos* en Capernaum. Era seguro que él no había caminado alrededor del lago, y no había evidencia de que se hubiera embarcado en algún otro barco. Otros barcos habían llegado, sin duda arrastrados por la tempestad; pero Jesús no había estado en ninguno de ellos.

Sin duda, algunos de los que habían sido alimentados por Jesús simplemente se fueron a sus casas, mientras que otros se quedaron para ver lo que Jesús haría luego. El sermón de nuestro Señor probablemente empezó al aire libre, y luego el Señor pasó a la sinagoga para continuar la plática (Juan 6:59). Sería imposible que una multitud tan enorme participara en el servicio dentro de la sinagoga, aunque los que no pudieron entrar bien podían quedarse afuera y oír lo que se decía.

Este sermón sobre el pan de vida es en realidad un diálogo entre Cristo y la gente, especialmente los dirigentes religiosos (los judíos). En Juan 6 vemos cuatro reacciones de la multitud al Señor Jesús: le buscaron (vv. 22-40), murmuraron (vv. 41-51), contendieron (vv. 52-59) y se alejaron (vv. 60-71).

Le buscaron (Juan 6:22-40). Los discípulos tal vez se hayan impresionado al ver que tantas personas se quedaron

aguantando la tempestad para poder buscar al Maestro, pero Jesús no se impresionó. El conoce el corazón humano. Sabía que la gente lo seguía originalmente por sus milagros (Juan 6:2), pero ahora ¡el motivo era conseguir comida! Incluso cuando eran atraídos sólo por los milagros, por lo menos había una posibilidad de que ellos pudieran ser salvos. Después de todo, así fue como empezó Nicodemo (Juan 3:1,2). Pero ahora el interés de la gente había degenerado de tal manera que sólo seguían al Señor para obtener comida.

Jesús destacó que hay dos clases de comida: comida para el cuerpo, que es necesaria pero que no es lo más importante; y la comida para el espíritu, que es esencial. Lo que la gente necesitaba no era comida sino *vida*, y la vida es una dádiva. La comida apenas *sustenta* la vida, pero Jesús *da* vida eterna. Las palabras de Isaías vienen a la mente: “¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?” (Isaías 55:2).

La gente tomó la palabra *trabajad* y la mal interpretó pensando que debían *trabajar para ganarse* la salvación. Dejaron fuera por completo la palabra *dar*. Sumergidos en la religión legalista, pensaban que tenían que hacer algo para merecer la vida eterna. Jesús dejó bien claro que la única obra necesario era creer en el Salvador. Cuando una persona cree en Cristo no está realizando una buena obra que le traiga la salvación. No hay ningún mérito en el creer, porque lo importante es lo que Dios hace *en respuesta a nuestra fe* (ve Efesios 2:8-10).

La multitud empezó buscando a Cristo, pero luego comenzó a buscar de él una señal. “Porque los judíos piden señales” (1 Corintios 1:22). Los rabinos enseñaban que cuando llegara el Mesías realizaría de nuevo el milagro del maná (ve Exodo 16). Si Jesús fuera realmente enviado de Dios

80 Vivos en Cristo

(ve Juan 6:29,38,57), entonces que lo manifestara haciendo caer maná del cielo. La gente quería ver para creer. Pero la fe que se basa en señales, y no en la palabra de Dios, puede hacer descarriar a una persona; porque incluso Satanás puede realizar “prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:8-10). Nota también Juan 2:18-25; 4:48.

La cita de Juan 6:31 viene del Salmo 78:24, que es un salmo que registra la incredulidad y rebelión de la nación de Israel.

En su respuesta nuestro Señor intentó corregir el malentendido de la gente. Fue *Dios*, y no Moisés, quien les dio el maná; así que ellos debían quitar sus ojos de Moisés, y enfocarlos en Dios. También, Dios *dio* el maná en el pasado, pero el Padre *ahora estaba dándoles* el pan verdadero en la persona de Jesucristo. El evento pasado ya se había acabado, pero la presente experiencia espiritual continúa.

Luego Jesús claramente identificó lo que es el pan: él es el Pan vivo que descendió del cielo. Pero vino, no sólo por Israel, sino por el mundo entero. Vino, no sólo para *sustentar* la vida, sino ¡para *dar* vida! Siete veces en este sermón nuestro Señor se refirió a su venida del cielo (Juan 6:33,38,41, 42,50,51, 58), afirmación que declaraba que era Dios. El maná del Antiguo Testamento fue nada más que un tipo, o sea, un símbolo del pan verdadero, el Señor Jesucristo.

Este diálogo empezó con la multitud buscando a Cristo y después buscando una señal, pero los oyentes pronto empezaron a buscar el pan verdadero del que hablaba Jesús. Sin embargo, como la samaritana, no estaban listos para la salvación (ve Juan 4:15). Ella quería el agua viva para no tener que volver al pozo. La multitud quería pan para no tener que sudar para ganarse la vida. La gente de hoy igualmente quiere a Cristo sólo por los beneficios que él puede darles.

En respuesta a la petición impetuosa de ellos, Jesús usó dos palabras clave que aparecen a menudo en este sermón: *ven* y *cree*. Venir a Cristo quiere decir creer en él, y creer en él quiere decir venir a él. Creer no es meramente un asunto intelectual, asentir mentalmente con alguna doctrina. Quiere decir venir a Cristo y rendirse a él. En la conclusión de su sermón Jesús ilustró el *venir* y *creer* hablando de *comer* y *beber*. Venir a Cristo y creer en él quiere decir recibirle por dentro, tal como recibes comida y agua.

Juan 6:35 contiene la primera de las siete grandes afirmaciones YO SOY registradas por Juan; afirmaciones que no se hallan en ningún otro de los evangelios. (Para las otras seis, ve Juan 8:12; 10:7-9,11-14; 11:25,26; 14:6; 15:1,5.) Dios se reveló a Moisés con el nombre YO SOY (Jehová) (Exodo 3:14). Dios es el que existe por sí mismo, el que “es y que era y que ha de venir” (Apocalipsis 1:8). Cuando Jesús usó el nombre YO SOY estaba definitivamente afirmando que era Dios.

Juan 6:37-40 contiene la explicación que Jesús da del proceso de la salvación personal. Estas palabras son algunas de las más profundas que jamás habló, y no podemos esperar entender completamente sus profundidades. Explicó que la salvación incluye tanto la soberanía divina como la responsabilidad humana. El Padre *da* al Hijo a los hombres y mujeres (Juan 6:37,39; 17:2,6,9,11,12,24), pero los hombres y mujeres deben *venir* a él, o sea, *creer* en él. Jesús les recalcó que nadie que viene a él se perderá jamás sino que será resucitado en el día postrero. Incluso la muerte no puede robarnos la salvación. (Respecto al “día final” ve Juan 6:40,44,54. Jesús se refería a su regreso y a los eventos finales que culminarán el programa divino para la humanidad.)

Desde nuestra limitada perspectiva humana no podemos comprender cómo la soberanía divina y la

82 Vivos en Cristo

responsabilidad humana pueden compaginarse; pero desde la perspectiva de Dios no hay conflicto. Cuando un miembro de su iglesia le preguntó a Charles Spurgeon cómo reconciliar estas dos cosas, él replicó: “Nunca trato de reconciliar a amigos”. Es la voluntad del Padre que los pecadores sean salvos (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9) y que los que confían en Cristo estén seguros en su salvación. Los creyentes reciben vida eterna y Cristo nunca puede perderlos.

Murmuraron (Juan 6:41-51). La afirmación de nuestro Señor “porque he descendido del cielo” (Juan 6:38) perturbó a los dirigentes religiosos, porque sabían que era un reclamo de deidad. Ellos pensaban que conocían a Jesús, quién era y de dónde venía (ve Mateo 13:53-58; Juan 7:40-43). Jesús, por supuesto, era el hijo *legal* de José, pero no su hijo según la carne, porque nació de una virgen (Lucas 1:34-38). Los líderes identificaban a Jesús con Nazaret de Galilea, no con Belén de Judea; y pensaban que José era su padre según la carne. Si hubieran investigado el asunto, habrían aprendido quién era Jesús en realidad.

Incluso en los días de Moisés los hebreos eran conocidos por su inclinación a murmurar (Exodo 15:24; 17:3; Números 14:2). Tal vez los dirigentes y algunos de la multitud habían ido a la sinagoga para continuar el debate. La cuestión principal era: ¿de dónde vino él? Cinco veces Jesús usó la frase “he descendido del cielo”, pero ellos no querían aceptarlo.

Jesús explicó más ampliamente cómo el pecador puede venir a Dios: mediante la verdad de la palabra (Juan 6:44,45). El Padre atrae al pecador por su Palabra. Jesús citó a Isaías 54:13 (o tal vez Jeremías 31:33,34) con el fin de convencerles: “Y serán todos enseñados por Dios”. Es mediante la enseñanza de la Palabra que Dios atrae a la gente

al Salvador. (Nota Juan 5:24 y el énfasis en el oír la palabra.) El pecador oye, aprende y viene conforme el Padre le atrae. ¿Misterio? ¡Sí! ¿Bendita realidad? ¡Sí!

Este es básicamente el mismo mensaje que Cristo dio después de haber sanado al paralítico (ve Juan 5:37-40). La multitud quería *ver* algo, pero su necesidad real era *aprender* algo. Es por la palabra que vemos a Dios y recibimos la fe para venir a Cristo y confiar en él (Romanos 10:17).

Cuando Jesús se llamó a sí mismo “el pan vivo” no estaba afirmando ser exactamente igual al maná. *¡Estaba afirmando ser incluso mayor!* El maná sólo *sustentó la vida* para los hebreos, pero Jesús *da vida* al mundo entero. Los israelitas comían del maná diariamente y al fin murieron; pero cuando uno recibe a Jesucristo, uno vive para siempre. Cuando Dios dio el maná, sólo dio una dádiva; pero cuando Jesús vino, se dio a sí mismo. No le costaba nada a Dios enviar el maná cada día, pero dio a su Hijo a gran costo. Los israelitas tenían que comer del maná todos los días, pero el pecador que confía en Cristo *de una vez por todas* recibe vida eterna.

No es difícil ver en el maná un símbolo de nuestro Señor Jesucristo. El maná era una cosa misteriosa para los hebreos; a decir verdad, la palabra *maná* quiere decir “¿qué es esto?” (ve Exodo 16:15). Jesús era un misterio para los que le vieron. El maná caía del cielo por la noche, y Jesús vino a esta tierra cuando los pecadores estaban en tinieblas morales y espirituales. El maná era pequeño (su humildad), redondo (su eternidad), y blanco (su pureza). Era dulce al paladar (Salmo 34:8) y suplía adecuadamente las necesidades del pueblo.

El maná fue dado a un pueblo rebelde; era la dádiva de la gracia de Dios. Todo lo que ellos tenían que hacer era agacharse y recogerlo. Si no lo recogían, *lo pisaban*. El Señor no está lejos de ningún pecador. Todo lo que el

pecador tiene que hacer es humillarse y recibir la dádiva que Dios ofrece.

Jesús concluyó esta parte de su mensaje refiriéndose a su *carne*, palabra que usará otras seis veces antes de concluir este diálogo. Juan 6:51 es una declaración de que el Hijo de Dios se entregará a sí mismo como sacrificio por la vida del mundo. La muerte vicaria de Jesucristo es una doctrina clave en el Evangelio de Juan. Jesús moriría por el mundo (Juan 3:16; 6:51), por sus ovejas (Juan 10:11,15), por la nación (Juan 11:50-52), y por sus amigos (Juan 15:12). Pablo se lo aplicó a sí mismo, y lo mismo debemos hacer nosotros: “el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). No debemos limitar la obra de Cristo en la cruz. Él es el sacrificio, no sólo por nuestros pecados, sino también por los pecados de todo el mundo (1 Juan 2:2).

Contendieron (Juan 6:52-59). La palabra que se traduce “contendían” significa *pelear y reñir*. Siendo judíos ortodoxos, los oyentes sabían la prohibición divina en cuanto a comer carne humana y todo tipo de sangre (Génesis 9:3,4; Levítico 17:10-16; 19:26). Aquí tenemos otro ejemplo en el Evangelio de Juan de cuando la gente entendió mal una verdad espiritual considerándola literalmente (ve Juan 2:19-21; 3:4; 4:11). Todo lo que Jesús dijo fue: “Así como ustedes introducen comida y bebida en sus cuerpos y eso llega a ser una parte de ustedes, así ustedes deben recibirme en su ser más íntimo para que yo pueda darles vida”.

Algunos interpretan este pasaje diciendo que Jesús estaba hablando de la cena del Señor, y que comemos su carne y bebemos su sangre cuando participamos de los elementos en la mesa del Señor, el pan y el jugo de la uva. No pienso que Jesús tuviera la cena del Señor en mente cuando dijo estas palabras.

Por un lado, ¿por qué hablaría de la cena del Señor con un grupo de incrédulos que discrepaban? ¡No había hablado aun de esta verdad ni siquiera con sus discípulos! ¿Por qué echar esta perla preciosa a cerdos?

En segundo lugar, Jesús dijo claramente que no estaba hablando en términos literales (Juan 6:63). Estaba usando una analogía humana para transmitir una verdad espiritual, tal como lo hizo con Nicodemo y la samaritana.

En tercer lugar, Jesús dijo claramente que este comer y beber era *absolutamente esencial* para la vida eterna. No hizo excepciones. Si, estuviera hablando de una ordenanza de la iglesia, entonces esto significaría que toda persona que nunca ha participado de esta experiencia está muerta espiritualmente y va rumbo al infierno. Esto incluiría a los santos del Antiguo Testamento, al ladrón en la cruz, y a toda una multitud de personas que han confiado en Cristo en situaciones de emergencia (hospitales, accidentes, trincheras, etc.). Personalmente no puedo creer que un Dios de gracia haya excluido de la salvación a los que no pueden participar de una ceremonia de la iglesia.

Otro factor es el tiempo de los verbos griegos en Juan 6:50, 51 y 53. Es el aoristo que significa acción de una vez por todas. El servicio de la cena del Señor es algo que se repite; es más, es probable que la iglesia en sus comienzos observaba la cena del Señor todos los días (Hechos 2:46). Es significativo que el vocablo *carne* nunca se usa en referencia a la cena del Señor, sea en los Evangelios o en 1 Corintios 11:23-34. La palabra que se usa es “cuerpo”.

Si una persona sostiene que nuestro Señor estaba hablando de la ceremonia de la Cena del Señor, entonces debe creer que de alguna manera los dos elementos, el pan y el jugo del fruto de la vid, se convierten en el mismo cuerpo y la misma sangre de Cristo; porque él dijo: “el que

me come, él también vivirá por mí” (Juan 6:57, cursivas mías). ¿Cómo tiene lugar este milagro? ¿Cuál es el secreto de lograrlo? ¿Por qué no es evidente?

Los mensajes de nuestro Señor registrados en el Evangelio de Juan están llenos de simbolismo e ilustraciones. Al tomarlos literalmente se comete la misma equivocación de la gente que los oyó la primera vez.

Se alejaron (Juan 6:60-71). La enseñanza de nuestro Señor no era difícil de entender, sino dura para aceptar una vez que se la entendía. Los dirigentes religiosos de los judíos entendieron mal sus palabras, pero también las rechazaron. Se ofendieron por lo que él enseñaba. (La palabra griega se traduce como: se escandalizaron.) Tropezaron por el hecho de que él afirmaba haber descendido del cielo. También tropezaron por la idea de que ellos tenían que comer su carne y beber su sangre para ser salvos. Pero si tropezaron por esos dos asuntos, ¿qué harían si le vieran ascender al cielo? (Juan 6:62).

Jesús explicó que su lenguaje era figurado y espiritual, no literal. No hay salvación en la carne. Es más, el Nuevo Testamento no tiene nada bueno para decir respecto a la carne. No hay nada de bueno en ella (Romanos 7:18) y no debemos tener confianza en ella (Filipenses 3:3).

¿Cómo, entonces, comemos su carne y bebemos su sangre? *Mediante su palabra.* “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63). “Y el Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14). Nuestro Señor dijo lo mismo: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna” (Juan 5:24). Los escribas que sabían Jeremías 31:31-34 habrían entendido el concepto de recibir la palabra de Dios en el ser interior.

El resultado de este mensaje fue la pérdida de la mayoría de los discípulos de nuestro Señor. Volvieron a

su vida vieja, a su religión anterior, y a su vieja situación sin esperanza. Jesucristo es “el camino” (Juan 14:6), pero ellos no querían andar con él. Esto no fue sorpresa para el Señor, porque él conoce los corazones de la gente.

Cuando Jesús les preguntó a los doce si ellos también planeaban abandonarlo, fue Pedro quien habló y declaró su fe. “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. ¡Pedro captó el mensaje! Sabía que Jesús estaba hablando de *la palabra* y no de carne y sangre literal.

Pedro fue uno de varios individuos que declararon su creencia de que Jesús es el Hijo de Dios (ve Juan 1:34,49; 3:18; 5:25; 9:35; 10:36; 11:4,27; 19:7; 20:31). El único error que cometió fue dar testimonio por el grupo entero. Pedro estaba seguro que *todos* los apóstoles eran creyentes, lo que muestra lo convincente que era Judas. ¡Incluso Pedro no sabía que Judas no era creyente!

La predicación de la Palabra de Dios siempre pone a prueba los corazones de los oyentes. Dios atrae a los pecadores al Salvador por el poder de la verdad, su Palabra. Los que rechazan la Palabra rechazarán al Salvador. Los que reciben la Palabra recibirán al Salvador y experimentarán el nuevo nacimiento, la vida eterna.

¿Sientes tu necesidad porque tienes hambre en tu ser interior? ¿Estás dispuesto a reconocer esa necesidad y venir al Salvador? Si lo haces, él te salvará y te saciará *¡para siempre!*

Conflictos durante la fiesta

Juan 7

La fiesta de los tabernáculos recordaba el peregrinaje de los israelitas por el desierto, y anticipaba el prometido reinado del Mesías. Los judíos vivían en cabañas hechas de ramas para recordar el cuidado providencial de Dios a la nación por casi cuarenta años (Levítico 23:33-44).

Después de la fiesta de las trompetas y el día solemne de la expiación, la fiesta de los tabernáculos era un tiempo festivo para el pueblo. Iluminaban el área del templo con candelabros grandes que les recordaban al pueblo la columna de fuego que los guiaba, y todos los días los sacerdotes transportaban agua en un cántaro de oro desde el estanque de Siloé y la derramaban para recordarles a los judíos la provisión milagrosa de agua de la roca.

La fiesta puede haber sido un tiempo de júbilo para el pueblo, pero fue un tiempo difícil para Jesús, porque marcó el principio de la oposición abierta y militante contra él y su ministerio. Desde que sanó al paralítico en el día de reposo, Jesús había sido blanco de los dirigentes judíos que querían

matarlo (Juan 7:1,19,20,25,30,32,44; y nota 8:37,40). Jesús se quedó en Galilea, donde estaba más seguro, pero no podía quedarse en Galilea y a la vez guardar la fiesta.

Juan 7 tiene tres divisiones: Antes de la fiesta (vv.1-10), en plena fiesta (vv.11-36), y el último día de la fiesta (vv.37-52). Las reacciones en cada uno de estos tres períodos se pueden caracterizar por tres palabras: incredulidad, debate y división.

1. Antes de la fiesta: Incredulidad (Juan 7:1-10)

María tuvo otros hijos, siendo José el padre (Mateo 13:55,56; Marcos 6:1-6); así que Jesús era en realidad medio hermano de ellos. Parece increíble que sus hermanos hayan vivido con él todos esos años y que no se hayan dado cuenta de la singularidad de su persona. Por cierto que ellos sabían de sus milagros (ve Juan 7:3,4) puesto que todo el mundo lo sabía. Habiendo estado en íntimo contacto con él, tuvieron la mejor oportunidad para observarle y probarlo; sin embargo todavía eran incrédulos.

Aquí tenemos a hombres que asisten a un festival religioso, ¡y sin embargo rechazan a su propio Mesías! Cuán fácil es seguir la tradición y perderse la verdad eterna. Los publicanos y pecadores se regocijaban con su mensaje, pero sus propios medios hermanos se burlaban de él.

Estos hombres reflejaban por cierto el punto de vista del mundo: si quieres seguidores, aprovecha las oportunidades para hacer algo espectacular. Jerusalén estaría repleto de peregrinos y esto le daría a Jesús una oportunidad ideal para presentarse a sí mismo y ganar discípulos. Sin duda los hermanos sabían que la multitud de discípulos había abandonado a Jesús (Juan 6:66). Esta era su oportunidad para recuperar lo que había perdido. Satanás le había

90 Vivos en Cristo

ofrecido una sugerencia similar tres años antes (Mateo 4:1 en adelante).

Jesús ya había rechazado la oferta de la multitud de hacerle Rey (Juan 6:15), y no iba a complacerlos de ninguna manera. Las celebridades pueden remontarse al éxito con los aplausos de la multitud, pero los siervos de Dios saben que eso no es el método de Dios. Haciendo milagros durante la fiesta, en la *ciudad oficial*, Jesús podía reunir una multitud, revelarse como Mesías y vencer al enemigo. La sugerencia, por supuesto, procedía de corazones y mentes cegadas por la incredulidad. Esta incredulidad había sido profetizada en el Salmo 69:8: “Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre”. (Puesto que Jesús no era hijo de José, según la carne, no podía decir los hijos de mi padre.)

No era el momento apropiado para que Jesús se mostrara al mundo (Juan 14:22 en adelante). Un día él volverá, y “todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7). Hemos notado que nuestro Señor vivía según un calendario divino que le fue dado por el Padre (Juan 2:4; 7:6,8,30; 8:20; 12:23; 13:1; 17:1).

Jesús ejercía precaución porque sabía que los dirigentes judíos querían matarlo. Aunque eran dirigentes religiosos eran parte del mundo que aborrecía a Jesús porque desenmascaraba sus obras malas. Por su carácter y su ministerio Jesús revelaba la superficialidad y vanidad de su inútil sistema religioso; llamaba al pueblo a que regresara a la vida en Dios. La historia revela que el sistema religioso a menudo persigue a los mismos profetas de Dios que son enviados para salvarlo.

Algunos manuscritos no tienen la palabra *aún* en Juan 7:8, pero esta ausencia no altera la fuerza de la afirmación. Jesús por cierto no estaba mintiendo ni dando evasivas; más bien, estaba ejerciendo cautela sensata. ¿Supón que

les decía a sus hermanos sus planes, y que ellos se los contaban a alguien? ¿Podría esa información haber llegado a los dirigentes? “Voy a ir a la fiesta cuando haya llegado el momento apropiado” es lo que él dijo. Después de que su familia se había ido, Jesús fue a Jerusalén como en secreto para no llamar la atención.

En las acciones de nuestro Señor vemos una hermosa ilustración de la soberanía divina y la responsabilidad humana. El Padre tenía un plan para su Hijo y nada podía estropear ese plan. Jesús no tentó al Padre apresurándose para ir a la fiesta, ni tampoco se titubeó cuando llegó el momento adecuado para asistir. Se requiere discernimiento espiritual para saber el momento divino y apropiado.

2. En plena fiesta: Debate (Juan 7:11-36)

Nota que en este debate público sobre el Señor Jesús intervinieron tres grupos diferentes de personas. Primero, por supuesto, eran los dirigentes religiosos (los judíos) que vivían en Jerusalén y tenían que ver con el ministerio del templo. Esto incluiría a los fariseos y a los principales sacerdotes (la mayoría de los cuales eran saduceos), y también a los escribas. Estos grupos diferían teológicamente, pero concordaban en una cosa: su oposición a Jesucristo y su determinación de librarse de él. Las excepciones serían Nicodemo y José de Arimatea (Juan 19:38-42).

El segundo grupo era el pueblo (Juan 7:12,20,31,32). Esta sería la multitud de la fiesta que había ido a Jerusalén a adorar. Muchos de ellos no serían influidos por los líderes religiosos de Jerusalén. Notarás en Juan 7:20 que el pueblo se asombraba ¡de que alguien quisiera matar a Jesús! No estaban al día en todos los chismes de la ciudad, y tenían que aprender por experiencia que los oficiales consideraban que Jesús había quebrantado la ley.

El tercer grupo estaba compuesto por los judíos que vivían en Jerusalén (Juan 7:25). Ellos, por supuesto, con toda probabilidad se pusieron del lado de los dirigentes religiosos.

El debate empezó incluso antes de que Jesús llegara a la ciudad, y se centró en *su carácter* (Juan 7:11-13). Los dirigentes religiosos le buscaban, mientras que el pueblo seguía discutiendo si era un hombre bueno o un engañador. Tenía que ser lo uno o lo otro, porque un hombre verdaderamente bueno no engañaría a nadie. Sí; Jesús es bien lo que afirma ser, o es un mentiroso.

Pero cuando Jesús empezó a enseñar abiertamente en el templo, el debate giró en torno a *su doctrina* (Juan 7:14-19). El carácter y la doctrina van unidos, por supuesto. ¡Sería necio confiar en las enseñanzas de un mentiroso! Los judíos se asombraban porque él estaba enseñando sin ser acreditado por parte de las escuelas rabínicas aprobadas. Pero debido a que él no tenía esta acreditación apropiada, sus enemigos decían que sus enseñanzas no eran sino opiniones particulares y que no valían gran cosa. A menudo se ha dicho que Jesús enseñaba con autoridad, mientras que los escribas y fariseos enseñaban lo que decían las autoridades, citando a todos los rabinos famosos.

Jesús explicó que su doctrina venía del Padre. Ya había dicho claramente que él y el Padre eran uno en las obras que hacían (Juan 5:17) y en el juicio que ejercían (Juan 5:30). Ahora afirmó que sus enseñanzas también venían del Padre, y volvería a hacer esa impresionante afirmación (Juan 8:26,38). Cuando enseño la palabra de Dios puedo reclamar autoridad para la Biblia, pero no para todas mis interpretaciones personales de ella. Jesús podía reclamar con derecho la autoridad absoluta para todo lo que enseñaba.

Pero, ¿acaso no *todo* maestro religioso reclama lo mismo? ¿Cómo, entonces, podemos saber que Jesús está enseñando la verdad? *Obedeciendo lo que nos dice que hagamos*. La palabra de Dios demuestra ser veraz a los que sinceramente la hacen. El predicador británico F. W. Robertson dijo que “la obediencia es el órgano de conocimiento espiritual”. Juan 7:17 literalmente dice: “Si algún hombre está dispuesto a hacer su voluntad [la de Dios], conocerá”. Esto explica por qué los dirigentes judíos no entendían las enseñanzas de Jesús: tenían voluntades obstinadas y no se sometían a él (Juan 5:40).

¿Está nuestro Señor sugiriendo una *prueba pragmática* de la verdad divina? ¿Está diciendo: “¡Pruébalo! Si resulta, ¡debe ser cierto!” y por consiguiente sugiriendo que si no resulta debe ser falso? Esta clase de prueba llevaría a una confusión, porque casi todo sectario podría decir: “Probé lo que mi secta enseña, ¡y resulta!”.

No; la afirmación de nuestro Señor va mucho más profundo. No estaba sugiriendo una prueba de gusto superficial, sino más bien una profunda consagración personal de la persona a la verdad. Los judíos confiaban en la educación y las autoridades, y recibían su doctrina de segunda mano, pero Jesús insistía en que experimentáramos la autoridad de la verdad *personalmente*. Los dirigentes judíos intentaban *matar a Jesús*, y sin embargo al mismo tiempo reclamaban entender la verdad divina y obedecerla. Esto prueba que una mente iluminada y educada no es garantía de un corazón puro o una voluntad santificada. Algunos de los peores criminales del mundo han sido personas de alta inteligencia y bien educados.

Satanás le ofreció a Adán y a Eva conocimiento, pero fue un conocimiento basado en la desobediencia (Génesis 3:5). Jesús ofreció conocimiento como resultado de la obediencia:

primero el yugo de la responsabilidad, y luego el gozo de conocer la verdad de Dios. El Dr. G. Campbell Morgan lo dijo perfectamente: “Cuando los hombres se consagran por completo a la voluntad de Dios y quieren hacerla por sobre todo lo demás, entonces hallan que la enseñanza de Cristo es divina, que es la enseñanza de Dios”.

Si realmente buscamos la voluntad de Dios, entonces no nos preocuparemos por quién reciba la gloria. Toda la verdad es verdad de Dios, y sólo Dios merece la gloria por lo que él nos ha enseñado. Ningún maestro o predicador puede tomar para sí mismo el crédito de lo que sólo puede venir de Dios. Si lo que busca es la gloria, entonces eso prueba que su enseñanza brota de sí mismo y no la ha recibido de Dios. Este es el origen de muchas sectas y divisiones de iglesias: alguien inventa una doctrina, se atribuye el crédito, y la usa para dividir al pueblo de Dios.

El primer debate fue con los judíos, pero los visitantes entraron en la discusión (Juan 7:20). Jesús había anunciado audazmente que los dirigentes querían matarlo porque, según ellos, él había violado el sábado y luego había afirmado ser Dios (ve Juan 5:10-18). Los judíos ortodoxos quebrantaban las leyes del sábado al hacer circuncidar a sus hijos en el día de reposo, así que ¿por qué no podía él sanar a un hombre en el sábado? “¿Por qué procuráis matarme?”

Los visitantes, por supuesto, no sabían que los líderes se habían buscado matar a Jesús; así que ellos cuestionaron su afirmación. Pero la respuesta de ellos contenía una acusación seria de que Jesús tenía un demonio. Esta no era una acusación nueva, porque los dirigentes ya la habían hecho antes (Mateo 9:32 en adelante; 10:25; 11:18,19; 12:24 en adelante). “¿Debes estar loco para pensar que alguien quiera matarte!”

Nuestro Señor usó la misma ley mosaica para refutar las argumentaciones de sus enemigos; pero sabía que ellos no cejarían. ¿Por qué? Porque la norma de juicio de ellos no era honesta. Evaluaban las cosas a la luz del examen superficial de los hechos. Juzgaban a base de lo que *parece ser* y no de lo que *es*. Desdichadamente, muchos cometen hoy el mismo error. Juan 7:24 es lo opuesto del versículo 17 en donde Jesús pide una devoción sincera a la verdad.

Los residentes de Jerusalén entraron en la conversación (Juan 7:25). Sabían que los gobernantes querían matar a Jesús, y se asombraron de que él estuviera enseñando abiertamente ¡y saliéndose con la suya! Tal vez los gobernantes se habían convencido de que en realidad él era el Mesías, enviado de Dios. Entonces, ¿por qué no estaban adorándole y conduciendo a otros para que le adoraran?

Su pregunta (Juan 7:25) sugiere una respuesta negativa: “No; los gobernantes no creen que él sea el Cristo, ¿verdad?” Podían defender su conclusión con la siguiente lógica:

1. Nadie sabe de dónde viene el Cristo.
2. Nosotros sabemos de dónde viene Jesús de Nazaret.
3. Conclusión: Jesús no puede ser el Mesías.

De nuevo, la gente no podía ver la verdad porque estaban cegados por lo que pensaban ser hechos confiables. Jesús había encontrado la misma resistencia en la sinagoga en Capernaum (Juan 6:42 en adelante). Incluso los maestros preparados, los *edificadores expertos*, no pudieron identificar a Cristo como la Piedra Angular, aunque ¡por siglos habían estudiado los planos dados por Dios! (Hechos 4:11).

En este punto nuestro Señor alzó su voz para que todos pudieran oírle (nota también Juan 7:37). Probablemente estaba hablando con tono que revelaba ironía: “Sí, ustedes

piensan que me conocen y que saben de dónde vengo. Pero en realidad ¡no lo saben!” Luego explicó por qué ellos no lo conocían: *¡no conocían al Padre!* Era serio lanzar esta acusación contra un judío ortodoxo, porque los judíos se enorgullecían de conocer al Dios verdadero, al Dios de Israel.

Pero Jesús audazmente afirmó que no sólo conocía al Padre, ¡sino que el Padre lo había enviado! ¡Nuevamente estaba afirmando que era Dios! No *nació* simplemente en este mundo como cualquier otro ser humano; fue *enviado* a la tierra por el Padre. Esto quería decir que él existía antes de nacer en esta tierra.

Esta fue por cierto una hora de crisis en su ministerio, y algunos de los dirigentes procuraron a que fuera arrestado; pero “aún no había llegado su hora”. Muchos de los peregrinos pusieron su fe en él. Fue una fe basada en milagros, pero por lo menos era un comienzo (ve Juan 2:23; 6:2,26). Nicodemo se interesó en Jesús, en primer lugar, debido a sus milagros (Juan 3:1,2), y con el tiempo abiertamente profesó fe en Cristo.

A los fariseos y principales sacerdotes, que presidían sobre la vida religiosa de los judíos, no les gustó el hecho de que el pueblo estuviera confiando en Jesús. Evidentemente estos *creyentes* no tenían miedo de decir lo que habían hecho (Juan 7:13,32). Esta vez los gobernantes enviaron a algunos de los guardias del templo para que detuvieran a Jesús, pero ¡fue Jesús quien los venció! Les advirtió que tenían sólo “un poco de tiempo” para oír la verdad, creer y ser salvos (ve Juan 12:35 en adelante). No era Jesús quien estaba en peligro, sino ¡los que querían apresarlos!

Como en mensajes previos el pueblo entendió mal lo que Jesús estaba diciendo. Dentro de seis meses Jesús volvería al Padre en el cielo, y los judíos no salvos no podrían seguirle. Qué contraste con el “a donde yo estaré,

vosotros no podréis venir” (Juan 7:34), y “donde yo estoy vosotros también estéis” (Juan 14:3).

Si estos hombres hubieran estado dispuestos a hacer la voluntad de Dios, habrían conocido la verdad. Pronto sería demasiado tarde.

3. Al final de la fiesta: División (Juan 7:37-52)

El último día de la fiesta sería el séptimo día, día muy especial en el cual los sacerdotes marchaban siete veces alrededor del altar, entonando el Salmo 118:25. Era la última vez que sacaban agua y la derramaban. Sin duda cuando ellos estaban derramando el agua, símbolo del agua que Moisés sacó de la roca, Jesús se puso en pie y gritó su gran invitación a los pecadores sedientos.

Se ha recalcado que este “gran día”, el día veintiuno del séptimo mes, es la misma fecha en que el profeta Hageo hizo una predicción especial respecto al templo (Hageo 2:1-9). Aunque el cumplimiento final debe esperar el retorno de Cristo a esta tierra, por cierto que hubo un cumplimiento parcial cuando Jesús llegó al templo. Hageo 2:6,7 es citado en Hebreos 12:26-29 aplicándolo al regreso del Señor.

Jesús se refería a la experiencia de Israel relatada en Exodo 17:1-7. Esa agua era nada más que un símbolo del Espíritu de Dios. Los creyentes no sólo bebería del agua viva, sino que serían canales de agua viva ¡para bendecir a un mundo sediento! La fuente de agua viva que se prometió en Juan 4:14 ahora se había convertido en un río que corría. Aunque no hay específicos pasajes proféticos bíblicos que indiquen que del creyente correrían ríos de agua, hay varios pasajes que son paralelos a este pensamiento: Isaías 12:3;15; 32:2; 44:3; 58:11; y Zacarías 14:8. Nota que Zacarías 14:16 en adelante habla de la futura Fiesta de los Tabernáculos cuando el Señor sea Rey.

En la Biblia el agua para beber es uno de los símbolos del Espíritu Santo. (El agua para lavarse es un símbolo de la Palabra de Dios; ve Juan 15:3 y Efesios 5:26.) Así como el agua sacia la sed y produce fruto, también el Espíritu de Dios sacia a la persona interior y nos capacita para que demos fruto. En la fiesta los judíos practicaban una tradición que jamás podía saciar el corazón. ¡Jesús les ofrecía agua viva y satisfacción eterna!

¿Cuál fue el resultado de esta declaración e invitación? El pueblo se dividió: algunos lo defendían y otros querían apresarlos. ¿Es él un hombre bueno o un engañador? (Juan 7:12). ¿Es él el Cristo? (Juan 7:31). ¿Es el profeta prometido? (Juan 7:40; Deuteronomio 18:15). Si tan sólo hubieran examinado honestamente la evidencia, habrían descubierto que en verdad él era el Cristo, el Hijo de Dios. Identificaron a Jesús con Galilea (Juan 1:45,46; 7:52) cuando en realidad había nacido en Belén (ve en Juan 6:42 un razonamiento similar).

Los oficiales del templo volvieron con las manos vacías a la reunión del concilio judío. Habría sido, por cierto, relativamente fácil arrestar a Jesús, y sin embargo no lo hicieron. ¿Qué se les impidió? “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” fue su respuesta. En otras palabras: “Este Jesús ¡es más que un hombre! ¡Ningún hombre habla como él!” Les convenció la palabra de Dios, declarada por el Hijo de Dios.

De nuevo los líderes rehusaron encarar honestamente los hechos, y emitieron juicios basados en sus prejuicios y en un examen superficial de los hechos. Es mucho más fácil poner etiqueta a la gente (y *calumniarlas*) que escuchar a los hechos que presentan. “Así que algunos han creído en Jesús. ¿Y qué? ¡Esta gente ordinaria no sabe de la ley, de todas maneras! ¿Ha creído en él alguna persona

importante, como por ejemplo, alguno de nosotros? ¡Por supuesto que no!” Ellos usarían un argumento similar para tratar de desacreditar el testimonio del ciego a quien Jesús sanó (Juan 9:34).

No debe sorprendernos cuando los intelectuales rehúsen confiar en Jesucristo, o cuando los dirigentes religiosos lo rechacen. Dios ha escondido esta verdad de los sabios y prudentes y la ha revelado a los niños espirituales, los humildes que se someten a él (Mateo 11:25-27). Pablo fue un rabino muy inteligente cuando Dios lo salvó, y sin embargo tuvo que ser derribado al suelo antes de poder reconocer que Jesucristo era el resucitado Hijo de Dios. Lee 1 Corintios 1:26-31 para ver cómo Pablo explica la dificultad de ganar a la gente inteligente y religiosa para el Salvador.

Sin duda los gobernantes hubieran mandado de nuevo a los guardias, pero Nicodemo habló. Este hombre aparece tres veces en el Evangelio de Juan, y cada vez se le identifica como “el que vino a Jesús de noche” (ve Juan 3:1,2; 19:39). Sin duda Nicodemo había estado pensando mucho y estudiando desde que se entrevistó por primera vez con Jesús, y no tenía temor de defender la verdad.

Nicodemo estaba seguro de que el concilio no estaba dándole a Jesús una audiencia justa. Los gobernantes ya habían dictado juicio y estaban tratando de detenerlo antes de haberle dado un juicio legal y justo. Tal vez Nicodemo tenía en mente pasajes bíblicos del Antiguo Testamento tales como Exodo 23:1 y Deuteronomio 1:16,17; 19:15-21.

¿Qué es lo que Nicodemo quería que ellos consideraran respecto a Jesús? Su palabra y sus obras. Jesús el Maestro y los milagros que realizaba captaron el interés de Nicodemo (Juan 3:2). Es más, Jesús había señalado a sus obras como prueba de su deidad (Juan 5:32); y repetidamente instó al pueblo a prestar atención a sus palabras. Las dos cosas

van juntas, porque los milagros apuntan a los mensajes, y los mensajes interpretan el significado espiritual de los milagros.

Uno casi puede oír el sarcasmo y desdén en la respuesta de los gobernantes: “¿Eres tú también un abyecto y despreciado galileo?” Rehusaron aceptar que Nicodemo tenía razón al pedir un juicio justo, pero la única manera en que pudieron responder fue poniendo en ridículo al hombre. Este es un antiguo truco en el debate: cuando no puedes responder al argumento, ataca al que habla.

Le dijeron a Nicodemo que fuera a investigar las profecías para ver si podía hallar alguna afirmación de que un profeta saldría de Galilea. Por supuesto, Jonás fue de Galilea; y Jesús dijo que Jonás simbolizaba al Señor en su muerte, sepultura y resurrección (Mateo 12:38–41). Tal vez Nicodemo leyó Isaías 9:1,2 (ve Mateo 4:12-16) y empezó a trazar las grandes profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. Si lo hizo, entonces se convenció de que Jesús de Nazaret era el mismo Hijo de Dios.

Uno no puede evitar sentir lástima por el pueblo que se describe en este capítulo, gente que respondió a Jesús de manera equivocada. Sus medio hermanos respondieron con incredulidad; otros respondieron con debate; y el resultado fue división. Si hubieran recibido de buen grado la verdad, y hubieran actuado con obediencia sincera, habrían acabado a los pies de Jesús, confesándole como el Mesías y el Hijo de Dios.

Pero las personas *de hoy* cometen la misma equivocación y permiten que sus prejuicios y evaluaciones superficiales los cieguen a la verdad.

¡No permitas que eso te suceda a ti!

Contrastes y Conflictos

Juan 8

¿Es el relato de la mujer sorprendida en adulterio parte de las Sagradas Escrituras? Si lo es, ¿en dónde debe ir en el relato de los Evangelios? Juan 7:53—8:11 no consta en algunos de los manuscritos antiguos; y en los que consta, no siempre está en este lugar en el Evangelio de Juan. La mayoría de los estudiosos parece concordar en que el pasaje es parte de las Escrituras inspiradas (“un fragmento de auténtico material de los Evangelios”, dice el Dr. F. F. Bruce) sin que importe en dónde se lo coloque.

Para muchos de nosotros la historia encaja precisamente aquí. De hecho, se puede ver fácilmente cómo todo lo que se desarrolla en este capítulo surge de este impresionante episodio en el templo. La declaración de nuestro Señor de ser la luz del mundo (Juan 8:12) por cierto encaja, al igual que sus palabras sobre el juicio recto y falso (Juan 8:15,16,26). La frase repetida “en vuestro pecado moriréis” (Juan 8:21-24) claramente se relaciona

con el juicio de la mujer; y el hecho de que el capítulo termina con un intento de apedrear a Jesús muestra un paralelo perfecto con la historia con la cual se inició. La transición de Juan 7:52 a 8:12 sería demasiado abrupta sin una sección de transición.

Nuestro Señor se halló de nuevo en conflicto con los dirigentes religiosos de los judíos; pero esta vez ellos le tendieron una trampa, esperando conseguir suficiente evidencia para apresararlo y librarse de él. Sin embargo, su complot fracasó; pero le siguió una controversia. En este capítulo vemos una serie de contrastes que revelan la gracia de Cristo y la maldad del hombre.

1. La Gracia y la Ley (Juan 8:11)

La Fiesta de los Tabernáculos se había terminado, pero Jesús aprovechó la oportunidad para ministrar a los peregrinos en el templo. Durante la fiesta se había regado rápidamente la palabra de que Jesús no sólo estaba asistiendo sino también enseñando abiertamente en el templo (ve Lucas 21:37). Jesús enseñaba en el atrio de las mujeres, que era el lugar donde estaba el cofre de las ofrendas (Juan 8:20). Los escribas y fariseos sabían donde estaría él, así que tramaron su treta.

No es muy probable que sorprendieran a una pareja “en el mismo acto” de adulterio, de modo que nos preguntamos si el hombre (¡que nunca aparece como acusado!) era parte del complot. La ley exigía que *ambos* culpables fuesen apedreados (Levítico 20:10; Deuteronomio 22:22), y no sólo la mujer. Parece sospechoso que el hombre se fuera libre. Los escribas y fariseos manejaron el asunto de manera brutal, incluso en la manera en que interrumpieron la enseñanza del Señor y empujaron a la mujer en medio de la multitud.

Los dirigentes judíos, por supuesto, estaban tratando de poner a Jesús en un dilema. Si decía: “Sí; esta mujer debe ser apedreada”, entonces ¿en dónde quedaría su reputación de amigo de publicanos y pecadores? El pueblo común sin duda lo abandonaría y nunca aceptaría su mensaje de perdón misericordioso.

Pero si decía: “No; la mujer no debe ser apedreada”, entonces estaría abiertamente quebrantando la ley y podrían apresararlo. En más de una ocasión los líderes religiosos habían tratado de poner a Jesús contra la ley mosaica, y ahora parecían tener la trampa perfecta (ve Juan 5:39-47; 6:32 en adelante; 7:40 en adelante).

En lugar de emitir juicio contra la mujer, ¡Jesús emitió juicio contra los jueces! Sin duda, se indignó por la manera en que ellos estaban tratando a la mujer. También se preocupó porque los hipócritas estaban condenando a otra persona y no se juzgaban a sí mismos. No sabemos lo que él escribió en el suelo del templo. ¿Estaba simplemente recordándoles a ellos que los Diez Mandamientos fueron originalmente escritos “con el dedo de Dios” (Exodo 31:18), y que él es Dios? O ¿tal vez estaba recordándoles la advertencia de Jeremías 17:13?

La ley judía requería que los acusadores lanzaran las primeras piedras (Deuteronomio 17:7). Jesús no estaba pidiendo que hombres sin pecado juzgaran a la mujer, porque él era la única persona presente sin pecado. Si nuestros jueces actuales tendrían que ser perfectos, las curules judiciales estarían vacías. Se refería *al pecado particular de la mujer*, pecado que puede ser cometido en el corazón tanto como con el cuerpo (Mateo 5:27-30). Convencidos por sus propias conciencias, los acusadores calladamente se escabulleron, y quedó Jesús solo con la mujer. El la perdonó y le amonestó que no pecara más (Juan 5:14).

No debemos mal interpretar este episodio como para decir que Jesús tomó a la ligera el pecado, o que contradijo la ley; porque el hecho de que Jesús perdonara a esta mujer quería decir que él tendría que morir un día por esos pecados. El perdón es gratuito pero no es barato. Es más, Jesús cumplió perfectamente la ley, así que nadie podía acusarlo justamente de oponerse a las enseñanzas de la Ley o debilitarla. Al aplicar la ley a la mujer y no a sí mismos, los dirigentes judíos estaban violando tanto la letra como el espíritu de la ley, ¡y pensaban que estaban defendiendo a Moisés! La ley fue dada para revelar el pecado (Romanos 3:20), y debemos ser condenados por la ley antes de que podamos ser limpiados por la gracia de Dios. La ley y la gracia no compiten entre sí; se complementan entre sí. Nadie jamás fue salvado por cumplir la ley, pero nadie fue jamás salvado por la gracia sin haber sido primero *acusado* por la ley. Debe haber convicción antes de que pueda haber conversión.

Tampoco es el perdón por la gracia de Cristo una excusa para pecar. “Vete, y no peques más” fue el consejo de nuestro Señor. “Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 130:4). Por cierto, la experiencia del perdón inmerecido motivará al pecador penitente a vivir una vida santa y obediente para la gloria de Dios.

2. Luz y Tinieblas (Juan 8:12-20)

Esta segunda gran afirmación YO SOY ciertamente encaja bien en el contexto de los primeros once versículos de Juan 8. Tal vez el sol aparecía en el horizonte (Juan 8:2) así que Jesús se estaba comparando con el sol naciente. Pero esto significaría de nuevo que estaba afirmando ser Dios, porque para el judío el sol era símbolo de Jehová Dios (Salmo 84:11; Malaquías 4:2). Hay, para nuestro

universo, un solo sol; y es el centro y la fuente de la vida. Así que hay un solo Dios que es el centro de todo y la fuente de toda vida (Juan 1:4). “Dios es luz” (1 Juan 1:5); y dondequiera que la luz brilla, revela la maldad del hombre (Efesios 5:8-14).

La afirmación YO SOY de nuestro Señor también tenía que ver con la Fiesta de los Tabernáculos, durante la cual se encendían enormes candelabros en el templo por la noche para recordar al pueblo la columna de fuego que había guiado a Israel en su peregrinación por el desierto. De hecho, Juan ha combinado tres *imágenes del desierto*: el maná (Juan 6), el agua de la peña (Juan 7) y la columna de fuego (Juan 8).

Seguir al Señor Jesús quiere decir *creer en él, confiar en él*; y los resultados son *vida y luz* para el creyente. Los no salvos andan en tinieblas porque aman las tinieblas (Juan 3:17 en adelante). Uno de los principales mensajes de este evangelio es que la luz espiritual está brillando ahora, pero las personas no pueden comprenderla; y tratan de apagarla (Juan 1:4,5).

No todos los dirigentes judíos se habían ido, y sin duda otros más habían venido después de que la mujer se fue. Como de costumbre, debatieron con Jesús. Esta vez le acusaron de dar testimonio de sí mismo afirmando ser la Luz del mundo; y los tribunales judíos no permitían que una persona diera testimonio de sí misma.

Pero la luz *tiene que* dar testimonio de sí misma. Los únicos que no pueden ver la luz son los *ciegos*.

Recuerdo la primera vez cuando volé de noche. Me fascinó los matices cambiantes de las luces de colores de las ciudades abajo. Cuando nuestro avión salió de Nueva York y se hundió en la noche, me sorprendí al poder distinguir puntos de luz a kilómetros de distancia.

Entonces comprendí por qué era necesario tener apagones durante la guerra; porque los pilotos enemigos podían ver la más pequeña evidencia de luz y así hallar su blanco. La luz da testimonio de sí misma; te dice que existe.

Tal vez los fariseos estaban citando las propias palabras de nuestro Señor (ve Juan 5:31 en adelante); pero él rápidamente refutó su argumento. Una de las palabras clave en esta sección es *testimonio*; se usa siete veces. Jesús dijo claramente que el testimonio de ellos no era confiable porque su juicio era defectuoso. Juzgaban según los juicios meramente humanos y externos, pero él juzgaba basándose en el conocimiento espiritual. La manera en que ellos juzgaron a la mujer sorprendida en adulterio demostraba que ni comprendían la ley ni tampoco sus propios corazones llenos de pecado.

Siendo que ellos querían usar la ley para condenar a la mujer y atrapar al Salvador, Jesús también usó la ley para responderles. Citó un principio que se halla en Deuteronomio 17:6 y 19:15, así como en Números 35:30, de que el testimonio de dos personas era requerido para validar un juicio. Jesús tenía esos dos testimonios: *El* daba testimonio y también *su Padre*. Hemos visto en Juan 5:37-47 que el testimonio del Padre se halla en la Palabra de Dios.

¡Qué trágico que estos expertos de la ley ni siquiera conocían a su propio Mesías que tenían delante! Profesaban conocer la ley de Dios, pero no conocían al Dios de la ley. La palabra de Dios no moraba en sus corazones (Juan 5:38), ni tampoco experimentaban su amor (Juan 5:42). No conocían al Padre, y por consiguiente no conocían al Hijo.

Jesús en realidad nunca respondió a la pregunta de ellos “¿Dónde está tu Padre?” La palabra *padre* se usa veintidós veces en este capítulo, así que Jesús no evadió la cuestión sino que le hizo frente con toda franqueza.

Sabía que el “padre” de ellos no era Dios, ¡sino el diablo! Estos hombres eran religiosos, y ¡sin embargo eran hijos del diablo!

El Padre trastornó nuevamente los demás intentos de ellos de apresar a Jesús, porque todavía no había llegado la hora de que él diera su vida. Cuando el siervo de Dios está obedeciendo la voluntad del Padre, puede tener valor y paz al cumplir con su deber.

3. Vida y Muerte (Juan 8:21-30)

Jesús ya había mencionado que los iba a dejar (Juan 7:34), pero los judíos mal entendieron lo que él dijo. De nuevo, él les advirtió: Los dejaría, y no podrían seguirle, y ¡morirían en sus pecados! Ellos estaban desperdiciando las oportunidades que Dios les daba al discutir con él en lugar de confiar en él; un día pronto sus oportunidades se acabarían.

De nuevo la gente mal entendió sus enseñanzas. Pensaban ¡que estaba pensando suicidarse! El suicidio era aborrecible para un judío, porque se les había enseñado a respetar toda vida. Si Jesús se suicidaba, iría al lugar de castigo; y esto, razonaban, era la razón por la cual no podían seguirle.

En realidad exactamente lo opuesto era la verdad: ¡eran ellos los que irían al lugar de castigo! Jesús regresaba a su Padre en el cielo, y nadie puede ir allá si no ha confiado en el Salvador. La razón por la que Jesús y los dirigentes judíos se dirigían a destinos diferentes era porque tenían diferentes *orígenes*; Jesús venía del cielo, pero ellos pertenecían a la tierra. Jesús estaba *en* el mundo, pero no pertenecía a este mundo (ve Juan 17:14-16).

El verdadero creyente tiene su ciudadanía en el cielo (Lucas 10:20; Filipenses 3:20,21). Su afecto y atención

están fijos en el cielo. Pero los no salvos pertenecen a este mundo; de hecho, Jesús los llamó hijos de este mundo (Lucas 16:8). Siendo que no han confiado en Cristo y por tanto sus pecados no han sido perdonados, su destino es morir en sus pecados. El creyente muere “en el Señor” porque vive “en el Señor” (Apocalipsis 14:13); pero el no creyente muere en sus pecados porque vive en sus pecados.

Parece increíble que estos *expertos* religiosos pregunten: “¿quién eres?” El les había dado toda evidencia de que era el Hijo de Dios, y ellos deliberadamente habían rechazado la evidencia. La respuesta de nuestro Señor se podría expresar así: “Soy exactamente lo que dije que soy”. En otras palabras: “¿por qué tengo que enseñarles cosas *nuevas*, o darles *nuevas* pruebas, siendo que ustedes no han dado crédito al testimonio que ya he dado?”

Jesús audazmente hizo varias afirmaciones de su deidad (Juan 8:26). Dijo que él juzgaría, y que el juicio (según los judíos) le pertenecía sólo a Dios. Afirmó haber sido enviado de Dios, y haber oído de Dios las cosas que enseñaba. ¿Cómo respondieron los dirigentes religiosos a estas claras afirmaciones de deidad? ¡No entendieron! Dios revela su verdad a los “niños” y no a los “sabios y entendidos” (Lucas 10:21).

Ahora Jesús habló de su propia muerte, cuando sería “levantado” en la cruz (Juan 3:14; 12:32). La palabra que se traduce “levantado” tiene un significado doble: *levantado en crucifixión* y *levantado en exaltación y glorificación*. Jesús a menudo combinaba estos dos significados, porque veía su crucifixión en términos de gloria y no simplemente de sufrimiento (Juan 12:23; 13:30,31; 17:1). La misma combinación de sufrimiento y gloria se repite en la primera carta de Pedro.

Sería en su muerte, sepultura, resurrección y ascensión que Jesús se revelaría a la nación judía. Este fue el mensaje que Pedro predicó en Pentecostés (Hechos 2), no sólo la muerte de Jesús sino también su resurrección y exaltación a la gloria. Incluso el soldado romano que contemplaba los eventos del Gólgota confesaría: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Marcos 15:39). La iglesia en sus comienzos, siguiendo el ejemplo de su Señor (Lucas 24:25-27), mostraría tanto el sufrimiento como la gloria del Mesías, partiendo de las profecías del Antiguo Testamento.

Jesús hizo otras dos afirmaciones estupendas: no sólo había sido enviado del Padre, sino que el Padre estaba con él porque siempre hacía lo que agradaba al Padre (Juan 8:29). Sin duda, sus enemigos reaccionaron violentamente a estas palabras: pero algunos de los oyentes pusieron su fe en él. Si fue esa la fe que salva o no (ve Juan 2:23-25) no podemos decirlo; pero las palabras de nuestro Señor a ellos indicarían que ellos sabían lo que estaban haciendo.

La salvación es cuestión de vida o muerte. Los que viven en sus pecados y rechazan al Salvador tendrán que morir en sus pecados. No hay alternativa. O bien recibimos la salvación por la gracia, o experimentamos condenación bajo la Ley de Dios. O bien andamos en la luz y tenemos vida eterna, o andamos en tinieblas y experimentamos muerte eterna. Hay un cuarto contraste.

4. Libertad y Esclavitud (Juan 8:31-47)

¿A cuáles oyentes se refiere en Juan 8:33? En los versículos anteriores Jesús se ha dirigido a los creyentes mencionados en Juan 8:30, y les advirtió que la permanencia en la palabra, o sea, ser un discípulo, era la prueba de la verdadera salvación. Cuando obedecemos su palabra crecemos en conocimiento espiritual; y al crecer en el

conocimiento espiritual crecemos en libertad del pecado. La vida lleva al aprendizaje, y el aprendizaje lleva a la libertad.

No es probable que Juan 8:33 se refiera a estos nuevos creyentes, porque probablemente ellos no se pondrían a discutir con su Salvador. Al leer Juan 8:37 llegamos a la conclusión de que Jesús probablemente se refiere a los mismos dirigentes judíos no creyentes que se habían opuesto a Jesús en toda la conversación (Juan 8:13,19,22,25). Como antes, no entendieron el mensaje del Señor. Jesús estaba hablando de la verdadera libertad espiritual, libertad del pecado, pero ellos pensaban en la libertad política.

La afirmación de ellos de que los descendientes de Abraham nunca habían sido esclavos era por cierto falsa, porque es refutada por las Escrituras del Antiguo Testamento. Los judíos habían sido esclavos de siete naciones poderosas, según se registra en el libro de Jueces. Las diez tribus del norte fueron llevadas cautivas a Asiria, y las dos tribus del sur habían estado setenta años en cautiverio en Babilonia. En esa misma hora los judíos ¡se hallaban bajo la férrea bota de Roma! ¡Qué difícil es que los arrogantes religiosos admitan sus fracasos y necesidades!

Jesús explicó que la diferencia entre libertad y esclavitud espiritual es asunto de si uno es hijo o esclavo. El esclavo puede vivir en la casa, pero no es parte de la familia; y no tiene ningún futuro garantizado. (Jesús puede haber tenido en mente aquí a Isaac y a Ismael; ve Génesis 21.) “Todo el que continúa practicando pecado [traducción literal] es esclavo del pecado”. Los dirigentes religiosos no sólo *morirían* en sus pecados (Juan 8:21,24), sino que ya estaban *viviendo* en esclavitud al pecado.

¿Cómo pueden ser libertados los esclavos del pecado? Sólo por el Hijo. ¿Cómo lo hace él? Mediante el poder de su palabra. Nota el énfasis que Jesús pone en atender

a sus palabras, en Juan 8:38-47, y él ya les ha dicho: “La verdad os hará libres” (Juan 8:32). Ellos no querían darle cabida a su palabra en sus corazones.

En el resto de esta sección verás el debate que gira alrededor de la palabra *padre*. Jesús se identificó con el Padre celestial, pero a ellos los identificó con el padre infernal, Satanás. Por supuesto, los judíos decían que Abraham era su padre (Lucas 3:8 en adelante), pero Jesús hizo una distinción cuidadosa entre la simiente de Abraham (descendientes físicos) y los hijos de Abraham (descendientes espirituales debido a su fe personal; Gálatas 3:6-14). Estos dirigentes judíos, que profesaban pertenecer a Abraham, eran muy diferentes de Abraham. Por un lado, querían matar a Jesús; Abraham era amigo de Dios y vivió en amorosa comunión con él (Isaías 41:8). Abraham escuchó la verdad de Dios y la obedeció, pero los dirigentes religiosos rechazaron la verdad.

La naturaleza queda determinada por el nacimiento, y el nacimiento lo determina la paternidad. Si Dios es tu Padre, entonces participas de la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:1-4); pero si Satanás es tu padre, entonces participas de su naturaleza perversa. Nuestro Señor no está diciendo que *todo* pecador perdido es hijo del diablo, aunque todos aquellos son ciertamente hijos de ira y de desobediencia (Efesios 2:1-3). Tanto aquí como en la parábola de la cizaña (Mateo 13:24-32,36-43), Jesús dijo que los fariseos y otros creyentes falsos eran hijos del diablo. Satanás es un imitador (2 Corintios 11:13-15), y le da a sus hijos una justicia falsificada que jamás podrá darles entrada al cielo (Romanos 10:1-4).

¿Cuáles eran las características de estos dirigentes religiosos que pertenecían al diablo? Por un lado, rechazaron la verdad (Juan 8:40) y trataban de matar a Jesús

porque él hablaba la verdad. No amaban a Dios (Juan 8:42) ni podían entender lo que Jesús enseñaba (Juan 8:43,47). Los hijos de Satanás pueden estar bien versados en sus tradiciones religiosas, pero no comprenden la palabra de Dios.

Satanás es un mentiroso y homicida. Mintió a nuestros primeros padres (“¿Conque Dios ha dicho...?”) y consiguió que murieran. Caín fue hijo del diablo (1 Juan 3:12), porque fue tanto un mentiroso como asesino. Mató a su hermano Abel y mintió al respecto (Génesis 4). ¿Es sorprendente que estos dirigentes religiosos hayan mentido en cuanto a Jesús, contratado testigos falsos y logrado que lo mataran?

La peor esclavitud es la que el mismo preso no reconoce. Piensa que es libre, y sin embargo es realmente un esclavo. Los fariseos y otros dirigentes religiosos pensaban que eran libres, pero en realidad eran esclavos en una terrible esclavitud espiritual al pecado y a Satanás. No querían encarar la verdad, y sin embargo era sólo la verdad que podía hacerles libres.

5. Honra y Deshonra (Juan 8:48-59)

Los dirigentes no pudieron refutar las afirmaciones de nuestro Señor, así que atacaron su persona. Algunos piensan que la afirmación de los dirigentes en Juan 8:41: “Nosotros no somos nacidos de fornicación” era una alusión infame al propio nacimiento y carácter de nuestro Señor. Después de todo, María quedó encinta antes de casarse con José. Pero los ataques personales de Juan 8:48 son muy obvios. Llamar samaritano a un judío era el insulto más grosero, y encima de eso llamarle endemoniado añadía todavía más insulto.

Nota que Jesús ni siquiera respondió al infame insulto racial. (Sin duda también había en dicho insulto la sugerencia de que, como los samaritanos, Jesús era un hereje.) Ellos estaban deshonrándole, pero él honraba al

Padre. Recordarás que él dijo bien claro que era imposible honrar al Padre sin honrar al Hijo (Juan 5:32). Ellos buscaban su propia gloria (ve Juan 5:41-44), pero él buscaba la gloria que le pertenece sólo a Dios. La religión que se centra en la tradición, sin Cristo, a menudo es una que busca el elogio de los hombres.

Jesús les había advertido que morirían en sus pecados debido a su incredulidad, y ahora les invitaba a que confiaran en sus palabras y así nunca verían muerte (Juan 8:51). El había dicho esto antes en su sermón en la sinagoga (Juan 6:39,40,44,54). De nuevo los dirigentes no tuvieron la perspectiva espiritual para comprender lo que estaba diciendo. Abraham murió, aunque fue justo; y los profetas fieles también habían muerto. Todo lo que hizo esta plática fue convencerles aun más de que Cristo tenía un demonio (Juan 7:20).

Al afirmar ser Señor sobre la muerte, Jesús estaba afirmando ser Dios (Juan 5:21-29). Esto no era un honor que se tomó para sí mismo; el Padre se lo dio. Es más, Abraham (de quien ellos afirmaban que era su padre) ¡vio su día y se regocijó! En lugar de alegrarse, ellos se rebelaban y querían matarlo.

¿Cómo fue que Abraham *vio* el día de nuestro Señor, o sea su vida y ministerio en la tierra? De la misma manera que vio la ciudad futura; por fe (Hebreos 11:10,13-16). Dios no le dio a Abraham ninguna visión especial de la vida y ministerio de nuestro Señor, sino que le dio percepción espiritual para *ver* estos eventos futuros. Por cierto que Abraham vio el nacimiento del Mesías en el nacimiento milagroso de su propio hijo, Isaac. Seguramente vio el Calvario cuando ofreció a Isaac a Dios (Génesis 22). En el ministerio sacerdotal de Melquisedec (Génesis 14:17-24) Abraham pudo ver el sacerdocio celestial del

Señor. En el matrimonio de Isaac, Abraham pudo ver un cuadro de las bodas del Cordero (Génesis 24).

La afirmación de Cristo en Juan 8:58 se puede traducir “Antes de que Abraham llegase a existir, YO SOY”. De nuevo, esta fue otra afirmación de su calidad de Hijo divino; y los dirigentes judíos la tomaron como tal. Nuevamente se había hecho igual a Dios (Juan 5:18), y esto, para ellos, era el pecado de blasfemia, lo cual merecía la muerte (Levítico 24:16). Jesús fue protegido divinamente y se escapó de ellos. Su hora todavía no había llegado. No podemos dejar de admirar su valor al presentar la verdad e invitar a los religiosos ciegos a confiar en él y ser hechos libres.

Las personas más difíciles de ganar para el Salvador son las que no se percatan que tienen una necesidad. Están bajo la condenación divina, y aun así confían en que su religión los salvará. Andan en tinieblas y no siguen la luz de la vida. Son muertos en vida debido a su esclavitud al pecado; y, a pesar de sus obras religiosas, deshonoran al Padre y al Hijo. Son los que crucificaron a Jesucristo, y Jesús los llamó hijos del diablo.

¿De quién eres hijo tú? ¿Es Dios tu Padre porque has recibido a Jesucristo en tu vida? (Juan 1:12,13). ¿Acaso Satanás es tu padre porque confías en una justicia falsa, *obras de justicia*, y no en la justicia que viene por la fe en Jesucristo?

Si Dios es tu padre, entonces el cielo es tu hogar. Si él no es tu Padre, entonces el infierno es tu destino.

¡Es verdaderamente cuestión de vida o muerte!

El ciego los hace callar

Juan 9

Nuestro Señor hizo milagros para atender las necesidades humanas; pero también usó esos milagros como *plataforma de lanzamiento* para un mensaje que llevaba una verdad espiritual. A fin de cuentas, sus milagros acreditaban que en verdad era el Mesías. Uno de esos milagros mesiánicos fue que los ciegos recibieron la vista (Mateo 11:5). Jesús usó este milagro como base para un breve sermón sobre la ceguera espiritual (Juan 9:39-41) y un sermón más largo sobre los pastores verdaderos y falsos (Juan 10:1-18).

Se dice que en los Estados Unidos alguien queda ciego cada veinte minutos. El hombre que encontramos en este capítulo había *nacido* ciego; nunca había visto la belleza de la creación divina o las caras de sus seres queridos. Cuando Jesús llegó a la escena todo cambió, y el hombre recibió la vista. Sin embargo, el milagro más grande no estuvo en la apertura de sus ojos sino en la apertura de su

corazón al Salvador. Le costó todo confesar que Jesús es el Hijo de Dios, pero estuvo dispuesto a hacerlo.

La manera más fácil de captar el mensaje de este capítulo es notar las etapas del creciente entendimiento de este hombre en cuanto a quién es Jesús.

1. Un Hombre que se Llama Jesús (Juan 9:1-12)

Casi lo único que podía hacer un ciego en esos días era mendigar, y eso es lo que este hombre estaba haciendo cuando Jesús pasó por allí (Juan 9:8). Sin duda había muchos ciegos que se habrían alegrado mucho si hubieran sido sanados, pero Jesús seleccionó a este hombre (ve Lucas 4:25-27). Evidentemente este hombre y sus padres eran bien conocidos en la comunidad. Fue en día de reposo cuando Jesús sanó al hombre (Juan 9:14), así que de nuevo estaba enfadando y deliberadamente desafiando a los líderes religiosos (Juan 5:9 en adelante).

Los discípulos no vieron al hombre como objeto de misericordia sino más bien como objeto de debate teológico. Es mucho más fácil debatir un tema abstracto, como el pecado antes que ministrar a una necesidad concreta en la vida de una persona. Los discípulos estaban seguros de que la ceguera congénita del hombre se debía al pecado, bien fuera el suyo propio o el de sus padres, pero Jesús no estuvo de acuerdo con ellos.

En el análisis final, *todos* los problemas físicos son resultado de nuestra caída en Adán, porque su desobediencia introdujo en el mundo el pecado y la muerte (Romanos 5:12 en adelante). Pero después de esto, acusar una incapacidad específica a un pecado específico cometido por personas específicas, es ciertamente algo que está fuera de la capacidad o autoridad de cualquier hombre. Sólo Dios sabe por qué los nenes nacen con limitaciones físicas, y sólo

Dios puede convertir esos defectos en algo que sea bueno para las personas y para la gloria de su nombre.

Por cierto que tanto el hombre como sus padres habían cometido pecados en algún momento, pero Jesús no vio su pecado como la causa de la ceguera de este hombre. Tampoco sugirió que Dios deliberadamente dejó ciego a este hombre para que, años más tarde, Jesús pudiera hacer un milagro. Siendo que no hay puntuación en los manuscritos originales, tenemos libertad para leer Juan 9:3,4 de esta manera:

No es que pecó éste, ni sus padres. Pero para que las obras de Dios se manifiesten en él, me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura.

El método con que el Señor le sanó fue único: puso lodo en los ojos del hombre y le dijo que fuera a lavarse. Una vez Jesús sanó a dos ciegos simplemente tocando sus ojos (Mateo 9:27-31), y sanó a otro ciego escupiendo en sus ojos (Marcos 8:22-26). Aunque su poder sanador era el mismo, nuestro Señor variaba sus métodos para que la gente no enfocara en la *manera* de sanar y así pasar por alto el *mensaje* de la sanidad.

Hubo por lo menos dos razones para que nuestro Señor usara el lodo. Primero, era un cuadro de la *encarnación*. Dios hizo al primer hombre del polvo de la tierra, y Dios envió a su Hijo como verdadero Hombre. Nota el énfasis en el significado de “Silóé: (que traducido es, enviado)”. Relaciona esto con Juan 9:4: “Las obras del que me envió” (ve también Juan 3:17,34; 5:36; 7:29; 8:18,42). Jesús dio una pequeña ilustración de su venida a la tierra, enviado del Padre.

La segunda razón para usar lodo fue irritación; ¡animó al hombre a creer y a obedecer! Si alguna vez has tenido una irritación en los ojos, ¡sabes lo rápido que buscas

irrigación para limpiarla! Puedes comparar esta *irritación* a la obra convincente del Espíritu Santo al usar la ley divina para conducir al pecador a sentirse convicto de juicio.

Pero la iluminación ahora lleva a un problema de *identificación*: ¿era este realmente el mendigo ciego?, y ¿quién le hizo ver? En todo el resto de Juan 9 tiene lugar un conflicto creciente alrededor de estas dos preguntas. Los dirigentes religiosos no querían encarar el hecho de que Jesús había sanado al hombre, ¡ni siquiera que el hombre había sido sanado!

Cuatro veces en este capítulo la gente le preguntó: “¿Cómo fuiste sanado?” (Juan 9:10,15,19,26). Primero los vecinos se lo preguntaron al hombre, y después los fariseos. No satisfechos con su respuesta, los fariseos se lo preguntaron a los padres, y después interrogaron de nuevo al hombre. Todo esto parecía muy oficial y eficiente, pero en realidad era sólo una maniobra muy evasiva de parte tanto del pueblo como de los dirigentes. Los fariseos querían deshacerse de toda la evidencia, y el pueblo tenía miedo de decir la verdad.

Estaban haciendo la pregunta equivocada. No deberían haber preguntado “¿cómo?” sino “¿quién?” Pero nosotros somos tan propensos a preguntar “¿cómo?” Queremos comprender la mecánica del milagro en lugar de simplemente confiar en el Salvador, quien es el único que puede obrar el milagro. Nicodemo quería saber cómo podía volver a entrar en el vientre de su madre (Juan 3:4,9). “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” (Juan 6:52). Comprender el proceso, incluso si pudiéramos, no es garantía de experimentar el milagro.

Cuando se le pidió que describiera su experiencia, el hombre simplemente contó lo sucedido. Todo lo que sabía de la persona que había hecho el milagro era que era un hombre llamado Jesús. No había visto a nuestro Señor,

por supuesto; pero había oído su voz. El mendigo no sólo ignoraba la identidad de Jesús, sino que no sabía adónde se había ido Jesús. En ese punto el hombre ya había sido sanado, pero no había sido salvado. La luz había amanecido, pero aumentaría hasta que él viera la faz del Salvador y le adorara (ve Proverbios 4:18).

Por lo menos doce veces en el Evangelio de Juan a Jesús se le llama un hombre (ve Juan 4:29; 5:12; 8:40; 9:11,24; 10:33; 11:47,50; 18:14,17,29; 19:5). El énfasis de Juan es que Jesucristo es Dios, pero el apóstol hermosamente le da un equilibrio recordándonos que Jesús es también verdadero hombre. La encarnación no fue una ilusión (1 Juan 1:1-4).

2. Un Profeta (Juan 9:13-23)

Puesto que los fariseos eran los custodios de la fe, era correcto que el hombre fuera llevado ante ellos para la investigación. El hecho de que ellos estudiaron este milagro con tanto detalle sólo es prueba de que Jesús en realidad sanó al hombre. Siendo que el hombre había *nacido* ciego, el milagro es incluso mayor, porque la ceguera causada por la enfermedad o lesión puede desaparecer repentinamente. Los milagros de nuestro Señor pueden resistir el escrutinio más cuidadoso de sus enemigos.

Pero el hecho de que Jesús sanó deliberadamente a este hombre en el sábado hizo que los fariseos se preocuparan mucho. Era ilegal trabajar en el sábado; y al hacer lodo, aplicarlo y sanar al hombre, Jesús había realizado tres obras ilegales. Los fariseos debían estar alabando a Dios por un milagro; pero en lugar de esto, se pusieron a buscar evidencias para acusar a Jesús.

Cuando la gente rehúsa encarar honestamente la evidencia, sino que con temor evade el asunto (ve Juan 9:22), entonces es imposible llegar a una conclusión unida. De nuevo, Jesús

fue la causa de la división (Juan 9:16; ve también 7:12,43). Los dirigentes religiosos estaban juzgando basándose en una cosa: nadie que quebrante el sábado podría ser un verdadero profeta de Dios. Los fariseos no se dieron cuenta de que Jesús estaba ofreciéndole al pueblo algo mucho mayor que el sábado: el verdadero reposo espiritual que viene de Dios (Mateo 11:28-30).

Pero el mendigo no se intimidó por las amenazas de los fariseos. Cuando le preguntaron qué pensaba de Jesús, el hombre intrépidamente dijo: “¡Es profeta!” (Nota Juan 4:19 como paralelo.) Algunos de los profetas del Antiguo Testamento, tales como Moisés, Elías y Eliseo, realizaron milagros. Los judíos veían a sus profetas como hombres de Dios que podían hacer obras poderosas por el poder de Dios.

Pero los dirigentes religiosos no querían ver que a Jesús se le daba esta designación tan alta. “¡Ese hombre no procede de Dios!” (Juan 9:16). Tal vez ellos podrían desacreditar el milagro. Si fuera así, entonces podrían convencer al pueblo de que Jesús había tramado todo el asunto y que en realidad estaba engañando al pueblo. Astutamente había “cambiado” de mendigos para que el hombre que veía no fuera el que todos conocían como mendigo ciego.

La mejor manera de desembarazarse de esa evidencia sería interrogar a los padres del mendigo, así que los llamaron y les hicieron dos preguntas: (1) “¿Es éste el hijo de ustedes?” y (2) “Si lo es, ¿cómo, pues, ve ahora?” Si rehusaban responder, se verían en problemas; o si contestaban con respuestas contrarias a lo que los dirigentes querían, se verían en problemas. ¡Qué dilema!

Respondieron a la primera pregunta con franqueza: era su hijo y había nacido ciego. Respondieron a la segunda pregunta evasivamente: no sabían cómo había sido sanado o quién le había curado. Entonces usaron una vieja táctica

de dejar la responsabilidad de contestar a otra persona, sugiriendo que los fariseos se lo preguntaran al hombre mismo. Después de todo ¡ya era mayor de edad!

¿Qué había detrás de esta interrogación y estas respuestas furtivas? *El temor al pueblo*. Lo vemos en la Fiesta de los Tabernáculos (Juan 7:13), y lo veremos de nuevo en la última Pascua de nuestro Señor (Juan 12:42). Esta gente buscaba el honor de los hombres y no el honor que viene de Dios (Juan 5:44). Con certeza era algo serio el ser excomulgado de la sinagoga, pero era mucho más serio rechazar la verdad y estar perdido para siempre. “El temor del hombre pondrá lazo” (Proverbios 29:25). Los fariseos estaban tratando de atrapar a Jesús, y los padres del ciego estaba tratando de evitar caer en la trampa; pero todo lo que ellos lograron fue enredarse más. Los padres deberían haber acatado el consejo de Isaías 51:7 y 12.

Los fariseos podían presentar un buen caso para su posición. Después de todo, tenían en efecto la ley mosaica además de siglos de tradición judía. Lo que no comprendían era que Jesucristo había cumplido toda la ley ceremonial y ahora estaba introduciendo algo nuevo. En Moisés tenemos preparación; pero en Jesucristo tenemos consumación (ve Juan 1:17).

3. Un Hombre de Dios (Juan 9:24-34)

Ansiosos por resolver el caso, los fariseos llamaron de nuevo al hombre; y esta vez le pusieron bajo juramento. “Da gloria a Dios” es una fórmula judía para jurar en el tribunal (ve Josué 7:19).

Pero los jueces instilaban prejuicio en todos desde el comienzo: “Sabemos que ese hombre es pecador”. Estaban previniendo al testigo de que era mejor cooperar con la corte, o arriesgarse a que lo expulsaran. Pero el mendigo

era de carácter tan firme que no se dejó intimidar. Había experimentado un milagro, y no tuvo miedo de decirles lo que había sucedido.

No debatió el carácter de Jesucristo, porque eso estaba más allá de lo que sabía y de su experiencia. Pero una cosa sí sabía: ahora podía ver. Su testimonio (Juan 9:25) me hace recordar el Salmo 27. Lee ese salmo a la luz de este capítulo, desde el punto de vista del mendigo sanado, y ve lo significativo que se torna.

Por cuarta vez se hace la pregunta: “¿Cómo te abrió los ojos?” (ve Juan 9:10,15,19,26). Puedo imaginarme al hombre bastante impaciente a estas alturas. Después de todo, había sido ciego toda su vida, y había mucho para ver. Por cierto que no quería gastar más tiempo en el tribunal de la sinagoga, mirando las caras coléricas y respondiendo a las mismas preguntas.

Admiramos la intrepidez del hombre al preguntarles a esos iracundos fariseos si querían seguir a Jesús. El hombre esperaba una respuesta negativa, pero tuvo valor para preguntarlo. Incapaces de refutar la evidencia, los jueces empezaron a insultar al testigo; y de nuevo traen a Moisés a colación (Juan 5:46). Los fariseos eran hombres cautos que se consideraban conservadores doctrinalmente, cuando en realidad eran protectores. Un verdadero conservador toma lo mejor del pasado y lo usa, pero también se da cuenta de las cosas nuevas que Dios está haciendo. Lo nuevo brota de lo viejo (Mateo 13:52). Un protector simplemente embalsama el pasado y lo preserva. Está en contra del cambio y se opone a las cosas nuevas que Dios está haciendo. Si los fariseos realmente hubieran entendido a Moisés, habrían sabido quién era Jesús y lo que él estaba haciendo.

Los dirigentes estaban seguros de Moisés, pero no estaban seguros en cuanto a Jesús. No sabían de dónde

venía. El ya les había dicho que había venido del cielo, enviado por el Padre (Juan 6:33, 38,41,42,50,51). Ellos creían estar seguros de que era el hijo natural de María y José, y que era de Nazaret (Juan 6:42; 7:41,42). Estaban juzgando “según la carne” (Juan 8:15) y no ejerciendo discernimiento espiritual.

Al hombre sanado le pareció increíble que los fariseos no conocieran a este hombre que le había abierto los ojos. ¿Cuántos andaban por Jerusalén abriendo los ojos a los ciegos? En lugar de investigar el milagro, los dirigentes religiosos deberían haber estado investigando a Aquel que hizo el milagro y aprendiendo de él. Los *expertos* estaban rechazando la Piedra que les había sido enviada (Hechos 4:11).

El mendigo entonces les dio a los expertos una lección en teología práctica. Tal vez tenía en mente el Salmo 66:18: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”. Los líderes llamaban a Jesús un pecador (Juan 9:24), sin embargo Dios había usado a Jesús para abrirle los ojos a un ciego.

Luego añadió otra razón: Jesús sanó a un hombre que había *nacido* ciego. Jamás, hasta donde supieran, había ocurrido esto antes. Así que Dios no sólo oyó a Jesús, sino que le capacitó para darle la vista al hombre. ¿Cómo, entonces, podía Jesús ser pecador?

Los religiosos intolerantes no quieren encarar ni la evidencia ni la lógica. Su decisión ya está tomada. Si los fariseos hubieran considerado honestamente los hechos, habrían visto que Jesús es el Hijo de Dios, y habrían confiado en él y sido salvos.

De nuevo, los dirigentes insultaron al hombre y le dijeron que había nacido en pecado. Sin embargo, él no *moriría* en sus pecados (ve Juan 8:21,24); porque antes de que este capítulo termine el mendigo vendrá a la fe en Jesucristo.

Todos hemos nacido en pecado (Salmo 51:5), pero no tenemos por qué vivir en el pecado (Colosenses 3:6,7), o morir en nuestros pecados. La fe en Jesucristo nos redime del pecado y nos da una vida de gozosa libertad.

Los dirigentes religiosos oficialmente excomulgaron de la sinagoga local al hombre. Esto quería decir que el hombre quedó aislado de su familia y amigos, y los judíos lo veían como publicano y pecador. Pero Jesús vino por los proscritos y nunca los defraudó.

4. El Hijo de Dios (Juan 9:35-41)

El Buen Pastor siempre cuida sus ovejas. Jesús sabía que el hombre había sido excomulgado, así que le halló y se reveló a él. Recuerda, el hombre conocía la voz del Señor, pero nunca había visto su cara.

El hombre ahora llega al punto culminante de su conocimiento de Jesucristo y de su fe en él. No es suficiente creer que es “un hombre llamado Jesús”, o incluso “un profeta”, o “hombre de Dios”. “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (1 Juan 5:1). Juan escribió su evangelio para probar que Jesús es el Hijo de Dios, y para presentar a sus lectores los testimonios de personas que conocieron a Jesús y afirmaron que él es el Hijo de Dios. Este mendigo es uno de esos testigos.

Jesús se identificó como el Hijo de Dios (ve Juan 9:35; también 5:25), y el mendigo creyó y fue salvado (Juan 9:38). “Mis ovejas oyen mi voz” (Juan 10:27). El hombre no *vio* y creyó; *oyó* y creyó. No sólo confió en el Salvador, sino que le adoró. Si Jesucristo no es Dios, entonces ¿por qué aceptó adoración? Pedro, Pablo y Bernabé ciertamente no aceptaron adoración (ve Hechos 10:25,26; 14:11-15).

Juan el Bautista afirmó que Jesús es el Hijo de Dios (Juan 1:34), así como también Natanael (Juan 1:49). Jesús

afirmó que él es el Hijo de Dios (Juan 5:25; 9:35), y Pedro también lo afirmó (Juan 6:69). Ahora el mendigo ciego que fue sanado se unió a este grupo de testigos.

A dondequiera que Jesús iba, algunos de los fariseos trataban de estar presentes para poder atraparle en algo que decía o hacía. Viéndolos, Jesús cerró este episodio predicándoles un breve pero penetrante sermón sobre la ceguera espiritual.

Juan 9:39 no contradice Juan 3:16,17. La *razón* de la venida de nuestro Señor fue la salvación, pero el *resultado* de su venida fue condenación para los que no creen. El mismo sol que da hermosura a las semillas, también deja al descubierto el gusano que está debajo de las piedras. Los dirigentes religiosos estaban ciegos y no querían admitirlo; por consiguiente, la luz de la verdad sólo los hacía más ciegos. El mendigo reconoció su necesidad, y recibió la vista tanto física como espiritual. No hay más ciego que el que no quiere ver, el que piensa que tiene toda la verdad y que no hay nada que pueda aprender (Juan 9:28,34).

Los fariseos oyeron lo que Jesús dijo y se enojaron. “¿Somos nosotros también ciegos?” le preguntaron, esperando una respuesta negativa. Jesús ya les había llamado “ciegos guías de ciegos” (Mateo 15:14), así que ya tenían su respuesta. Estaban cegados por su propio orgullo, su justicia propia, su tradición y su interpretación falsa de la palabra de Dios.

La respuesta de nuestro Señor fue una paradoja: “Si fueran ciegos, les convendría más. Pero ustedes dicen que ven. Por consiguiente, ¡son culpables!” La ceguera sería por lo menos una excusa para no saber lo que sucedía. Pero ellos *sabían* lo que estaba sucediendo. Jesús había realizado muchos milagros y los dirigentes religiosos hicieron caso omiso de la evidencia que les permitiría tomar una decisión acertada.

Jesús es la Luz del mundo (Juan 8:12; 9:5). Los únicos que no pueden ver la luz son los ciegos y los que rehúsan mirar, los que se hacen ciegos de conveniencia. El mendigo estaba física y espiritualmente ciego, sin embargo tanto sus ojos como su corazón fueron abiertos. ¿Por qué? Porque escuchó a la palabra, la creyó, obedeció, y experimentó la gracia de Dios. Los fariseos tenían una buena visión física, pero estaban ciegos espiritualmente. Si hubieran escuchado la palabra y hubieran considerado sinceramente la evidencia, ellos también habrían creído en Jesucristo y hubieran nacido de nuevo.

¿En qué sentido *veían* los fariseos? Veían el cambio en el mendigo ciego y no podían negar que había sido sanado. Veían las obras poderosas que Jesús realizaba. Incluso Nicodemo, que era uno de ellos, quedó impresionado por los milagros del Señor (Juan 3:2). Si ellos hubieran examinado la evidencia sinceramente, habrían visto claramente la verdad. “El que hace su voluntad [la de Dios], conocerá de la doctrina” (Juan 7:17, traducción literal). “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Juan 10 es en realidad una continuación del ministerio de nuestro Señor a los fariseos. La sanidad del mendigo ciego es el trasfondo (Juan 10:21). De hecho, la palabra “expulsado” en 9:35 se traduce “sacado” en Juan 10:4. El mendigo fue expulsado de la sinagoga, pero el Buen Pastor lo recibió y lo añadió a su rebaño. El énfasis de Juan 10 es en Jesucristo, el Bueno y Verdadero Pastor, a diferencia de los fariseos que eran falsos pastores.

Nunca volvemos a encontrar al mendigo sanado, pero es seguro que el hombre siguió a Jesús de cerca y que estuvo entre los que testificaron de él. Esperamos que haya podido ganar a sus temerosos padres para el Señor.

Aunque el haber sido expulsado de la sinagoga debe haber sido para él una experiencia dolorosa, ciertamente halló en su comunión con Jesucristo más ayuda espiritual y estímulo que jamás podría haber hallado en las tradiciones judías.

Incluso hoy hay quienes deben escoger entre Cristo y la familia, o entre Cristo y la tradición de su religión.

Este mendigo ciego que había sido sanado tomó la decisión acertada, aunque el costo fue grande.

“Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).

El Buen Pastor y sus ovejas

Juan 10

Había un programa de televisión titulado “Cámara Escondida” que tuvo lugar en un colegio preparatorio exclusivo donde todos los alumnos estaban por encima del promedio. Las personas de la “Cámara Escondida” fingieron ser consultores de carreras que iban a aconsejar a estos brillantes jóvenes respecto a las carreras que mejor les convendrían, a base de *pruebas* y *entrevistas* que a los alumnos les parecían auténticas.

Un joven esperaba con ansia el veredicto del asesor. Era seguro que el consejero le diría al joven que sería rector de alguna universidad o presidente de algún banco, o tal vez un científico investigador. Pero no, el asesor tenía otras ideas. Deberías haber visto la cara del joven cuando el “asesor” le dijo:

“Hijo: después de evaluar tus pruebas y entrevistas he decidido que el mejor trabajo para ti es ser pastor de ovejas.”

El estudiante no supo si echarse a reír o a llorar. Después de todo, ¿quién que esté en sus cabales querría ser pastor

de ovejas? ¿Para qué dedicar la vida a ovejas necias que parecen no tener sentido común ni para encontrar su camino a casa?

Juan 10 enfoca en la ilustración de las ovejas, rediles y pastores. Es una ilustración oriental y rural, por cierto; pero es una imagen que puede decirnos mucho hoy, incluso en nuestro mundo urbano e industrializado. Pablo usó la misma imagen al amonestar a los dirigentes espirituales en la iglesia de Efeso (Hechos 20:28 en adelante). Las verdades que giran alrededor de esta ilustración del pastor y las ovejas se hallan en toda la Biblia, y son importantes para nosotros hoy. Los símbolos que Jesús usó nos ayudan a comprender quién es él y lo que quiere hacer por nosotros.

Tal vez la manera más fácil de abordar este capítulo del Evangelio de Juan, que es algo complejo, es notando las tres declaraciones que Jesús dijo respecto a sí mismo.

1. “Yo soy la puerta” (Juan 10:1-10)

Este sermón brotó de la confrontación de nuestro Señor con los dirigentes judíos, después de la excomunión del mendigo (Juan 9). Jesús les había hablado brevemente sobre la luz y las tinieblas, pero ahora él cambia la ilustración a la del pastor y las ovejas. ¿Por qué? Porque a la mente judía un *pastor* era cualquier dirigente, espiritual o político. El pueblo miraba al rey y a los profetas como pastores. Israel tenía el privilegio de ser el rebaño del Señor (Salmo 100:3). Como trasfondo lee Isaías 56:9-12; Jeremías 23:1-4; 25:32-38; Ezequiel 34 y Zacarías 11.

Jesús empezó su sermón con una *ilustración familiar* (Juan 10:1-6), que cada uno de sus oyentes podría entender. El redil era por lo general un cercado de piedras, con una apertura como puerta. El pastor (o portero) guardaba el rebaño, o rebaños, por la noche acostándose en la apertura.

No era raro alojar varios rebaños en el mismo redil. Por la mañana los pastores llegaban, llamaban a sus ovejas, y reunían sus propios rebaños. Cada oveja reconocía la voz de su amo.

El verdadero pastor entra por la puerta, y el portero lo reconoce. Los ladrones y salteadores nunca podían entrar por la puerta, así que tenían que treparse por las paredes y entrar en el redil con engaño. Pero incluso si lograban hacerlo, nunca lograrían que las ovejas los siguieran, porque las ovejas siguen sólo la voz de su propio pastor. Los falsos profetas nunca pueden *conducir* a las ovejas, de modo que deben *robárselas*.

Es claro que los oyentes no comprendieron lo que Jesús dijo ni por qué lo dijo. (La palabra que se traduce “parábola” quiere decir: *dicho oscuro, proverbio*. La enseñanza de nuestro Señor en Juan 10 no es como las parábolas relatadas en los otros evangelios.) La ocasión para esta lección fue la expulsión del mendigo de la sinagoga (Juan 9:34). A los falsos pastores no les importaba el hombre; al contrario, lo maltrataron y le expulsaron. Pero Jesús, el Pastor, le buscó y le recibió (Juan 9:35-38).

Es lamentable que a menudo se use Juan 10:1 para enseñar que el redil es el cielo, y que los que tratan de entrar en cualquier otra manera que no sea Cristo están destinados a fracasar. Aunque dicha enseñanza es verdad (Hechos 4:12), no se basa en este versículo. Jesús dijo claramente que el redil es la nación de Israel (Juan 10:16). Los gentiles son las “otras ovejas” que no estaban en el redil de Israel.

Cuando Jesús vino a la nación de Israel, vino por el camino señalado, tal como las Escrituras lo prometían. Todo pastor verdadero debe ser llamado por Dios y enviado por Dios. Si verdaderamente habla la palabra de

Dios, las ovejas *oirán su voz*, y no tendrán miedo de seguirle. El verdadero pastor ama a sus ovejas y las cuida.

Dado que el pueblo no entendió su lenguaje simbólico, Jesús dio una *aplicación* después de la ilustración (Juan 10:7-10). Dos veces dijo: “Yo soy la puerta”. El es la puerta del redil y hace posible que las ovejas *salgan* del redil (la religión del judaísmo) y que *entren* en su rebaño. Los fariseos *expulsaron* al mendigo de la sinagoga, pero Jesús *le sacó* del judaísmo y le llevó al redil de Dios.

Pero el Pastor no se conforma con sacar a las ovejas; también las *hace entrar*. Ellas llegan a ser parte de “un solo rebaño” (no “redil”) que es su iglesia. Cristo es la puerta de salvación (Juan 10:9). Los que confían en él entran en el rebaño y redil del Señor, y tienen el maravilloso privilegio de entrar y salir y hallar pastos. Cuando tienes en cuenta que el pastor en realidad era la “puerta” del redil, esta ilustración se hace muy real.

Como la Puerta, Jesús liberta a los pecadores de la esclavitud y los conduce a la libertad. ¡Tienen salvación!” Esta palabra “salvo” quiere decir *librado salvo y sano*. Se la usaba para decir que una persona se había recuperado de alguna enfermedad seria, salido ileso de una tempestad feroz, sobrevivido a una guerra, o que fue absuelto en el tribunal. Algunos predicadores modernistas quieren descartar algunas palabras *anticuadas* tales como “salvo”, ¡pero Jesús la usó!

Jesús se refería primordialmente a los dirigentes religiosos de su día (Juan 10:8). No estaba condenando a todo profeta o siervo de Dios que había ministrado antes de que él viniera a la tierra. La declaración “ladrones *son* y salteadores” (no *eran*) deja en claro que tenía en mente a los líderes religiosos de su tiempo. No eran verdaderos pastores ni tenían la aprobación de Dios para su ministerio.

No amaban a las ovejas, sino que las explotaban y las maltrataban. El mendigo era un buen ejemplo de lo que los *ladrones* y *salteadores* podían hacer.

Es claro en el relato del evangelio que los gobernantes religiosos de Israel se interesaban sólo en proveer para sí mismos y en protegerse. Los fariseos eran codiciosos (Lucas 16:14) e incluso se aprovechaban de las viudas pobres (Marcos 12:40). Convirtieron el templo de Dios en cueva de ladrones (Mateo 21:13), y tramaban matar a Jesús para que Roma no les quitara sus privilegios (Juan 11:49-53).

El verdadero Pastor vino para salvar a las ovejas, pero los pastores falsos se aprovechan de ellas y las explotan. Detrás de estos falsos pastores está “el ladrón” (Juan 10:10), que es probablemente una referencia a Satanás. El ladrón quiere robarse las ovejas del redil, matarlas y destruirlas. Más tarde veremos que las ovejas están seguras en las manos del Pastor y del Padre (Juan 10:27-29).

Cuando pasas por “la Puerta” recibes vida y eres salvo. Al *entrar* y *salir* disfrutas de vida *en abundancia* en los ricos pastos del Señor. Sus ovejas disfrutaban de plenitud y libertad. Jesús no sólo da su vida *por* nosotros, sino que nos da su vida *a* nosotros ahora mismo.

El énfasis de esta primera sección recae en “la puerta”. Nuestro Señor entonces cambió el énfasis al “pastor”, e hizo una segunda declaración.

2. “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:11-21)

Esta es la cuarta afirmación YO SOY que nuestro Señor hizo, en el Evangelio de Juan (Juan 6:35; 8:12; 10:9). Seguramente al hacer esta afirmación está contrastándose con los falsos pastores que estaban a cargo de la religión judía de su día. Ya les había llamado *ladrones* y *salteadores*, y ahora va a describirlos como *asalariados*.

La palabra que se traduce “buen” significa *intrínsecamente bueno, hermoso y bello*. Describe lo ideal, el modelo que otros pueden imitar sin recelo. La bondad de nuestro Señor era inherente en su naturaleza. Llamarle “bueno” es lo mismo que llamarle Dios (Marcos 10:17,18).

Algunos de los personajes más grandes mencionados en la Biblia fueron pastores de oficio: Abel, los patriarcas, Moisés y David, para nombrar unos pocos. Incluso hoy en la Tierra Santa se pueden ver pastores conduciendo sus rebaños y revelando cuán íntimamente conocen a cada oveja, sus rasgos individuales y sus necesidades especiales. Ten presente que los pastores judíos no apacentaban ovejas para matarlas, a menos que las usaran para el sacrificio. Los pastores las cuidaban para que las ovejas pudieran darles lana, leche y corderos.

Jesús destacó cuatro ministerios especiales que él desempeña como el Buen Pastor.

Muere por las ovejas (Juan10:11-13). Bajo la antigua dispensación las ovejas morían por el pastor; pero ahora el Buen Pastor muere por las ovejas. Cinco veces en este sermón Jesús afirmó claramente la naturaleza sacrificadora de su muerte (Juan 10:11,15,17,18). No murió como mártir, muerto por los hombres; sino como sustituto, poniendo voluntariamente su vida por nosotros.

No se debe aislar el hecho de que Jesús dijo que moriría por las ovejas del resto de las enseñanzas bíblicas sobre la cruz. También moriría por la nación de Israel (Juan 11:50-52) y por el mundo (Juan 6:51). Aunque la sangre de Cristo es *suficiente* para la salvación del mundo, es *eficiente* sólo para los que creen.

Jesús se contrastó con el asalariado que vigila las ovejas sólo porque le pagan para que lo haga. Pero cuando hay peligro el asalariado huye, mientras que el verdadero pastor

se queda y atiende a su rebaño. La frase clave es “de quien no son propias las ovejas”, El Buen Pastor *compra las ovejas* y son suyas porque él murió por ellas. Le pertenecen, y las cuida. Por naturaleza las ovejas son tontas y propensas a meterse en peligro; y necesitan un pastor que las cuide.

En toda la Biblia se compara al pueblo de Dios con ovejas; y la comparación es apropiada. Las ovejas son animales limpios, a diferencia de cerdos y perros (2 Pedro 2:20-22). Son indefensas y necesitan el cuidado del pastor (Salmo 23). Son, para usar la frase de Wesley, “dadas a descarriarse”, y con frecuencia hay que buscarlas y traerlas de regreso al redil (Lucas 15:3-7). Las ovejas son animales pacíficos, útiles para el pastor. En esto, y otras maneras, son un cuadro de los que han confiado en Jesucristo y son parte del rebaño de Dios.

Los fariseos, en contraste a los buenos pastores, no tuvieron el menor interés amable por el mendigo, así que le expulsaron de la sinagoga. Jesús le halló y cuidó de él.

Conoce sus ovejas (Juan 10:14,15). En el Evangelio de Juan la palabra *conocer* significa mucho más que tener información intelectual. Habla de una relación íntima entre Dios y su pueblo (ve Juan 17:3). El pastor oriental conoce personalmente a sus ovejas y por consiguiente sabe la mejor manera de cuidarlas.

Para empezar, nuestro Señor sabe nuestros nombres (ve Juan 10:3). Conoció a Simón (Juan 1:42) e incluso le puso un nuevo nombre. Llamó a Zaqueo por nombre (Lucas 19:5); y cuando pronunció el nombre de María en el huerto, ella reconoció a su Pastor (Juan 20:16). Si alguna vez has perdido tu identidad en el laberinto de las operaciones de una computadora, entonces puedes apreciar el hecho reconfortante de que el Buen Pastor conoce por nombre a cada una de sus ovejas.

También conoce nuestra naturaleza. Aunque todas las ovejas se parecen en su naturaleza esencial, cada una tiene sus propias características distintivas; y el pastor amante reconoce esos rasgos. Cierta oveja tal vez tenga miedo de lugares altos, mientras que otra teme las sombras oscuras. El pastor fiel considera estas necesidades especiales al apacentar su rebaño.

¿Has notado lo diferente que eran entre sí los doce apóstoles? Pedro era impulsivo y sin pelos en la lengua, mientras que Tomás era vacilante y dudaba. Andrés era uno que siempre estaba trayendo a alguien a Jesús, mientras que Judas quería aprovecharse de las personas para apoderarse del dinero. Jesús conocía a cada hombre personalmente, y sabía exactamente cómo tratar a cada uno.

Debido a que conoce nuestra naturaleza también sabe de nuestras necesidades. A menudo *nosotros mismos* no sabemos cuáles son nuestras necesidades. El Salmo 23 es una descripción poética hermosa de cómo el Buen Pastor cuida a sus ovejas. En pastos, junto a aguas, e incluso por los valles, las ovejas no tienen que temer, porque el pastor está cuidándolas y supliendo sus necesidades. Si puedes relacionar el Salmo 23:1 y 6 tendrás el principal tema del poema: “Nada me faltará... todos los días de mi vida”.

Conforme el pastor cuida de sus ovejas, ellas van conociéndolo mejor. El Buen Pastor conoce a sus ovejas y sus ovejas le conocen. Aprenden a conocerle mejor al escuchar su voz (la palabra) y al experimentar su cuidado diario. Conforme las ovejas siguen al Pastor, aprenden a amarle y a confiar en él. El ama a “las tuyas” (Juan 13:1) y les muestra ese amor en la manera en que las cuida.

El Buen Pastor trae a otras ovejas al rebaño (Juan 10:16). El “redil” es el judaísmo (Juan 10:1), pero hay otro redil: los gentiles quienes están fuera de los pactos

de Israel (Efesios 2:11 en adelante). Al principio de su ministerio nuestro Señor se concentró en las “ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 10:5,6; 15:24-27). Los convertidos en el Pentecostés fueron judíos y prosélitos (Hechos 2:5,14), pero la iglesia no debía seguir siendo un *rebaño judío*. Pedro llevó el evangelio a los gentiles (Hechos 10—11), y Pablo llevó el mensaje a los gentiles en las regiones más distantes del imperio romano (Hechos 13:1 en adelante).

Hay sólo un rebaño, el pueblo de Dios que pertenece al Buen Pastor. Dios tiene su pueblo por todo el mundo (ve Hechos 18:1-11), y los llamará y los reunirá.

El mensaje misionero del Evangelio de Juan es obvio: “Porque de tal manera amó Dios al mundo” (Juan 3:16). Jesús mismo desafió la costumbre y le testificó a la mujer samaritana. Rehusó defender el enfoque exclusivista de los dirigentes religiosos de los judíos. Murió por un mundo perdido, y desea que su pueblo alcance al mundo perdido con el mensaje de vida eterna.

El Buen Pastor toma de nuevo su vida (Juan 10:17,18). Su muerte voluntaria fue seguido por su resurrección victoriosa. Desde el punto de vista humano, parecería que Jesús fue ejecutado; pero desde el punto de vista divino, él puso voluntariamente su vida. Cuando Jesús clamó en la cruz: “¡Consumado es! voluntariamente entregó al Padre su espíritu (Juan 19:30). Tres días más tarde voluntariamente volvió a tomar su vida y se levantó de los muertos. El Padre le dio esta autoridad en amor.

A veces la Biblia nos enseña que fue el Padre quien levantó al Hijo (Hechos 2:32; Romanos 6:4; Hebreos 13:20). Aquí es el Hijo quien afirma que tiene autoridad para volver a tomar su vida. Ambas afirmaciones son ciertas, porque el Padre y el Hijo obran juntos en perfecta

armonía (Juan 5:17,19). En un sermón anterior Jesús había indicado que tenía el poder de levantarse él mismo de los muertos (Juan 5:26). Por supuesto, esta era una afirmación que los judíos cuestionarían, porque equivalía a decir “¡Yo soy Dios!”

¿Cómo respondieron los oyentes a este mensaje? “Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras” (Juan 10:19). Nota la palabra *volvió* (Juan 7:43; 9:16). La vieja acusación de que Jesús estaba endemoniado volvió a ser lanzada contra él (Juan 7:20; 8:48,52). ¡La gente hará casi cualquier cosa para no encarar a la verdad!

Siendo que Jesús es “la puerta” deberíamos esperar que haya división, puesto que una puerta deja a algunos dentro y a otros fuera. El es el Buen Pastor, y el pastor debe separar las ovejas de las cabras. Es imposible ser neutral respecto a Jesucristo; porque lo que creemos de él es cuestión de vida o muerte (Juan 8:24).

Su tercera declaración fue la más asombrosa de todas.

3. “Yo Soy el Hijo de Dios” (Juan 10:22-42)

Los episodios de esta sección ocurrieron como dos y medio meses después de los descritos en Juan 10:1-21. Juan los pone juntos porque en ambos mensajes Jesús usó las ilustraciones del pastor y las ovejas.

El encuentro (Juan 10:22-24). La “fiesta de la dedicación” (Hánuca, *la fiesta de las luces*) tiene lugar en diciembre, casi al mismo tiempo que la celebración cristiana de Navidad. La fiesta conmemora la dedicación del templo por parte de Judas Macabeo en 164 a. de C., después de que había sido profanado por los romanos. Este hecho histórico puede tener relación con las palabras de Jesús en Juan 10:36, porque él había sido apartado (dedicado) por el Padre y enviado al mundo. Los dirigentes

judíos celebraban un gran episodio de la historia y sin embargo estaban dejando pasar una gran oportunidad que tenían precisamente en su propio templo.

Los dirigentes rodearon a Jesús en el templo así que él tuvo que detenerse y oírlos. Ellos habían decidido que había llegado el momento de una confrontación y no querían que él siguiera evadiendo el asunto. “¿Cuánto tiempo más van a tenernos en suspenso?” le decían. “Dinos claramente: ¿eres tú el Mesías?”

La explicación (Juan 10:25-42). Jesús les recordó lo que ya les había enseñado. Recalcó el testimonio de sus *palabras* (“les dije”) y sus *obras* (ve en Juan 5:17 en adelante, y 7:14 en adelante respuesta similares).

Pero nuestro Señor se profundizó más en su explicación esta vez, porque les reveló a los dirigentes judíos *la razón* por la que ellos no entendían sus palabras ni captaban el significado de sus obras: no eran sus ovejas. Desde el punto de vista humano, llegamos a ser sus ovejas al convertirnos; pero desde el punto de vista divino creemos porque somos sus ovejas. Hay un misterio en esto que no podemos concebir o explicar, pero sí podemos aceptarlo y regocijarnos (Romanos 11:33-36). Dios tiene sus ovejas y sabe quiénes son. Ellas oyen su voz y responden.

El pecador que oye la palabra de Dios no sabe nada de elección divina. Oye sólo que Cristo murió por los pecados del mundo, y que puede recibir la dádiva de la vida eterna al confiar en el Salvador. Cuando confía en el Salvador llega a ser un miembro de la familia de Dios y una oveja de su rebaño. Entonces aprende que fue escogido “en él [Cristo] antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4). También aprende que todo pecador salvado es *un regalo de amor* que el Padre da a su Hijo (ve Juan 10:29; 17:2,6,9,11,12,24).

En la Biblia la elección divina y la responsabilidad humana están en perfecto equilibrio; y lo que Dios ha unido no debemos separarlo.

Jesús pasó a explicar que sus ovejas están seguras en su mano y en la mano del Padre. “No perecerán jamás” es su promesa (Juan 3:16; 6:39; 17:12; 18:9). Los falsos pastores traen destrucción (Juan 10:10, la misma palabra griega); pero el Buen Pastor se encarga de que sus ovejas nunca perezcan.

La seguridad de las ovejas de Dios se asegura aquí en varias maneras. Primero, por definición: tenemos “vida eterna”, y eso no puede ser condicional y a la vez eterna. Segundo, esta vida es una dádiva, y no algo que nos ganamos o merecemos. Si no fuimos salvos por nuestras propias buenas obras sino por su gracia, entonces no podemos perdernos por nuestras *malas obras* (Romanos 11:6). Pero, más importante todavía, Jesús nos dio su promesa de que sus ovejas no perecerán, y no faltará a su promesa.

Es importante tener presente que Jesús está hablando de ovejas, es decir, de creyentes genuinos, y no falsificados. El perro y el cerdo volverán al pecado (2 Pedro 2:20-22); pero la oveja, siendo animal limpio, seguirá al Pastor a pastos verdes. El creyente falso hablará de su fe e incluso de sus obras, pero nunca llegará al cielo (Mateo 7:13-29). La mayoría de nosotros conoce a personas que profesaban ser salvos y volvieron al pecado, pero esto sólo demuestra que nunca habían confiado realmente en Cristo. Jesús no prometió seguridad a cualquiera, sino a sus ovejas verdaderas.

Al repasar la enseñanza de nuestro Señor respecto a su ministerio como Buen Pastor notarás que él tiene una relación triple con sus ovejas. Tiene una relación *de amor* porque murió por sus ovejas, así como una relación *viva*

porque las cuida. También es una relación *duradera* porque cuida a sus ovejas y no pierde a ninguna.

Nuestro Señor hizo una afirmación que sabía que dejaría perplejos a sus enemigos y les daría más razón para oponerse a él (Juan 10:30). Fue la respuesta directa que los dirigentes religiosos habían pedido. “Yo y el Padre uno somos” es la declaración de su deidad más clara que se hallará en cualquier parte de las Escrituras. Esto es incluso más fuerte que su afirmación de que había descendido del cielo (Juan 6) o de que existía antes de que Abraham viviera (Juan 8:58).

La palabra *uno* no sugiere que el Padre y el Hijo son personas idénticas. Más bien significa que son uno en esencia: el Padre es Dios y el Hijo es Dios, pero el Padre no es el Hijo ni es el Hijo el Padre. Está hablando de unidad, no de identidad. (Ve en Juan 17:21-24 un lenguaje similar.)

Los dirigentes judíos entendieron claramente lo que él estaba diciendo. Algunos teólogos modernistas y de corriente no conservativa quieren diluir la afirmación de nuestro Señor, pero los que le oyeron supieron exactamente que él estaba diciendo: “¡Yo soy Dios!” (nota Juan 10:33). Hablar de esa manera era, por supuesto, blasfemia; y según la doctrina judía, había que castigar la blasfemia con la muerte (ve Levítico 24:16; Números 15:30 en adelante; Deuteronomio 21:22).

Nuestro Señor usó el Salmo 82:6 para refutar su acusación y poner fin a sus acciones. El cuadro del Salmo 82 es el de un tribunal donde Dios ha reunido a los jueces de la tierra, para advertirles que ellos también serán juzgados un día. La palabra hebrea *elohim* se puede traducir como *dios* o como *jueces*, como en Exodo 21:6 y 22:8,9. También es uno de los nombres que se usan para Dios en el Antiguo Testamento. Los gobernantes judíos conocían bien su

propio idioma y sabían que Jesús estaba diciendo la verdad. Si Dios llamó *dioses* a jueces humanos, entonces ¿por qué querían apedrearlo por haberse aplicado a sí mismo el mismo título?

Juan 10:36 es crucial porque da una doble afirmación de la deidad de Cristo. Primero, el Padre santificó (apartó) al Hijo y le envió al mundo, y segundo, Jesús afirmó audazmente “Yo soy el Hijo de Dios” (ve Juan 5:25). Les dio la *respuesta clara* que habían pedido, pero ¡ellos no quisieron creerla!

¿Podían haber ellos creído? Jesús los *invitó*, les instó, a creer, aunque fuese a base de los milagros (Juan 10:37,38). Si ellos hubieran creído por los milagros, habrían conocido al Padre, y eso habría abierto el camino para conocer al Hijo y creer en él. Era simplemente cuestión de examinar la evidencia con franqueza y estar dispuestos a aceptar la verdad.

De nuevo, ellos trataron de apresararlo (ve Juan 7:44; 8:59), pero él se escapó de sus manos y se alejó de la región por completo. No volvió a Jerusalén hasta el domingo de ramos, cuando se presentó a sí mismo como el Rey de Israel.

Juan el Bautista había ministrado en Betábara (Juan 1:28), pero no sabemos con certeza dónde estaba este lugar. Estaba al otro lado del Jordán, tal vez como a veinticinco o treinta kilómetros de Jerusalén. Algunos mapas la ubican casi directamente al frente de Jerusalén, un poco al oriente de Jericó.

¿Por qué se fue Jesús allá? Por un lado, era un retiro seguro; no era probable que los dirigentes judíos lo siguieran hasta allí. También era un buen lugar para prepararse para su semana final de ministerio público, cuando pondría su vida por sus ovejas. Recordar su propio bautismo a manos de Juan, y todo lo que había experimentado en esa ocasión

(Mateo 3:13-17; Juan 1:20-34), debe haberlo fortalecido para el sufrimiento que sabía que debía soportar.

El pueblo común siguió buscando a Jesús, y él siguió ministrándoles. Vale la pena notar que el testimonio de Juan el Bautista seguía dando fruto mucho tiempo después de que él había muerto. Su testimonio de Jesucristo llevó a muchos a confiar en el Salvador. Juan no obró milagros, pero sí fue un testigo fiel que apuntó a Jesucristo. “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).

¿Has respondido personalmente a las tres grandes declaraciones de nuestro Señor que se hallan en este capítulo?

El es la Puerta. ¿Has entrado por fe para ser salvo?

El es el Buen Pastor. ¿Has oído su voz y confiado en él? Después de todo, ¡él puso su vida por ti!

El es el Hijo de Dios. ¿Crees eso? ¿Te has entregado a él y has recibido la vida eterna?

Recuerda su severa advertencia: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24).

El último milagro y el último enemigo

Juan 11

La resurrección de Lázaro de los muertos no fue el último milagro de nuestro Señor antes de la cruz, pero fue por cierto el más grande y el que despertó la mayor respuesta de parte de sus amigos y de sus enemigos. Juan seleccionó este milagro como el séptimo en la serie que relata en su libro porque fue realmente el milagro culminante del ministerio terrenal de nuestro Señor. Jesús había levantado de los muertos a otros, pero Lázaro había estado en la tumba por cuatro días. Fue un milagro que los líderes judíos no podían negar ni evadir.

Si Jesucristo no puede hacer nada en cuanto a la muerte, entonces todo lo demás que haga no serviría de nada. “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). La muerte es el postrer enemigo del hombre (1 Corintios 15:26), pero Jesucristo ha derrotado total y permanentemente a este horrible enemigo.

El énfasis de Juan 11 recae en la fe; se halla alguna forma de la palabra *creer* por lo menos ocho veces en este relato. Otro tema es “la gloria de Dios” (Juan 11:4,40). En lo que Jesús dijo e hizo procuró fortalecer la fe de tres grupos de personas.

1. Los Discípulos (Juan 11:1-16)

A veces pensamos que los discípulos eran *súper santos*, pero no era ese el caso. Con frecuencia le fallaron a su Señor, y él constantemente estaba tratando de fortalecer su fe. Después de todo, un día los dejaría y ellos tendrían la responsabilidad de llevar adelante el ministerio. Si la fe de ellos era débil, su obra nunca podría ser fuerte.

Jesús estaba en Betábara, como a treinta kilómetros de Betania (Juan 1:28; 10:40). Un día llegó un mensajero con las tristes noticias de que el buen amigo de nuestro Señor, Lázaro, estaba enfermo. Si el hombre había viajado rápidamente, sin ninguna demora, podría haber hecho el recorrido en un día. Jesús le envió de regreso al día siguiente con el mensaje alentador anotado en Juan 11:4. Luego Jesús esperó otros dos días antes de partir para Betania; y para cuando llegaron él y sus discípulos, Lázaro había estado muerto por cuatro días. Esto quiere decir que Lázaro había muerto *el mismo día* en que el mensajero partió para buscar a Jesús.

El calendario de los episodios sería algo como el que sigue, concediendo un día para el viaje:

Día 1: El mensajero llega a ver a Jesús (Lázaro muere).

Día 2: El mensajero regresa a Betania.

Día 3: Jesús espera otro día más, luego emprende el viaje.

Día 4: Jesús llega a Betania.

Cuando el mensajero llegó de regreso a casa, halló que Lázaro ya había muerto. ¿Qué les comunicaría su mensaje a las afligidas hermanas ahora que su hermano ya había muerto y había sido enterrado? Jesús les instaba a que creyeran en su palabra sin que importara cuán desalentadoras pudieran parecer las circunstancias.

Sin duda que los discípulos estaban perplejos por varios asuntos. Primero, si Jesús quería tanto a Lázaro, ¿por qué permitió que se enfermara? Todavía más, ¿por qué se demoró en ir a ver a las hermanas? A propósito, ¿no podía él haber sanado a Lázaro a distancia, como lo hizo con el hijo del noble (Juan 4:43-54)? El relato deja bien claro que había una relación fuerte de amor entre Jesús y esta familia (Juan 11:3,5,36); y sin embargo el comportamiento de nuestro Señor parecía contradecir su amor.

El amor de Dios por los suyos no es amor de mimos; es amor que perfecciona. El hecho de que nos ama, y de que nosotros le amemos, no es garantía de que estaremos a salvo de todos los problemas y dolores de la vida. Después de todo, el Padre ama al Hijo, y sin embargo el Padre permitió que su amado Hijo bebiera la copa de aflicción y sufriera la vergüenza y el dolor de la cruz. Nunca debemos pensar que el amor y el sufrimiento son incompatibles. Por cierto que se unen en Jesucristo.

Jesús pudo haber prevenido la enfermedad de Lázaro, o incluso haberlo sanado desde donde estaba, pero escogió no hacerlo así. Vio en esta enfermedad una oportunidad para glorificar al Padre. No es importante que los creyentes estemos cómodos, pero sí es importante que glorifiquemos a Dios en todo lo que hagamos.

En su petición a Jesús las dos hermanas no le dijeron lo que debía hacer. Simplemente le informaron que había una necesidad, y le recordaron que él amaba a Lázaro. Sabían que era

peligroso para Jesús regresar a Judea porque los dirigentes judíos se habían propuesto destruirle. Tal vez esperaban que él dijera la palabra y su hermano recuperaría la salud.

El mensaje de nuestro Señor a las hermanas no decía que su hermano no moriría. Prometía sólo que la muerte no sería el resultado *final*, porque el resultado máximo sería la gloria de Dios. (Nota que de nuevo Jesús se llama a sí mismo “el Hijo de Dios”.) Quería que ellas se aferraran a esta promesa; de hecho, le recordó a Marta este mensaje cuando ella titubeó respecto a abrir la tumba (Juan 11:40).

Cuando nos hallamos frente a la enfermedad, el desencanto, las demoras e incluso la muerte, nuestro único aliento es la Palabra de Dios. Debemos vivir por fe y no por vista. La situación de ellas parecía ser sin esperanza, y sin embargo sabían que Jesús era el dueño de toda situación. La promesa del Salmo 50:15 halla un paralelo aquí: “Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”.

¿Por qué se demoró el Señor? No estaba esperando que Lázaro muriera, porque Lázaro ya estaba muerto. Jesús vivía según un calendario divino (Juan 11:9) y estaba esperando que el Padre le dijera que fuera a Betania. El hecho de que el hombre ya había estado muerto por cuatro días dio mayor autenticidad al milagro y una mayor oportunidad para que la gente creyera, incluyendo sus propios discípulos (ve Juan 11:15).

Cuando nuestro Señor anunció que iba a volver a Judea, sus discípulos se alarmaron, porque sabían lo peligroso que sería. (Betania está apenas a tres kilómetros de Jerusalén.) Pero Jesús estaba dispuesto a poner su vida por sus amigos (Juan 15:13). Sabía que su regreso a Judea y el milagro de resucitar a Lázaro precipitaría su propio arresto y muerte.

El Señor calmó sus temores recordándoles que seguía el calendario del Padre, y que nada podría hacerles daño

a ellos. Como hemos visto, este es un tema importante en el Evangelio de Juan (Juan 2:4; 7:6,8,30; 8:20; 12:23; 13:1; 17:1). Pero los discípulos no sólo mal entendieron el calendario, sino que también mal entendieron la razón de la visita. Pensaban que si Lázaro dormía, ¡estaba mejorando! Fue otro ejemplo de que ellos no podían captar la verdad espiritual: “Si duerme, está restableciéndose; así que, no hay por qué ir a Betania”.

Entonces Jesús les dijo claramente que Lázaro había muerto. (La muerte para el creyente se compara con el sueño. Ve Hechos 7:60; 1 Corintios 15:51; 1 Tesalonicenses 4:13-18.) No dijo que se alegraba de que su amigo haya muerto, sino que se alegraba de no haber estado allí; porque ahora podía revelar a sus discípulos su gran poder. El resultado sería la gloria de Dios y el fortalecimiento de la fe de ellos.

Si la actitud de Tomás es indicación de algo, la fe de los discípulos en verdad necesitaba fortalecimiento. El nombre Tomás significa *gemelo* en arameo; el griego es equivalente de Dídimo. No sabemos de quién era gemelo, pero hay veces en que *todos nosotros* parecemos ser gemelos suyos cuando consideramos nuestra incredulidad y sentimientos de depresión. Fue Tomás quien exigió evidencia antes de aceptar la verdad de la resurrección de nuestro Señor (Juan 20:24-28).

Tomás era un hombre que dudaba, pero debemos confesar que era un hombre dedicado: estaba dispuesto a acompañar a Jesús al peligro y a arriesgar su propia vida. Tal vez no admiremos su fe, pero sí podemos aplaudir con certeza su lealtad y valentía.

2. Las Hermanas (Juan 11:17-40)

Jesús se preocupaba no sólo por la fe de sus discípulos, sino también por la fe de María y Marta (Juan 11:26,40).

Toda experiencia de sufrimiento y prueba debe aumentar nuestra fe, pero este tipo de crecimiento espiritual no es automático. Debemos responder positivamente al ministerio de la palabra de Dios y al Espíritu de Dios. Jesús les había mandado una promesa a las hermanas (Juan 11:4), y ahora descubriría cómo la habían recibido.

El evento relatado en Lucas 10:38-42 deja en claro que María y Marta tenían personalidades muy diferentes. Marta era la atareada, la activa, mientras que María era la contemplativa que se sentó a los pies de Jesús y escuchaba su palabra. Jesús no condenó el servicio de Marta, pero sí la reprendió por dejarse afanar por tantas cosas. Necesitaba ordenar sus prioridades y actividades según las cosas que Dios aprobaría. Como dice un antiguo himno de Wesley, debemos tener una vida equilibrada:

Fiel a los mandatos de mi Señor,
De todas maneras escogería la mejor parte:
Servir con las manos cuidadosas de Marta
Y el corazón amante de María.

Esperaríamos que Marta saldría corriendo a encontrar a Jesús mientras que María se quedaría sentada en casa, llorando con sus amigas. Puesto que María más tarde hizo eco de las palabras de recibimiento que dijo Marta (Juan 11:32), es probable que las hermanas a menudo se habían dicho una a otra estas palabras mientras esperaban que Jesús llegara. Aunque puede haber un tinte de desilusión en la afirmación, también fue evidencia de fe, porque nadie jamás murió en la presencia de Jesucristo. “Si” es una palabra muy grande. ¡Qué inútil es imaginarnos lo que pudiera haber sido, si...!

Marta no vaciló en afirmar su fe en Jesucristo (Juan 11:22), y Jesús respondió a esa fe prometiéndole que su hermano

volvería a vivir. El estaba pensando en la situación inmediata, pero ella interpretó sus palabras como refiriéndose a la resurrección futura en el día final (Daniel 12:2,3; Juan 5:28,29). Aquí tenemos otro ejemplo, en el Evangelio de Juan, de una persona que carece de percepción espiritual y no puede comprender las palabras de Jesús.

La respuesta de nuestro Señor es el quinto YO SOY. Es importante notar que Jesús no negó lo que Marta dijo de la resurrección futura. La resurrección del cuerpo humano es una doctrina cardinal en la fe judía ortodoxa. Pero en su gran afirmación YO SOY nuestro Señor transformó por completo la doctrina de la resurrección y, al hacerlo así, dio gran consuelo al corazón de Marta.

Para empezar, sacó la doctrina de la resurrección de las sombras a la luz. La revelación del Antiguo Testamento en cuanto a la muerte y resurrección no es clara y completa; es, por así decirlo, *en las sombras*. De hecho, hay algunos pasajes en los Salmos y en Eclesiastés que hacen que uno casi crea que la muerte es el fin y que no haya esperanza más allá de la tumba. A los falsos maestros les gusta usar estos pasajes para sostener sus enseñanzas heréticas, pero ignoran (o interpretan erróneamente) las claras enseñanzas que se hallan en el Nuevo Testamento. Después de todo, no fue ni David ni Salomón quienes quitaron la muerte y sacaron a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio ;sino Jesucristo! (Ve 2 Timoteo 1:10.)

Por su enseñanza, sus milagros y su propia resurrección, Jesús claramente enseñó la resurrección del cuerpo humano. Ha declarado de una vez por todas que la muerte es real, que hay vida después de la muerte, y que el cuerpo un día será resucitado por el poder de Dios.

Jesús transformó esta doctrina de una segunda manera: La traspasó de un libro a una persona, él mismo. “Yo soy

la resurrección y la vida” (Juan 11:25). En tanto que damos gracias a Dios por lo que la Biblia enseña (y todo lo que Marta tenía era el Antiguo Testamento), nos damos cuenta de que somos salvados por el Redentor, Jesucristo, y no por una doctrina escrita en un libro. Cuando conocemos a Cristo por fe, no tenemos por qué temer la sombra de muerte.

 Cuando te enfermas lo que quieres es un médico y no un libro de medicina o una fórmula. Cuando te ves ante un pleito judicial lo que quieres es un abogado y no un libro de leyes. De la misma manera, cuando te enfrentas al postrer enemigo, la muerte, lo que quieres es un Salvador y no una doctrina escrita en un libro. En Jesucristo toda doctrina es hecha personal (1 Corintios 1:30). Cuando le perteneces a él, tienes todo lo que jamás necesitarás en la vida, la muerte, el tiempo y la eternidad.

 Pero tal vez la más grande transformación que Jesús hizo fue sacar del futuro a la doctrina de la resurrección y ponerla en el presente. Marta miraba al futuro, sabiendo que Lázaro resucitaría y que ella podría verle de nuevo. Sus amigos miraban el pasado y decían: “¡El podría haber evitado que Lázaro muriera!” (Juan 11:37). Pero Jesús trataba de centrar su atención en el *presente*: dondequiera que él está, el poder divino de la resurrección está disponible *ahora* (Romanos 6:4; Gálatas 2:20; Filipenses 3:10).

 Jesús afirmó que los creyentes un día serían resucitados de los muertos (Juan 11:25). Después, de inmediato, reveló la verdad adicional de que algunos creyentes nunca morirán (Juan 11:26). ¿Cómo es esto posible? La respuesta se halla en 1 Tesalonicenses 4:13,18. Cuando Jesucristo regrese en el aire para llevar a los suyos, los que estén vivos nunca morirán. Serán transformados y arrebatados para recibirle en el aire.

 Marta no vaciló para afirmar su fe. Usó tres diferentes títulos para Jesús: Señor, Cristo (Mesías) e Hijo de Dios.

Las palabras “yo he creído” están en una forma gramatical llamada tiempo perfecto, lo que indica una fe establecida y sólida. *He creído y continuaré creyendo.*

Nuestro Señor atendió a la fe de Marta; ahora debía ayudar a María. ¿Por qué habló Marta a María “en secreto”? Posiblemente debido al peligro que había: sabía que los dirigentes judíos se habían propuesto apresar a Jesús. Cuando María se levantó para ir a ver a Jesús, sus amigos mal entendieron sus acciones y pensaron que iba a la tumba para llorar. Ellos querían llorar con ella, así que la siguieron. ¡Imagínate su sorpresa al encontrar a Jesús!

María aparece tres veces en el relato de los Evangelios, y cada vez se halla a los pies de Jesús (Lucas 10:39; Juan 11:32; 12:3). Se sentó a sus pies y escuchó su palabra; cayó a sus pies y derramó ante él su aflicción; y vino a sus pies para darle alabanza y adoración. Las únicas palabras de María anotadas en los evangelios aparecen en Juan 11:32; y son eco de lo que Marta ya había dicho (Juan 11:21).

María no dijo mucho porque estaba abrumada por la aflicción y empezó a llorar. Sus amigos se le unieron en el llanto, como era costumbre entre los judíos. La palabra que se usa significa *llanto a gritos, lamento*. La respuesta de nuestro Señor fue gemir interiormente y conmoverse con indignación. ¿Contra qué se indignó? Contra el asolamiento que el pecado había producido en el mundo que él había creado. La muerte es un enemigo, y Satanás usa el temor a la muerte como un arma terrible (Hebreos 2:14-18). ¡No es sorpresa que Jesús se indignara!

El misterio de la encarnación de nuestro Señor se ve en su pregunta en Juan 11:34. Jesús sabía que Lázaro había muerto (Juan 11:11), pero tenía que preguntar dónde le habían sepultado. Nuestro Señor nunca usa sus poderes divinos cuando los medios humanos normales bastan.

“Jesús lloró” es el versículo más corto y a la vez el más profundo en la Biblia. Fue un llanto en silencio (la palabra griega que se usa aquí no aparece en ninguna otra parte del Nuevo Testamento) y no el lamento a gritos de los llorones. Pero, ¿por qué lloró? Después de todo, sabía que iba a levantar a Lázaro de los muertos (Juan 11:11).

El llanto de nuestro Señor revela la humanidad del Salvador. Había entrado en todas nuestras experiencias y sabía cómo nos sentimos. De hecho, siendo el Dios-Hombre perfecto, Jesús experimentó estas cosas de una manera mucho más profunda de lo que nosotros las sentimos. Sus lágrimas también nos aseguran su simpatía; es en verdad “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Hoy es nuestro Sumo Sacerdote misericordioso y fiel, y podemos acudir al trono de la gracia y hallar todo el auxilio de gracia que necesitamos (Hebreos 4:14-16).

Vemos en sus lágrimas la tragedia del pecado pero también la gloria del cielo. Tal vez Jesús lloraba *por* Lázaro, tanto como *con* las hermanas, porque sabía que estaba llamando a su amigo del cielo de vuelta a un mundo perverso en donde un día tendría que morir de nuevo. Jesús había venido del cielo; sabía lo que Lázaro estaba dejando atrás.

Los espectadores vieron en sus lágrimas evidencia de su amor. Pero algunos dijeron: “Si Jesús amaba tanto a Lázaro, ¿por qué no evitó que muriera?” Tal vez estaban pensando: “Jesús llora porque no pudo hacer nada. Son lágrimas de profundo remordimiento”. En otras palabras *ninguno de los presentes realmente esperaba un milagro!* Por esto nadie puede acusar a Jesús de haber tramado este episodio y haberse confabulado con las hermanas y sus amigos. Incluso los discípulos no creían que Jesús fuera a levantar a Lázaro de los muertos.

La única que declaró su fe fue Marta (Juan 11:27), y ella falló en el último momento. “¿Abrir la tumba? Ya

hiede". Jesús con gentileza le recordó el mensaje que le había enviado por lo menos tres días antes (Juan 11:4), y le instó a creer. La fe verdadera descansa en las promesas de Dios y por ello permite que el poder de Dios obre. Marta cedió, y la piedra fue quitada.

3. Los Judíos (Juan 11:41-57)

El énfasis desde este punto es la fe de los espectadores, los que habían venido para consolar a María y a Marta. Jesús hizo una pausa para orar (Juan 11:41; también 6:11) y dar gracias al Padre porque la oración ya había sido oída. ¿Cuándo había orado? Probablemente cuando recibió el mensaje de que su amigo estaba enfermo (Juan 11:4). El Padre entonces le dijo cuál era el plan, y Jesús obedeció la voluntad del Padre. Su oración ahora era por causa de los espectadores, para que ellos supieran que Dios le había enviado.

Un pintoresco escritor puritano dijo que si Jesús no hubiera llamado a Lázaro por nombre cuando gritó, ¡habría dejado vacío todo el cementerio! Jesús llamó a *Lázaro* y le levantó de los muertos. Siendo que Lázaro estaba atado, no podía caminar a la boca de la tumba; así que el poder de Dios debe haberlo sacado. Fue un milagro incuestionable que incluso los espectadores más hostiles no podían negar.

La experiencia de Lázaro es una buena ilustración de lo que le sucede al pecador cuando confía en el Salvador (Efesios 2:1-10). Lázaro estaba muerto, y todo pecador está muerto. Estaba putrefacto, porque la muerte y la putrefacción van juntas. Todos los perdidos están espiritualmente muertos, pero algunos están más *putrefactos* que otros. Nadie puede estar *más muerto* que otro.

Lázaro fue levantado de los muertos por el poder de Dios, y todos los que confían en Cristo han recibido nueva vida y han sido sacados del cementerio del pecado (ve Juan 5:24).

154 Vivos en Cristo

Lázaro fue librado de la mortaja (ve Colosenses 3:1 en adelante) y se le dio nueva libertad. Se halla sentado a la mesa con Cristo (Juan 12:2). En un sentido espiritual todos los creyentes estamos “sentados con Cristo” en lugares celestiales (Efesios 2:6), disfrutando de comida y comunión espiritual.

Debido al gran cambio en Lázaro muchos querían verle; y Dios usó su testimonio “viviente” para llevar a otros a la salvación (Juan 12:9-11). En los evangelios no se registra ninguna palabra de Lázaro, pero su andar diario fue suficiente para convencer a las personas de que Jesús es el Hijo de Dios. Debido a su testimonio eficaz Lázaro fue perseguido por los dirigentes religiosos que querían matarlo y así suprimir la evidencia.

Como con los milagros anteriores el pueblo respondió de diversas maneras. Algunos creyeron y en el domingo de ramos dieron testimonio del milagro que Jesús había realizado (Juan 12:17,18). Pero otros de inmediato fueron a ver a los dirigentes religiosos y les informaron lo que había pasado en Betania. Estos informantes estaban tan cerca del reino, y sin embargo no hay evidencia de que hayan creído. Si el corazón no se rinde a la verdad, entonces la gracia de Dios no puede dar salvación. Estas personas podrían haber tenido una resurrección espiritual en sus propias vidas.

Fue necesario que el concilio judío (sanedrín) se reuniera y debatiera qué hacer con Jesús. No estaban buscando la verdad; lo que estaban buscando era maneras de proteger sus intereses egoístas. Si Jesús reunía demasiados seguidores, podría atraer la atención de las autoridades romanas; y esto podría hacer daño a la causa judía.

El sumo sacerdote, Caifás, era saduceo, y no un fariseo (Hechos 23:6-10); pero las dos facciones siempre podían unirse para luchar contra un enemigo común. Caifás emitió

una profecía divina: Jesús moriría por la nación para que la nación no pereciera. “Por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Isaías 53:8). Fiel a su visión por una familia mundial de Dios, Juan añadió su explicación inspirada: Jesús moriría no sólo por los judíos, sino por todos los hijos de Dios que se reunirían en una sola familia celestial. (Nota Juan 4:42 y 10:16.)

La decisión oficial ese día fue que Jesús debía morir (ve Mateo 12:14; Lucas 19:47; Juan 5:18; 7:1,19,20,25). Los dirigentes pensaban que eran *ellos* quienes controlaban la situación, pero era Dios quien estaba realizando su plan predeterminado (Hechos 2:23). Originalmente ellos querían esperar hasta después de la Pascua, pero Dios había decretado otra cosa.

Jesús se retiró a Efraín, como a veinte kilómetros al norte de Jerusalén; y allí se quedó en retiro tranquilo con sus discípulos. La multitud se estaba ya reuniendo en Jerusalén para la fiesta de la Pascua, y los peregrinos se preguntaban si Jesús asistiría a la fiesta aunque corría peligro. Ahora Jesús ya estaba en la lista de “los buscados”, porque el concilio ya había hecho saber que cualquier que supiera dónde estaba Jesús debía informarlo a los oficiales.

Juan 11 revela la deidad de Jesucristo y la total depravación del corazón humano. El rico en el Hades había argumentado: “si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán” (Lucas 16:30). Lázaro volvió de los muertos, ¡y los oficiales querían matarlo! Los milagros con certeza revelan el poder de Dios, pero en sí mismos no pueden comunicar la gracia de Dios.

El escenario estaba listo para el más grande drama en la historia, durante el cual el hombre haría lo peor y Dios daría lo mejor.

¡Venid adoremos a Cristo el Señor!

Cristo y la crisis

Juan 12

Juan 12 relata la segunda crisis en el ministerio de nuestro Señor, según la vio el apóstol Juan. La primera tuvo lugar cuando sus discípulos dejaron de andar con él (Juan 6:66), aunque él es “el camino” (Juan 14:6). En este capítulo Juan nos cuenta que muchos no creían en él (Juan 12:37 en adelante), aunque él es “la verdad”. La tercera crisis vendrá en Juan 19; aunque él es “la vida”, los hombres lo crucificaron.

Juan empezó su libro contándonos que Jesús “a lo suyo [su mundo] vino, y los suyos [su pueblo] no le recibieron” (Juan 1:11). En los primeros doce capítulos Juan presentó testigo tras testigo, y prueba tras prueba, para convencernos de que Jesús es en verdad el Cristo, el Hijo de Dios. Toda esta evidencia fue vista de primera mano por los dirigentes de la nación, y sin embargo ellos rechazaron sus afirmaciones. Habiendo sido rechazado por su nación, Jesús se retiró con *sus* discípulos (Juan 13:1) a quienes él amó hasta lo máximo.

Vemos en Juan 12 al Señor Jesucristo al relacionarse con cuatro grupos diferentes, y hay lecciones que podemos aprender al estudiar este pasaje.

1. Jesús y sus Amigos (Juan 12:1-11)

Nuestro Señor sabía que los dirigentes judíos se habían propuesto detenerlo y matarlo (Juan 11:53,57), pero así y todo volvió a Betania, apenas a unos tres kilómetros de la misma sede de sus enemigos. ¿Por qué? Para poder pasar algunos momentos de tranquilidad con sus queridos amigos María, Marta y Lázaro. De acuerdo con sus personalidades, Marta atareada servía mientras María sentada a los pies de Jesús lo adoraba (ve Lucas 10:38-42).

El relato de María ungiendo al Salvador también se halla en Mateo 26:6-13 y Marcos 14:3-9. Pero no debe confundirse con el relato dado en Lucas 7:36-50, en donde una ex-prostituta ungió a Jesús en casa de Simón el fariseo. María era una mujer virtuosa, y ungió a Jesús en casa de Simón, (el que había sido) el leproso (Marcos 14:3). El evento de Lucas 7 tuvo lugar en Galilea, mientras que el relato que estamos considerando sucedió en Judea. El hecho de que hay dos *Simones* no debería sorprendernos, porque Simón era un nombre común en esos días.

Cuando se combinan los tres relatos se aprende que María ungió tanto la cabeza como los pies del Señor. Fue una acción de puro amor de parte de ella, porque sabía que su Señor estaba a punto de sufrir y morir. Debido a que se sentó a los pies de Jesús y le escuchó hablar, ella sabía lo que él iba a hacer. Es significativo que María de Betania no fue una de las mujeres que fueron a la tumba para ungir el cuerpo de Jesús (Marcos 16:1).

En cierto sentido María estaba mostrando su devoción a Jesús *antes* de que fuera demasiado tarde. Estaba *dándole*

rosas mientras todavía estaba vivo, y ¡no llevándoselas a su funeral! Su acción de amor y adoración fue pública, espontánea, de sacrificio, extravagante, personal y sin avergonzarse. Jesús la llamó “buena obra” (Mateo 26:10; Marcos 14:6), y elogió a María y la defendió.

La compra de ese perfume habría exigido el salario de todo un año de un obrero común. Como David, María no le iba a dar al Señor lo que no le costara nada (2 Samuel 24:24). Su hermoso acto de adoración llenó de fragancia la casa donde estaban cenando, y la bendición de su acción se ha esparcido por todo el mundo (Mateo 26:13; Marcos 14:9). María ni se dio cuenta esa noche que su amor por Cristo sería una bendición para los creyentes en todo el mundo por siglos.

Cuando ella se postró a los pies de Jesús, María tomó el lugar de esclava. Cuando se soltó su cabello (algo que las mujeres judías nunca harían en público) se humilló y puso su propia gloria a los pies de Jesús (ve 1 Corintios 11:15). Por supuesto, le mal entendieron y criticaron; pero eso es lo que por lo general sucede cuando alguien le da al Señor lo mejor que tiene.

Fue Judas quien empezó las críticas y, lamentablemente, los demás discípulos se le unieron. No sabían que Judas era un diablo (Juan 13:27), y le admiraron por su interés por los pobres. Después de todo, él era el tesorero; y especialmente en la temporada de la Pascua él quería compartir algo con los menos afortunados (ve Juan 13:21-30). Hasta el fin los discípulos creyeron que Judas era un devoto seguidor del Señor.

Juan 12:4 da las primeras palabras de Judas que se anotan en los cuatro evangelios. Sus últimas palabras se hallan en Mateo 27:4. Judas era ladrón y tenía el hábito de robarse el dinero del cofre del tesoro que tenía a su cargo. (La palabra griega que se traduce “bolsa” quería decir originalmente un pequeño estuche en que se guardaban las boquillas de los

instrumentos de viento. Después llegó a significar cualquier estuche pequeño, y especialmente uno para guardar dinero. La versión griega del Antiguo Testamento usa esta palabra en 2 Crónicas 24:8-10 para referirse al cofre del dinero del rey Joás). Sin duda Judas ya había decidido abandonar a Jesús, y quería sacar lo más que podía de lo que consideraba una mala situación. Tal vez había esperado que Jesús derrotara a Roma y estableciera su reino; en cuyo caso ¡Judas habría sido el tesorero del reino!

Lo que María hizo fue una bendición para Jesús y también para su propia vida. También fue una bendición para la casa, llenándola con fragancia (ve Filipenses 4:18); y hoy ella es una bendición para la iglesia cristiana en todo el mundo. Su acción singular de devoción en la pequeña aldea de Betania todavía envía *oleadas de bendición*.

¡Pero no Judas! A nuestras hijas les ponemos por nombre “María”, pero ningún padre le pondría “Judas” a su hijo. Su nombre aparece en el diccionario como sinónimo de traición. María y Judas se ven en contraste en Proverbios 10:7: “La memoria del justo será bendita; Mas el nombre de los impíos se pudrirá”. “Mejor es la buena fama que el buen ungüento” dice Eclesiastés 7:1; y María tuvo ambas cosas.

Mateo 26:14 da la impresión de que inmediatamente después de esta reprensión Judas fue a ver a los sacerdotes y regateó con ellos acerca de cómo entregarles a Jesús. Pero es probable que los episodios anotados en Mateo 21–25 hayan tenido lugar primero. Sin duda el reproche del Señor a Judas en Betania jugó una parte importante en su decisión de traicionar a Jesús. También, el hecho de que Jesús de nuevo anunció abiertamente su muerte podría haber motivado a Judas a escaparse mientras todavía había oportunidad.

Al mirar este evento vemos algunas personas representativas que son ejemplo para nosotros. Marta representa el

trabajo al servir la cena que había preparado para el Señor. Esto era una ofrenda fragante al igual que el perfume de María (ve Hebreos 13:16). María representa la *adoración*, y Lázaro representa el *testimonio* (Juan 11:9-11). Los que fueron a Betania podían ver a este hombre que había sido levantado de los muertos.

Como ya se mencionó, no tenemos ninguna palabra de Lázaro registrada en el Nuevo Testamento, pero su vida milagrosa era un testimonio eficaz por Jesucristo. (En contraste, Juan el Bautista no hizo milagros, pero sus palabras llevaron a las personas a Jesús. Ve Juan 10:40-42). Hoy debemos andar “en vida nueva” (Romanos 6:4) porque hemos sido “levantados de los muertos” (Efesios 2:1-10; Colosenses 3:1 en adelante). En realidad la vida cristiana debería ser un equilibrio hermoso de adoración, trabajo y testimonio.

Pero el hecho de que Lázaro era un milagro andante le ponía en peligro; los dirigentes judíos querían matarlo *a él* tanto como a Jesús. Nuestro Señor tenía razón cuando los llamó hijos del diablo, porque en verdad eran asesinos (Juan 8:42-44). Expulsaron de la sinagoga al ciego sanado en lugar de permitirle dar testimonio de Cristo cada día de reposo, y trataron de poner a Lázaro de vuelta en la tumba porque estaba llevando a la gente a la fe en Cristo. Si no aceptas la evidencia ¡hay que tratar de hacerla desaparecer!

Esa tranquila noche de compañerismo, a pesar de la crueldad con que los discípulos trataron a María, debe haber sido de estímulo y fortaleza especial para el corazón del Salvador al enfrentarse a las demandas de su última semana antes de la cruz. Debemos examinar nuestros propios corazones y hogares para preguntarnos si estamos dando gozo al corazón de Jesús mediante nuestra adoración, trabajo y testimonio.

2. Jesús y los Peregrinos en Jerusalén (Juan 12:12-19)

Juan cambia la escena de una cena tranquila en Betania a un ruidoso desfile en Jerusalén. Todos los cuatro evangelios anotan este episodio y es bueno comparar sus relatos. Esta fue la única demostración pública que nuestro Señor permitió mientras ministraba en la tierra. Su propósito fue cumplir la profecía del Antiguo Testamento (Zacarías 9:9). El resultado fue una animosidad creciente de parte de los dirigentes religiosos, que a la larga resultaría en la crucifixión del Salvador.

Había tres grupos diferentes en la multitud ese día: (1) los visitantes que habían venido de fuera de Judea para celebrar la Pascua (Juan 12:12,18); (2) la gente local que había presenciado la resurrección de Lázaro (Juan 12:17); y (3) los dirigentes religiosos que estaban muy preocupados por lo que Jesús podría hacer durante la fiesta (Juan 12:19). En cada una de las diferentes fiestas la gente tenía gran expectación, preguntándose si Jesús estaría allí y lo que haría. Parecía como si Jesús en realidad estuviera tratando de incitar una revuelta y establecerse como Rey, pero no era eso lo que él tenía en mente.

¿Qué significó este evento para Jesús? Por un lado, era parte de su obediencia a la voluntad del Padre. El profeta Zacarías (Zacarías 9:9) profetizó que el Mesías entraría en Jerusalén de esa manera, y él cumplió la profecía: “hija de Sión” es otro nombre que se le daba a la ciudad de Jerusalén (Jeremías 4:31; Lamentaciones 2:4,8,10). Por cierto que Jesús estaba anunciando abiertamente al pueblo que en verdad él es Rey de Israel (Juan 1:49), el Mesías prometido. Sin duda muchos de los peregrinos esperaban que *ahora* él derrotaría a los romanos y libertaría a la nación de Israel.

¿Qué significó esta demostración para los romanos? Nada se anota del punto de vista de los romanos, pero es cierto que ellos mantenían estricta vigilancia ese día. Durante la

fiesta anual de la Pascua no era raro que algunos de los nacionalistas judíos trataran de incitar al pueblo, y tal vez los romanos pensaron que este desfile era uno de esos eventos. Me imagino que algunos de los soldados romanos deben de haber sonreído por esta *entrada triunfal*, porque no se parecía en nada a sus propias celebraciones de *triumfo romano* en Roma.

Cuando un general romano obtenía victoria en el extranjero, matando por lo menos a cinco mil enemigos, y ganando nuevo territorio, se le daba un triunfo romano cuando regresaba a Roma. Al vencedor se le permitía exhibir los trofeos que había ganado y a los líderes enemigos que había capturado. El desfile terminaba en el circo romano en donde algunos de los cautivos divertían a la muchedumbre luchando contra bestias salvajes. Comparada con un triunfo romano, la entrada de nuestro Señor en Jerusalén no fue nada.

¿Qué significó la entrada triunfal para el pueblo de Israel? Los peregrinos le dieron la bienvenida a Jesús, pusieron sus mantos a su paso, y cortaron ramas de palma como símbolos de paz y victoria (Apocalipsis 7:9). Citaron el Salmo 118:26, que es un salmo mesiánico; y le proclamaron “Rey de Israel”. Pero mientras estaban haciendo esto, ¡Jesús lloraba! (Lucas 19:37-44).

El nombre “Jerusalén” significa *ciudad de paz* o *cimiento de paz*; y el pueblo esperaba que Jesús les daría la paz que necesitaban. Sin embargo, él lloraba porque veía lo que le esperaba a la nación por delante: guerra, sufrimiento, destrucción y un pueblo esparcido. Cuando nació los ángeles anunciaron “Paz” en la tierra (Lucas 2:13,14); pero en su ministerio Jesús anunció “disensión” en la tierra (Lucas 12:51 en adelante). Es significativo que las multitudes gritaban “paz en el cielo” (Lucas 19:38), porque ¡es el único lugar donde hay paz hoy!

La nación había desperdiciado sus oportunidades; sus dirigentes no conocieron el tiempo de la visitación de Dios. Ignoraron sus propias Escrituras. La próxima vez que Israel vea al Rey, ¡la escena será radicalmente diferente! (Apocalipsis 19:11 en adelante). El vendrá en gloria, no en humildad; y los ejércitos de los cielos le acompañarán. Será una escena de victoria cuando él venga para derrotar a sus enemigos y establecer su reino.

En la Biblia se repite el tema de que no puede haber gloria a menos que haya sufrimiento. Jesús sabía que debía morir en la cruz antes de poder entrar en su gloria (Lucas 24:26). Los teólogos judíos no entendían el concepto de los sufrimientos del Mesías y el reino glorioso que los profetas anunciaron. Algunos maestros sostenían que había dos Mesías, uno que sufriría y otro que reinaría. Incluso los mismos discípulos de nuestro Señor no sabían claramente lo que estaba sucediendo (ve Juan 11:16).

¿Cómo respondieron los dirigentes judíos a la entrada triunfal del Señor? Al observar la gran multitud que se reunió y honró a Jesús, los fariseos estuvieron seguros de que Jesús había triunfado. Esperaban algún tipo de revuelta general durante la temporada de la Pascua. Tal vez Jesús haría algún gran milagro y de esa manera cautivaría las mentes y los corazones del pueblo inquieto. ¡Qué poco comprendieron en realidad la mente y el corazón del Maestro! No se dieron cuenta de que Jesús estaba torciéndoles el brazo para que el sanedrín actuara *durante la fiesta*. El Cordero de Dios tenía que dar su vida cuando los corderos de la Pascua estaban siendo sacrificados.

La afirmación, “Mirad, el mundo se va tras él” (Juan 12:19) era tanto una exageración como una profecía. En la siguiente sección veremos a algunos visitantes de fuera de Israel.

3. Jesús y los Visitantes Gentiles (Juan 12:20-36)

Después de su entrada a Jerusalén nuestro Señor limpió el templo por segunda vez. Citó Isaías 56:7 y Jeremías 7:11: “¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Marcos 11:17). Tal vez los griegos oyeron esa palabra y eso les animó.

Una de los principales temas de Juan es que Jesús es el Salvador del mundo, y no simplemente Redentor de Israel. Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). “Porque de tal manera amó Dios al mundo” (Juan 3:16). Los samaritanos correctamente le identificaron como “el Salvador del mundo” (Juan 4:42). Dio su vida *por* el mundo y da vida *al* mundo (Juan 6:33). Es la Luz del mundo (Juan 8:12). El énfasis universal del Evangelio de Juan es muy obvio como para pasarlo por alto. Jesús traerá a las “otras ovejas” que están fuera del redil judío (Juan 10:16; y ve 11:51,52).

El texto original indica que estos griegos estaban acostumbrados a venir a la fiesta para adorar. No eran visitantes curiosos o investigadores de una sola vez. Sin duda eran temerosos de Dios, gentiles que asistían a la sinagoga judía en busca de la verdad, pero que todavía no habían llegado a ser prosélitos. Gentiles vinieron a ver a Jesús cuando era niño pequeño (Mateo 2), y ahora otros gentiles vinieron a verle poco antes de su muerte.

Estos hombres insistían en pedirle a Felipe el privilegio de entrevistarse con Jesús. Felipe finalmente se lo dijo a Andrés (quien a menudo traía personas a Jesús), y Andrés transmitió al Señor la petición. Sin duda había muchos que querían entrevistas privadas con el Señor, pero tenían miedo de los fariseos (Juan 9:22). Siendo que venían de fuera del país, los visitantes gentiles o bien no sabían del peligro, o no temían las consecuencias.

Podemos elogiar a estos griegos por querer ver a Jesús. Los judíos dirían: “¡Queremos ver una señal!” (Mateo 12:38; 1 Corintios 1:22), pero estos hombres dijeron: “Quisiéramos ver [tener una entrevista con] a Jesús”. No hay ningún registro de lo que Jesús habló con estos hombres, pero el mensaje que dio en respuesta contiene verdades que todos necesitamos.

El tema central de este mensaje es la gloria de Dios (Juan 12:23,28). Esperaríamos que Jesús dijera: “La hora ha venido, para que el Hijo del hombre sea crucificado”; pero Jesús veía más allá de la cruz, a la gloria que vendría (ve Lucas 24:26; Hebreos 12:2). De hecho, la gloria de Dios es un tema importante en los capítulos restantes del Evangelio de Juan (ve Juan 13:31,32; 14:13; 17.1,4,5,22,24).

Jesús usó la figura de una semilla para ilustrar la gran verdad espiritual de que no puede haber gloria sin sufrimiento, ni vida fructífera sin muerte, ni victoria sin rendición. En sí misma una semilla es débil e inútil; pero cuando es sembrada, muere y se hace fructífera. Hay a la vez belleza y abundancia cuando una semilla muere y cumple su propósito. Si una semilla pudiera hablar sin duda se quejaría porque se la pone en la tierra fría y oscura. Pero la única manera en que puede alcanzar su objetivo es siendo sembrada.

Los hijos de Dios son como semillas. Son pequeños e insignificantes, pero tienen vida en sí mismos, la vida de Dios. Sin embargo, esa vida jamás puede cumplirse a menos que nos rindamos a Dios y permitamos que él “nos siembre”. Debemos morir a nosotros mismos para que podamos vivir para Dios (Romanos 6; Gálatas 2:20). La única manera de tener una vida fructífera es seguir a Jesucristo en la muerte, sepultura y resurrección.

En estas palabras Jesús nos reta hoy a entregarle nuestras vidas. Nota los contrastes: estar sola o llevar fruto; perder

la vida o guardarla; servirse uno mismo o servir a Cristo; agradarse uno mismo o recibir el honor divino.

Leí de algunos creyentes que visitaron una remota obra misionera para ver cómo iba el ministerio. Al observar al dedicado equipo misionero en su trabajo quedaron impresionados por su ministerio, pero admitieron que echaban de menos la civilización.

“¡Ustedes por cierto que se han enterrado aquí”, exclamó uno de los visitantes.

“No nos hemos enterrado”, replicó el misionero. “¡Fuimos sembrados!”

Nuestro Señor sabía que enfrentaba sufrimiento y muerte, y su humanidad respondió a esta odisea. Su alma estaba atribulada, no porque cuestionara la voluntad de su Padre, sino porque estaba plenamente consciente de lo que incluía la cruz. Nota que Jesús no dijo: “¿Qué voy a hacer?” porque sabía lo que estaba ordenado que hiciera. Dijo: “¿Qué diré?” En la hora del sufrimiento y entrega hay sólo dos oraciones que podemos elevar: bien sea “Padre: ¡sálvame!” o “Padre: ¡glorifica tu nombre!”

En uno de mis mensajes radiales dije: “Dios no nos espera que estemos confortables sino que seamos conformados”. Tan pronto como el programa terminó sonó el teléfono en mi oficina y un oyente anónimo quería discutir conmigo por lo que yo había dicho.

“Conformados, ¿a qué?” tronó la voz por el teléfono. “¿No has leído Romanos 12:2: ‘No os conforméis a este siglo?’”

“Por supuesto que he leído Romanos 12:2”, repliqué. “¿Ha leído usted Romanos 8:29? Dios nos ha predestinado para que seamos ‘conformados a la imagen de su Hijo.’”

Después de una larga pausa (y me alegro de que él estuviera pagando la llamada telefónica) rezongó y dijo: “Ah, está bien”.

Confortable o conformado: esa es la cuestión. Si lo que buscamos es una vida confortable, entonces protegeremos nuestros planes y deseos, salvaremos nuestras vidas, y nunca seremos sembrados. Pero si entregamos nuestra vida y dejamos que Dios nos siembre, nunca estaremos solos sino que tendremos el gozo de llevar fruto para la gloria de Dios. “Si alguno [griego o judío] me sirve, sígame”. Encontramos la misma idea en Mateo 10:39 y Marcos 8:36.

La oración “Padre, glorifica tu nombre” ¡recibió respuesta del cielo! Dios el Padre le habló al Hijo y le dio una doble certeza: La vida pasada y ministerio del Hijo habían glorificado al Padre, y el futuro sufrimiento y muerte del Hijo glorificarán al Padre. Es significativo que el Padre le habló al Hijo al principio del ministerio de éste (Mateo 3:17), al empezar el Hijo su viaje a Jerusalén (Mateo 17.5), y ahora cuando el Hijo entró en los últimos días antes de la cruz. Dios siempre da una palabra de seguridad a los que voluntariamente sufren por amor a él.

El pueblo oyó el sonido pero no supo el mensaje que había sido dado. Sin embargo, si la voz fue por causa de ellos y ellos no pudieron entenderla, ¿de qué sirvió? En que la voz le dio seguridad a Jesús, quien iba a morir por amor a ellos, la voz sirvió para ellos. Ellos le oyeron orar y oyeron el sonido del cielo en respuesta a esa oración. Eso debería haberlos convencido de que Jesús estaba en contacto con el Padre. Podríamos traducir Juan 12:30 como “Esa voz vino más por el bien de ustedes que por el mío”.

Jesús entonces abiertamente habló de la cruz. Era una hora de juicio para el mundo y para Satanás, el príncipe del mundo. La muerte de Jesucristo le parecería una victoria al mundo malo, pero en realidad sería juicio para el mundo. En la cruz Jesús derrotaría a Satanás y al sistema del mundo (Gálatas 6:14). Aunque Satanás tiene permiso de andar de aquí

para allá en el mundo, ya es un enemigo derrotado. Al servir al Señor vencemos al maligno (Lucas 10:17-19). Un día Satanás será arrojado del cielo (Apocalipsis 12:10), y a la larga será juzgado y aprisionado para siempre (Apocalipsis 20:10).

Hemos visto ya la expresión “levantado” (Juan 3:14; 8:28). Su significado básico es *crucifixión* (nota Juan 12:33), pero también lleva la idea de *glorificación*. “He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto” (Isaías 52:13). El Hijo del hombre ¡fue *glorificado* al ser *crucificado*!

La expresión “a todos” no quiere indicar salvación universal. Quiere decir *toda persona sin distinción*, es decir, judíos y gentiles. Cristo no los coacciona; los atrae (ve Juan 6:44,45). Jesús fue “levantado” para que todos los hombres pudieran hallar el camino (Juan 12:32), saber la verdad (Juan 8:28) y recibir la vida (Juan 3:14). La cruz nos recuerda que Dios ama a todo el mundo y que la tarea de la iglesia cristiana es llevar el evangelio a todo el mundo.

La gente no entendió lo que Jesús estaba enseñando. Sabían que “Hijo del hombre” era un título para el Mesías, pero no podían entender por qué el Mesías iba a ser crucificado. ¿Acaso el Antiguo Testamento no enseñaba que el Mesías viviría para siempre? (Ve Salmo 72:17; 89:36; 110:4; Isaías 9:7.)

Pero no era tiempo de debatir detalles de teología. Era una hora de crisis (ve Juan 12:31, en donde la palabra griega *krisis* quiere decir juicio) y una hora de oportunidad. La luz estaba brillando y era mejor que ellos aprovecharan la oportunidad para ser salvos. Ya hemos visto antes esta figura de la luz y las tinieblas (Juan 1:4-9; 3:17-20; 8:12; 9:39-41). Mediante un sencillo paso de fe estas personas podrían haber pasado de las tinieblas espirituales a la luz de la salvación.

Esto marcó el fin del ministerio público de nuestro Señor en lo que se refiere al relato de Juan. Jesús se fue y se ocultó. Era juicio sobre la nación que vio sus milagros, oyó sus mensajes, y escrutó su ministerio, y así y todo rehusó creer en él.

4. Jesús y los Judíos que No Querían Creer (Juan 12:37-49)

La palabra clave en esta sección es *creer*; se usa ocho veces. Primero, Juan explicó la incredulidad del pueblo. No *querían* creer (Juan 12:37,38, con una cita de Isaías 53:1); no *podían* creer (Juan 12:39); y no *debían* creer (Juan 12:40,41, con una cita de Isaías 6:9,10).

A pesar de toda la clara evidencia que se le presentó, la nación no quiso creer. El “brazo de Jehová” les había sido revelado con gran poder, y sin embargo ellos cerraron los ojos a la verdad. Habían oído el mensaje y visto los milagros, y ni así querían creer.

Cuando una persona empieza a hacer resistencia a la luz, algo empieza a cambiar dentro de esa persona; y llega el momento cuando no puede creer. Esta es la *ceguera judicial* que Dios permite que caiga sobre los ojos de los que no tomen en serio la verdad. (Esta cita se halla en varios lugares del Nuevo Testamento. Ve Mateo 13:14,15; Marcos 4:12; Lucas 8:10; Hechos 28:25-27; Romanos 11:8). Es cosa seria tratar con liviandad la verdad divina, porque una persona bien puede perder la oportunidad de ser salva. “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6).

Hay quienes que no quieren creer y hay quienes que no quieren confesar abiertamente a Cristo aunque han creído (Juan 12:42,43). Nicodemo y José de Arimatea estaban en este grupo inicialmente, pero con el tiempo confesaron

abiertamente a Cristo (Juan 19:38 en adelante). En la iglesia inicial había un buen número de fariseos e incluso sacerdotes (Hechos 6:7). Era el antiguo conflicto entre la gloria de Dios y la alabanza de los hombres (Juan 12:25,26). Era costoso ser excomulgado (Juan 9:22), y estos creyentes secretos querían lo mejor de ambos mundos. Nota Juan 5:44 respecto a esto.

En Juan 12:44-50 tenemos el último mensaje de nuestro Señor antes de que fuera a ocultarse de la gente. El énfasis nuevamente está sobre la fe. Varios temas básicos del Evangelio de Juan aparecen en este mensaje: Dios envió al Hijo; ver al Hijo significa ver al Padre; Jesús es la Luz del mundo; sus palabras son las mismas palabras de Dios; la fe en él da salvación; rechazarle es enfrentarse al juicio eterno. Es más, la misma palabra que él les habló ¡juzgará a los que la rechazaron y rechazaron a Cristo!

Es asombroso pensar que el incrédulo enfrentará en el juicio cada parte de la Escritura que alguna vez ha leído u oído. La misma palabra que rechaza llega a ser su juez. ¿Por qué? Porque la palabra escrita apunta al Verbo viviente, Jesucristo (Juan 1:14).

Muchos rechazan la verdad sencillamente por temor al hombre (Juan 12:42,43). Entre los que estarán en el infierno están los “cobardes” (Apocalipsis 21:8). ¡Es mejor temer a Dios e ir al cielo que temer al hombre e ir al infierno!

La palabra *juzgar* se repite cuatro veces en la conclusión de este mensaje, y es una palabra solemne. Jesús no vino para juzgar; sino para salvar (Juan 3:18; 8:15). Pero si el pecador no confía en el Salvador, el Salvador se convertirá en el Juez. El pecador en realidad está juzgándose a sí mismo, ¡y no juzgando al Señor!

Al estudiar estos doce capítulos del Evangelio de Juan has visto a Jesucristo en su vida, ministerio, milagros, mensaje y su deseo de salvar a los pecadores.

Has considerado la evidencia. ¿Te has convencido de que Jesucristo es en verdad el Hijo de Dios, el Salvador del mundo?

¿Has confiado en él y recibido vida eterna?

“Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (Juan 12:36).

¡El libro más profundo del mundo!

Al estudiar y escribir este libro, el Dr. Warren Wiersbe se sentía como un hombre parado en tierra Santa. Se daba cuenta de que el gran erudito en griego, el Dr. A.T. Robertson, tenía toda la razón al afirmar que el Evangelio de Juan es “el libro más profundo del mundo.” En *Vivos en Cristo* el Dr. Wiersbe presenta las enseñanzas básicas de los primeros doce capítulos del Evangelio de Juan, e insta a los lectores a examinar sus verdades con su corazón y mente llenos de adoración.

Ven a conocer mejor al Salvador vivo y a estar

Vivos en Cristo



Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

ISBN 1-932607-20-X
WW-515